

68
Marzo 2023

delatripa
desde marzo de 2013 Narrativa y algo más



décimo
aniversario

Editada en Matamoros, Tamaulipas. Revista de Circulación Mensual. **Dirigida por:** Adán Echeverría.

Editora: Sandra Galarza Chacón // **Colaboraciones a** romeodiana luz@gmail.com Consejo Editorial: **Javier Paredes** Chí, **Cristina Leirana**, **Roberto Cardozo**, **Rocío Prieto Valdivia**, **Mario Pineda Quintal**, **Larissa Calderón** y **J.R. Spinoza**.

Contenido

Admonición final		La mujer del Presidente		La generación del 97-2000...	
Estrella Gracia González	5	Ángel Manuel García Álvarez	35	Darío Aguilar Peregrina	64
En una noche de lluvia fina		Pérdida de la infancia		¡Ha nacido un lector!	
Daniel Barrera Blake	6	Paola Deneb Moctezuma	36	Julio Sarabia	65
La canasta de fresas		La flor del charco		Una mirada al blog	
Rosy Murillo	7	Amira Debbabi	37	Rubén García García	66
Era un estúpido		Bandidos		Canto y poesía a Valentina...	
Joaquín Peña Arana	9	Pedro Medina León	40	Vladimir Cosíos Moreira	67
Cuidado con lo que crees		Antes de dormir		El Feminismo como movimiento...	
Eduardo Omar Honey Escandón	10	Gabriel Aranís	41	María José Pizarro	69
Juego de amantes		La risa de tu madre		Las mujeres escritoras...	
Ángel Domínguez Espinosa	12	Gustavo Rodríguez	42	Rosario de Fátima A'Lmea	70
Ella, la poesía...		Ajuste de cuentas		Enamórate del violeta	
Jesús Fuentes	13	Ariel Dom Trus	43	Mónica Maydez	71
Maldita mercadotecnia...		Kodaiji, el remanso del Nene		El violento oficio de escribir	
Mario de la Cruz Arreola	15	Ricardo Hara	44	Alfredo Griz	72
De siete y medio		Los lobos y Caperucita		¿Waifu? No, gracias	
Juan Rogelio	16	Kathy Serrano	45	Manuel Takahashi	74
Tres historias repentinas		Ritsuko, la Guerra y la Paz		Visión de un viajero árabe...	
Carlos Enrique Saldívar	17	Luigi Alberto Di Martino	47	Mohamed Aly Abdelrazeq Zalalo	75
Dos minificiones		Andor		Mujeres arquitectas	
Omar Rosa	18	Raquel Aben van Dale	49	María Samaniego Ponce	76
Humo en el río		La Microficción: un nuevo...		Libertad financiera	
Jorge A. Giallorenzi	19	Prof. Lic. Jorge Ortiz	51	Silvina Burtovoy	77
Dos microficciones		¿Existe un futuro para los libros...		Historia, identidad y la fundación...	
Lautaro Arauco	19	Homero Carvalho Oliva	55	Jorge Mora Varela	78
Un año de guerra		La lectura, actividad que...		Sembrar el desierto	
Claudio Ferrufino-Coqueugniot	21	Rocío Tafur Valencia	56	Álvaro Samaniego	80
Perrón, Clara		Loja: entre el romanticismo...		¿Literatura basura?	
Freddy Solórzano	22	Carlos Santiago Quizhpe Silva	57	Diana Laura García Rodríguez	82
El fin está cerca...		Teoría del Cuento		Elciana Goedert e seus Amores em degradé	
Esteban Miranda	23	Lauro Zavala	60	Isabel Furini	82
¿Es destino o es decisión?		¿Queda algo por decir?			
Katherin Sánchez Ávila	25	Jorge R. López	62		
Narraciones		Feliz Aniversario			
Fernando Naranjo Espinoza	26	Manuel Chatelain	63		
Lluvia		Desvaríos de la freaky neurosis			
Kintto Lukas	27	Gema E. Cerón Bracamonte	83	Proyecciones de la mente	
Lo que fue el futuro		Las incógnitas del cuerpo		Astrid G. Reséndiz	98
Galo Galarza Dávila	28	Mar Palacios	84	Matriarcadia: Separatismo	
Nuestra piel muerta...		Poeta en Japón		Norma Leticia Vázquez González	100
Adrián Flores Inapanta	29	Yaxkin Melchy	87	Interés superior	
Ella baila sola		Lectores somos		Larissa Calderón	102
Irene Romo Coral	31	Estrella Gracia González	88	F es de Fantástico	
Minificiones		Incipit		J.R. Spinoza	104
María Dolores Cabrera	32	Blanca Vázquez	90	Bajo el barandal	
Cuando las tejas de zinc lloran		Brutal como el rasgar de un fósforo		Rocío Prieto Valdivia	106
John Piedrahita Ordóñez	33	Gustavo Garzón	91	Mi punto de risa	
Muestras de afecto		Noveno Piso		Roberto Cardozo	108
José Núñez del Arco	34	Sandra Galarza Chacón	93	Nos vemos en el slam	
de la Cuadra	34	Sopa de letras		Mario E. Pineda Quintal	109
Osteogénesis imperfecta		David Sarabia	95		
José Luis Vicent Barceló	34				
El ángel tatuado					
Fanny Morell	34				

Columnistas

Imágenes de portada e interiores de: **Adriana Rodríguez**

Marzo de 2013 comenzamos esta aventura. Muchos son los que se han acercado y nos han dejado sus letras como testimonio del paso del tiempo. Nada más venturoso que una publicación periódica. Al paso de los días, semanas, meses, años, la literatura sigue tan vigente como antaño.

Hemos crecido, somos otros habitando una carne diferente que ha atravesado, cual materia, los pormenores de la historia. Nos hemos caído y nos hemos levantado. Hemos podido documentar en este medio el pensamiento de voces tan diversas que tienen siempre un objetivo similar, comunicar con los otros.

Y es justo a esa otredad a quien siempre ha estado encaminado el existir de la revista *delatripa: narrativa y algo más*.

delatripa, así, escrito todo junto y en minúscula, porque somos conscientes de que las letras mayúsculas vienen siempre al inicio de la frase u oración, y *delatripa* siempre estará en el medio, apachurradita, con las letras muy unidas siempre, porque así queremos compartir su esencia con cada uno de nuestros autores y lectores, porque siempre habrá un antes y un después que será documentado por el ojo de nuestros columnistas y colaboradores dentro de nuestras páginas.

La revista nació para compartir nuestro gusto por las lecturas, por las obras que se escriben, se publican, se leen y se comentan. Por ello es una revista que privilegia el pensamiento, la opinión, el comentario crítico.

Pretendemos que los alumnos de las facultades de letras, de literatura, que escriben ensayos y comentan sus lecturas, tengan un espacio para compartir con otros que también tienen ganas de saber de las obras que están siendo leídas.

Pensamos en brindar el medio para que los textos que desarrollan no terminen como tesis de licenciatura, maestría y doctorado, guardadas en las bibliotecas de sus universidades, acumulando polvo.

Queremos ser el medio por el que los alumnos de talleres literarios presenten a los lectores sus nacientes obras.

Queremos ser el espacio para la discusión, para compartir aquello que otros no quieren publicarte.

Jamás hemos pretendido publicar textos inéditos en exclusiva, porque no pensamos lucrar con nuestra revista ni con tu obra. Queremos darla a conocer a más y más lectores, y sabemos que cada medio tiene sus propios lectores. Si tu obra se publica con nosotros y en otro portal, en otro medio, la posibilidad de que lean tu obra aumenta, y ése es nuestro mayor deseo, que tu trabajo literario pueda ser leído por más y más personas alrededor del mundo..

La revista *delatripa narrativa y algo más*, en su décimo aniversario nos acerca a escritores, traductores, académicos, colectivos y lectores con un sólo fin forjar una red literaria y cultural.

Diez años no se cumplen con facilidad, y hemos tenido pausas, pero jamás hemos pensado en claudicar. Por ello es necesario agradecer a quienes fueron los visionarios para este largo caminar, un sendero de vida.

La versatilidad de la versión digital permitió que incluso en pandemia se lograra sostener y continuar la labor de la difusión de las nuevas voces.

La revista abre un puente para quienes han colaborado en esta edición de aniversario, y ahora correrá libre en el mundo, por las descargas desde su fan page. Pero lo más importante es que emocionará a sus lectores.

Nosotros les agradecemos por seguirnos en redes sociales. Desde ya estamos dispuestos a cumplir con humildad y responsabilidad junto a todos los que nos colaboran un aniversario más. No sabemos lo que depare el día de mañana; pero entendemos que el siguiente número de la revista o el siguiente aniversario será tan pleno como éste que estamos viviendo.



Al hundirme en el barro bajé la mirada para apreciar mejor a las innumerables lenguas pestilentes vestidas cual atuendo de monjas que se movían sin razón ni coherencia. Yo caminaba lento sobre ellas; unas manos toscas salieron rasgando mi falda, manoseándome las piernas y de nuevo las lenguas se agitaron murmurando: ¡Provocadora!, quise apresurarme para liberarme de ese barro que se había convertido en un largo río que vislumbraba al final un tierno ocaso. Pero resbalé y las ácidas manos que se estiraban hacia mí disolvieron mi blusa, mis pechos quedaron expuestos. Una parvada de cuervos alzó el vuelo, graznaban diciendo: ¡Meretriz!, lloré de rabia y mi llanto hizo que me elevara. Desde las alturas vi que bajo esas lenguas fluía una corriente de lava y en aquella jugosa carne brotaron ojos que se movían desesperados por encontrarme; cuando al fin dieron conmigo me planté desnuda frente a ellos, yo levitaba al viento, ¡Bruja! Gritaron agitando los rostros; sus asquerosas manos saltaban como la lava en erupción volcánica, pretendiendo tocarme de nueva cuenta, pero nubes grises del humo que expelían se adhirieron a mi espalda formándome alas. Las agité y quise volar rumbo aquel ocaso tierno que tenía en el horizonte, intentando cruzar hasta el amanecer. Gocé la paz del aire que mi rostro iba atravesando; y mientras me alejaba de las lenguas y las toscas manos, mi cabello creció hasta cubrirme el cuerpo entero. Cerré los ojos respirando hondamente, disfrutando el aroma de la libertad. ¡Culpable!, ¡culpable!, graznaron los buitres que me atacaron mientras volaba, destruyendo mis alas, y caí sobre aquel cadalso. Las lenguas ahora tenían cuerpo, eran féminas de apariencia puritana que expedían el hedor de la moral por la boca; aquellas manos tenían rostros, eran hombres fingiendo inocencia. Zopilotes blancos me ataron al madero y aquella ardiente lava comenzó a ascender sobre mis pies y piernas, sobre los muslos. La muchedumbre reía fascinada, orgullosa, al ver como mi cuerpo se consumía, mientras yo pensaba: ¿Quién será la próxima?

En una noche de lluvia fina

Daniel Barrera Blake

Hubiera preferido un mutilado, un apuñalado múltiple; un cuerpo macilento y amoratado por tanta violencia descargada sobre él, pero no eso. El detective Ingravallo sacó un cigarrillo de una bolsa del saco, seguido de su encendedor zippo. Tap, tap, tap. Le dio unos golpecitos sobre el metal cuadrado. Observó el cuerpo desnudo del muerto tirado a media calle, sobre un charco de lluvia. Tap, tap, tap. Piel blanquísima, facciones aun adolescentes, cabello largo muy rebelde, cuerpo atlético, sexo engarrñado; a saber, si por el clima o por el miedo final. Tap, tap, tap. Un rostro de joven audaz, que hace poco tiempo era el de un niño travieso, lleno de vida. Y en la frente la mancha de la muerte, un orificio oscuro pero limpio, por donde entró el proyectil y escapó la vida. Una mancha de muerte que ensuciaba la belleza juvenil, la belleza del futuro que no. Leyó los datos recabados por los uniformados que respondieron al llamado inicial. Era del barrio, un tal Billy. Un vecino había visto al difunto salir corriendo de la residencia de los Backwards, seguido por el señor de la casa, dos calles atrás. Volvió a observar el delgado hilo de sangre que escurrió desde el orificio fatídico, descendió por el entrecejo y se decantó hacia un costado, por el orbital del ojo, fluyendo a su alrededor por la mejilla y petrificado en río de sangre seca antes de llegar al lóbulo de la oreja. Tap, tap, tap.

Ingravallo volteó al cielo en busca de respuestas, pero solo encontró un cielo oscuro e indiferente, viudo de luna y estrellas. La lluvia fina se reanudó. Se caló bien el sombrero de ala corta y bajo su visera, accionó el encendedor. Acercó la flama al cigarro colgado de los labios, el destello le iluminó las pupilas. A través de la incandescencia observó al cadáver y comenzó a imaginar el primer escenario posible:

Desde el pavimento mojado se levantó Billy hacia adelante, con el cuerpo flácido y la cabeza echada hacia atrás. A medio camino, sus brazos se fueron levantando hasta quedar en posición de alto y apuntaron hacia Mr. Backwards, lo último en llegar a la posición vertical fue su cabeza que lo hizo con un latigazo. Inmediatamente después, un

fino hilo de sangre se le metió al orificio de la frente, del cual le salió un proyectil a mayor velocidad que el sonido y fue succionado por el cañón de la pistola de Mr. Backwards, seguido de un fogonazo que, antes solo era humo gris; Mr. Backwards apretaba entonces el gatillo, un segundo antes de gritar: ¡Adiós, hijo de perra! Instintivamente, Billy se giró ciento ochenta grados sobre su eje. Comenzó a correr de espaldas, con la nuca apuntando el arma de Mr. Backwards, quien a su vez perseguía a una angustiada y escasamente vestida Mrs. Backwards. El trio corrió de espaldas dos largas cuerdas residenciales, atravesaron en diagonal el jardín frontal y entraron en fila india a la residencia Backwards. Billy fue el último en entrar azotando la puerta. Las tres espaldas subieron las escaleras a toda prisa manteniendo la formación, hasta entrar en la recámara matrimonial; Mrs. Backwards se acomodó sobre la cama de un salto, mientras Mr. Backwards y Billy se enfrascaban en un forcejeo. De pronto, Mr. Backwards se introdujo en el closet de manera intempestiva y desapareció, mientras Billy subía a la cama con Mrs. Backwards y se posicionaba justo detrás de ella y ambos ponían los ojos en blanco. Después de esto, Billy y Mrs. Backwards lo hicieron con alegría por algunos frenéticos minutos, luego Mrs. Backwards vistió con furia y desesperación a Billy y éste corrió de espaldas escalera abajo hasta la entrada y escuchó: ¡Hola cachorro!, proveniente de la recámara matrimonial, después permaneció un minuto en la puerta emitiendo un chiflido en clave.

No, no pudo ser tan simple, pensó el detective. Soltó el humo espeso hacia el cielo oscuro. Aspiró de nuevo el pitillo, las pupilas se le iluminaron de un naranja intenso. Soltó el humo en un suspiro. Será una larga noche, pensó, poniéndose de cuclillas junto al cadáver.

Apenas una leve sonrisa se dibujó en las mejillas de Patricia al verme llegar, entre mis manos también pequeñas en ese tiempo yo apenas podía cargar la canastilla de mimbre repleta de las frutas que a ella que tanto le gustaban. Me vio a los ojos por unos segundos.

Después de ese encuentro yo doble mis rodillas, me hincó en el piso de mosaicos verdes, ella se abalanzó sobre mí, dando un gran salto para colgar sus también pequeños brazos en mi cuello.

Y con mil besos me agradecía el regalo que le llevaba ese día el cuál era una canasta llenita de fresas junto a ella una muñeca de trapo de vestido floreado, con moños rosas y listones de satín decorando un par de coletas hechas de estambre.

Recuerdo a la pequeña Patricia tenía una abundante cabellera que le caía en cascada, su tono era castaño oscuro y su piel color morena, de su pequeña boca salían palabras dulces, ese día vestía su batita blanca con lunares rojos, zapatos de charol y una diadema de moño, su mamá se la hizo en la máquina Singer regalo de la abuela de Patricia, quién era mi tía, una noche de marzo previo a cumpleaños.

Esa niña de pelo largo, cara redonda ojos claros con boca pequeña, de cariño le decían Paty era una niña tranquila pero siempre triste, se quedaba pensativa, por alguna razón que solo ella sabía, jamás dio muestras de rebeldía, se mantenía callada algunas veces se ausentaba de los juegos y rondas infantiles.

Siempre aislada de los demás.

Ese día se sirvió en un plato hondo blanco con flores rojas.

Su postre favorito fresas con crema y azúcar, que comió en la soledad de su habitación, meditabunda, ni la acidez de las frutillas, ni la dulzura del azúcar pudieron sacarla de su letargo.

Los años han pasado y ella sigue igual ausente y nosotros sus primos con las mismas preguntas sin respuestas al aislamiento de Patricia.

Algunas veces cuando visito mi pueblo llevó a Paty a comer fresas con crema en espera de alguna palabra, ella se concreta a comer sus fresas. Eso sí siempre me recibe con un gran abrazo. Ahora nuestras manos son grandes y manchas de la edad las decoran.



Era un estúpido

Joaquín Peña Arana

Es que eso era. A mí no me salgan con que estaba tomado y que por eso no sabía lo que hacía. ¿En serio habrá quién crea que era una maravilla haberse presentado así?

La fiesta iba muy bien. La cena, las bebidas, los juegos de salón. Créeme que yo, así como soy de serio y estirado, también me estaba divirtiendo a mares. Y, entonces, llegó. Con la bebida en la mano. La mirada turbia. Arrastrando las palabras. Venía de no sé cuál fiesta. Empezó a trastabillar, a importunar a la gente, a hacer comentarios fuera de lugar. Y el resto nada más lo observábamos, pensando cosas como "otra vez" o "tan bien que estábamos". Y las compañeras nuevas, entre la sorpresa de verlo así y la risa que, al mismo tiempo, les provocaba su estado de embriaguez.

En eso estábamos cuando sacó la pistola. Por supuesto que hubo un susto generalizado. "Y ahora con qué nos va a salir". Vi que, al menos dos personas voltearon a la puerta, como midiendo la distancia por si había que salir corriendo. Yo sentí, y no creo haber sido el único, que se me iba la sangre a los pies.

Vociferó no sé qué cosas y lo único que se le entendió es que tenía la costumbre de celebrar tirando al aire. Y que quería que lo hiciéramos también. Ahí fue donde, primero la jefa, luego el coordinador, así, calculando el momento, buscaron cómo disuadirlo. Y él de necio. Que así estaba acostumbrado. Que qué tenía de malo unos tiritos al aire, si por eso era hombre, muy hombre. En eso estaba cuando, aferrado a dar sus explicaciones, dejó la pistola en la mesa.

En ese momento, volteé a ver a la gente. Leí en algunas miradas la intención de tratar de acercarse para tomar el arma y alejarla de él. Ya después verían como calmarlo o a lo mejor lo encerraban en un cuarto a esperar a que se le pasara la borrachera, qué se yo. Eso supongo que pensaban. Yo, en cambio, al ver la pistola. La vi brillante. Solitaria. Atractiva.

Dejé de sentir la piel helada y, de pronto, empezó a hervirme. Intensa. Era fuego. Yo era fuego. No lo pensé. Caminé directo a la mesa, tomé el arma. La coloqué en mi boca. Cerré los ojos. Bastaba jalar el gatillo. Era todo.

No sé qué hizo el resto de la gente. Solo éramos la pistola en mi boca y yo. Sentí el temblor en mi cuerpo. Mis manos eran una sola con el arma. Mis dedos eran una garras, atizando lo que tocaban. Solo faltaba jalar el gatillo.

Entonces fue cuando lo sentí. Quizás fue el metal. Delgado. Sólido. Frío. Eso fue lo primero que captó mi atención en medio de ese torbellino. No estaba tan frío en realidad, pero contrastaba con el fragor del resto de mi piel.

Sentí en anillo. Al sentirlo, recordé algo. Abrí los ojos. Me observaban fijamente. Hasta él. Ahí, de pie, con los ojos a punto de salirse de sus cuencas. Creo que hasta la borrachera se le cortó. Nadie se movía. Solo se escuchaba la música de ambiente.

Dejé de sentir el ardor que había emanado de mi cuerpo. Retiré la pistola de mi boca. La coloqué en la mesa. Respiré profundamente. Caminé al bufete. Pregunté si tendrían una charola para llevar. Me serví generosamente. Fui por un par de refrescos de lata y me despedí de la fiesta con un buenas noches.

Antes de encender el auto, marqué para avisarle que ya iba para la casa, que llevaba algo y si todavía sería buena hora para cenar. Le dije que, si no era muy tarde, tenía ganas de que platicáramos. De lo que fuera. Solo quería verla. Escucharla. Pensé en sugerirle lo de ver una película, pero lo dejé para después. Quizás otro día. Quizás podríamos ver la de El Señor de los Anillos, con que fuera la primera parte estaría bien. Con palomitas y refresco. Solo porque sé que le aburrirá y me gustaría sentirla durmiéndose poco a poco en mis brazos. Yo contemplaría su sueño y ella no vería mis lágrimas. Porque soy un llorón. Porque yo no podría dejar de pensar que en esa historia de magia y seres fantásticos, hay un poderoso anillo que despierta la locura de los seres. Y que acá, en nuestra realidad, en la vida que ella y yo compartimos, hay un anillo mucho más poderoso: el que colocó en mi dedo en nuestra boda. El que tiene más poder que mis ganas de darme un tiro en la boca.

Cuidado con lo que crees

Eduardo Omar
Honey Escandón

Cuando llegué al nivel inferior Keller miraba por la escotilla abierta en el piso.

—¿Dónde está? —pregunté de inmediato sin dejar de otear alrededor. Carmila era muy escurridiza y letal. Tres bajas y once heridos en el departamento de investigación eran testimonio de esto último.

—Saltó —con furia respondió Keller. Llevaba casi cinco años intentando atrapar a Carmila. Solo en esta ocasión, a mitad del Atlántico y dentro de El Baguette, un dirigible de línea fue lo más cercano a tenerla a modo para arrestarla.

Me arrodillé junto a la apertura. Por debajo pasaban ralas nubes que permitían ver la superficie oceánica tapizada de olas. Sosteniéndome de agarraderas al lado de la escotilla abierta me incliné para sacar la cabeza y otear hacia atrás. Si brincó o tenía un paracaídas que podría descubrir o el impacto la habría matado, pero sería notorio el vestido rojo que portaba cuando empezó la persecución en el comedor.

Apenas asomé la coronilla cuando el áspid negro de mi corazón presintió el peligro. Al erguirme logré golpearme con el borde metálico al tiempo que un shuriken de cinco puntas rozaba mi barbilla para luego inscrustarse en la goma del sello de la escotilla.

—¡Que hija de su malandrísima madre! —exclamó Keller antes de reaccionar y disparar su revólver sin ton ni son al vacío.

—¡Párale! —grité. Cada disparo lo efectuó a centímetros de mi cabeza y el sonido hizo que me dolieran los oídos—. Estás jugando a lo que ella quiere.

—¿Qué?

—Comprar tiempo para continuar con su plan de escape. Corre al hangar.

—¿Cuál hangar?

—El que está en la parte superior del dirigible, ¿no lo sabías?

Keller se me queda viendo con cara de estupefacción por un segundo, de repente cae en cuenta lo que nos platicó el capitán cuando abordamos y echa a correr. Me asomo de nuevo confiando en que Carmila haya iniciado el ascenso por el costado de la nave.

Al no recibir otro shuriken confirmo mi sospecha y aprovecho para localizar la secuencia de agarres para poder deslizarse bajo el vientre de esta ballena aérea. A cada lado de los agarres hay un tubo para colocar un lazo de seguridad que no tengo tiempo de buscar. Me doblo, tomo el primer par de agarres en el exterior y

me concentro en ver la superficie metálica y no para el abajo que está a kilómetros de distancia. Jalo mi abdomen y así aprovecho para pasarlo como mis piernas. Quedo suspendida en el aire como si fuera un pasamos infantil en un parque cualquiera.

Mientras me columpio para avanzar no me queda más que admirar a nuestra contrincante. No solo tuvo la agilidad para pasar de golpe por la escotilla sino se deslizó a una posición donde se sostuvo con pies y una mano en espera de que alguien se asomara. No sé si fue suerte o así lo planeó ella, pero estamos en un tramo donde no hay ráfagas de viento y solo nos empujan dos de los veinte motores.

Llegó a donde se deriva un paso lateral que estoy segura de que me acercará a una de las escaleras que están por fuera del caso externo, el visible, de la aeronave. No dudo doblo a la derecha, avanzo unos tres metros y llego al borde. Siento un leve cansancio en los bíceps, pero me relajo, me alzo para apoyar pies como piernas y así tantear más allá del límite. El diseñador del leviatán aéreo se luce cuando de inmediato encuentro de dónde tomarme, suelto la otra mano y me estiro para así sostenerme con ambas.

La escalera está a un cuarto de brazo arriba y está diseñado para usar brazos como piernas. Así que me alzo, asciendo y me aseguro. Aprovecho para mirar hacia arriba: será el ascenso de cinco pisos y luego inicia la curvatura de la tela. Carmila me lleva casi cuatro pisos de ventajas y está enfocada en subir, no mira si la sigo. Aprovecho asciendo lo más rápido que puedo.

Cuando ella llega al tejido metalizado que en sí contiene los globos llenos de helio, ya estoy en lo equivalente al cuarto piso. No cejo en mi empeño en alcanzarla y también no pierdo de vista que puede lanzarme otra de sus armas. O dispararme si trae un arma de fuego.

All llegar a un cuarto del fuselaje redondeado se da cuenta que me estoy acercando y lanza varias dagas y otro shuriken. Por fortuna el ángulo y el mismo viento me favorece. Los proyectiles se impactan en el metal y caen hacia el océano.

—¡Carmila, estás envejeciendo! —exclamo en sorna—. ¡Ahora tienes que hacer varios intentos! ¡Y en todos fallaste!

—¡Nomás respeto tu vida, hermanita! —responde mientras retoma el escalar— ¡Quédate allí o mamá perderá a su hija favorita!

—¡Es lo que digo, benjamina! ¡Tan chiquita y

tan... —antes de terminar la frase me pego a la tela metalizada. Una lluvia de puntas pasa a mis espaldas. Siempre detesto el calificativo para la menor y mucho más la frase de burla. Debo mantenerla distraída para que Keller llegue al hangar y la espere.

—¡Qué te quede allí! ¡No quiero herirte!

—suenas tu voz y ya no la veo. Rodeó la mitad del cuerpo del dirigible y salió de mi vista. Apuro y escalo a toda velocidad para llegar al límite. A partir de este momento ella tendrá la ventaja de estar por encima y en posición mucho más cómoda. Desato mi sombrero que es el último grito de moda en la capital imperial mexicana y lo levanto. Otra lluvia de puntas, dagas y shuriken lo atraviesan y solo queda el esqueleto del que cuelgan una pesadilla de tejidos, lazos y ornamentos. Lo suelo y planea en un descenso final.

Aspiro con fuerza, me santiguo mentalmente y cruzo el punto ciego. De inmediato la veo no escalando, sino deslizándose a velocidad. Sin duda me ganará a menos que tome la ofensiva. Apuntalada con la mano y brazo derecho más las piernas, uso mi mano izquierda para hurgar en el cinturón donde cargo mis armas. Extraigo tres cuchillos que son más pesado que lo que ella usa y sin detener mi movimiento los lanzo. Mientras vuelas asciendo otros cinco metros, cuando me afianzo de nuevo un cuchillo se encajó en la tela metálica, otro rebotó en un agarre que justo dejó su pie izquierdo pero el tercero la alcanza en el omóplato, hunde la punta antes de que el hueso lo haga rebotar.

Lanzo mi último tercio de cuchillos y subo otros cinco metros. Ella gira para ponerse de espaldas sosteniéndose con una mano, se encocha, los cuchillos se encajan donde poco antes estuvieron sus extremidades, hurga en con la mano libre en el bolsillo sobre el brazo contrario y saca una cerbatana.

Mamá, cuando nos entrenó a sus siete hijas, nos hizo expertas en las mismas armas tanto en enfrentamiento directo como armas arrojadas. Luego a cada una de nosotras nos hizo practicar aparte un arma especial que fue su obsequio antes de enviarnos a la Academia de Oficiales. Carmila fue la que recibió el arte de construir cerbatanas y emplear darnos metálicos como de hueso al igual el cómo preparar los venenos que van en la punta. En mi caso fue el uso del látigo con la punta de metal que ahora está en mi zurda, lista para emplearla.

Ambas, ahora, estamos a la distancia exacta para el uso más efectivo de las armas definitivas tal como las nombraba mamá. Nos miramos de frente mientras las nubes pasan por derredor, mientras paran los motores activos, mientras suena la alerta de El Baguerette y las luces de posición se encienden en rojos absolutos.

—Minerva, querida hermana, ¿aún sientes amor por mí? —pregunta insólitamente y me toma desprevenida— ¿Aún amas a la oveja negra que mató a su madre porque me cansé de ser usada?

—Aún te amo, Carmila y no te juzgo por lo de mamá. La sigo odiando por lo que nos hizo, en lo que nos convirtió y en todo el dinero que ganó a nuestra costa.

—¿En serio?

—Sí.

—¿No hay forma de que arreglemos esto? ¿Que dejemos en paz el asunto?

—Entrégate para que seas juzgada. O...

—¿O?

—Devuelve los planos que robaste al Instituto Imperial de Guerra y desaparece. Ya nos encontraremos.

—Si me entrego, me condenarán a muerte, Minerva.

—Puedo hablar con los Escandón y buscar que sea prisión. Incluso que sea domiciliaria. De algo debe valer todo lo que le robaste a la vieja Albión o al segundo Reich. Por no mencionar las misiones secretas de las que apenas regresaste con vida. Estoy segura de que algo podemos hacer.

—Ya no tengo los planos.

—¿Los vendiste? Dime a quien y telegrafiamos para que tiendan una red y los traigan de vuelta.

—Los destruí. Eso que allí está, eso que quieren construir nos llevará a la destrucción de todo y todos. No deben jugar con el uranio y sus primos, son los elementos del mal —afirmó, arrojó la cerbatana a un lado y giró para ascender a una velocidad que excedía por mucho la mía.

Llegó a la parte superior del dirigible y echó a correr al hangar en popa donde se alojaban los diez biplanos de defensa. Cuando puse llegar a la columna vertebral del dirigible le faltaban menos de diez metros para ingresar. Vi que Keller la esperaba junto con una decena de soldados, todos apuntándole. No se detuvo y cruzó los brazos bajo la axila, sacó las agujas para lanzamiento en abanico y las lanzó, mientras rodaba en el suelo, salía proyectada hacia arriba, volvía a caer y rodaba para dar dos pasos e impulsarse sobre Keller quien caía junto con los demás soldados que fueron alcanzados por sus armas.

—¡No sigas, Carmila! ¡Pondrás las cosas peor! —grité a la mitad del camino. Ella subió a la cabina del primer biplano que colgaba a la derecha, jaló la palanca que soltaba las correas y el avión se deslizó sobre el cuerpo del dirigible.

—¡Investiga lo del uranio, querida hermana! ¡No creas lo que dice el Emperador del tiempo de paz

luego de esta primera guerra mundial que mató a tantos! —alcanzó a decir mientras caía.

Llegué al lado de Keller quien solo estaba herido en el hombro al igual que los demás soldados. Mi pequeña hermana honraba su leyenda y a pesar de que habían pasado veinte años desde que nos separamos, su talento no disminuía.

—Lo siento mucho, amigo. No pude alcanzarla y se nos fue otra vez.

Keller sonrió antes de soltarse a reír en carcajadas. A pesar de estar lastimado buscó algo en los bolsillos interiores de su gabardina y sacó varios cables de color rojo y negro.

—Lo siento por ti porque no creo que la veremos más. El motor nunca arrancará —señaló los cables y volvió a reír, aunque se quejó por la herida.

Mientras llegaban médicos asistimos tomé la escalera y plataforma que permitiría llegar a la cabina del biplano. Pude ver atrás las ondas concéntricas del avión que se estrelló en las aguas.

Y también un novedoso paracaídas rectangular donde una diminuta figura en paños menores planeaba hasta perderse de vista.

Juego de amantes Ángel Domínguez Espinoza

A toda prisa entró a su cubículo de trabajo, siempre era uno de los primeros en llegar, pero esa mañana la discusión con uno de sus amantes lo hizo retrasarse.

Su jefe estaba sorprendido de su impuntualidad y ansioso esperaba en su oficina los resultados de una importante nota que le había encomendado.

El jefe de la redacción, molesto, volvió a preguntar a su secretaria si ella sabía por qué tardaba tanto la nota que deseaba leer. De pronto se abrió la puerta y ahí estaba él con su máquina de escribir en una mano y en la otra un block de hojas blancas.

El impaciente jefe al verlo enfureció, mucho más al descubrir que la nota de esa mañana aún no había sido redactada, rechinando los dientes lo insultó hasta cansarse. Se escucharon algunos gritos en el área de espera. Con un golpe violento la puerta de la oficina fue abierta. El amante estaba hecho un demonio y el periodista retrocedió algunos pasos. “¡Par de putos, desalojen la oficina!”, gritó el jefe.

El amante con una pistola apuntó al periodista y disparó a quemarropa, la máquina de escribir se hizo pedazos en el suelo y las blancas hojas se tiñeron de un rojo espeso. El periodista murió sobre un charco de sangre y el amante con gran habilidad desapareció de la escena del crimen.

Esa mañana, una vez más, el periodista había cumplido con su misión: su muerte fue la nota más importante del diario.

Su mejor trabajo.

En el luminoso recinto, salón de usos múltiples que los recibe, la gente eufórica por un momento abandona sus asientos; de pie aplauden, una y otra vez la ovacionan. ¡La felicitan!

Ella, de perfilado y esplendente rostro, agradece mesurada y compuesta. Sus labios color granada —de escarlata intenso, como el tinto en una copa, en espera quien la beba— suspendidos en una sonrisa que encanta, muestra el admirable perlado de sus pequeños y finos dientes.

Todo un éxito el taller: ¡Despertando al Amor!

Su pelo negro en espiral se desborda reluciente sobre su hombro derecho, de medialuna, acaricia el cuello y reposa en su pecho, sobre su blusa blanca, de tela vaporosa, estampada con magníficas flores, orquídeas —*Catleya trianae*, flor de mayo—, lilas; sublimes, vistosas.

Él, al final de la sala, la observa. Le agrada mirarla así, generosa, regalándose entera para toda la gente.

Los asistentes abandonan el amplio salón de extensos ventanales. Es el museo de Ciencias, El Caracol, tercer piso, con una magnífica vista a la bahía al atardecer del día, nos recuerda que vale la pena estar vivo. En el elevador, ella exclama:

—Gracias por estar aquí, por tu apoyo, por no irte, bueno...ya sabes que tengo un genio y tú aquí, de verdad que es una bendición tenerte como un gran amigo. Él aspira el cabello negro de ella.

Se asfixian en un abrazo grandeeeeee, y ríen generosos.

—¿Cansada?—pregunta él, y continúa:

—¿Te llevo a tu departamento?, o ¿a dónde quieres ir?

Su respuesta es una caricia.

—¡Estoy feliz, feliz! ¡Quiero caminar! Sabes que soy floja para ello, pero ahora quiero, quiero caminar contigo— dijo así sin más.

Un principio de embeleso su andar. Extendió el brazo derecho, pasó toda la palma de su mano sobre la mano izquierda de él, y aprisionó al silencio entre ambas manos.

Una bruma ligera se sienta por la bahía.

Transitan por la calle de entrada al muelle de cruceros, suben el puente del arroyo, donde el agua se desplaza con lentitud, en sincronía. En el malecón, las farolas que lo custodian, se encienden. La tarde en decadencia.

Caminan al lado de las fuentes interactivas, los chorros de agua se elevan, descienden, unos con fuerza, otros con suavidad, saturados de múltiples colores, al ritmo de la música que los abraza. Turistas, se arremolinan alrededor, sienten el espectáculo. Algunos toman fotos, otros más videos, y los más entusiastas selfis para el recuerdo. Todo es algarabía.

En la ventana al Mar, la enorme bandera ondea al capricho del viento. Ellos continúan por la Plaza de la Patria —que también la llaman de “las tres cabezas”, por tener esculpida en mármol la representación de los rostros de tres personajes de la historia de este país: Hidalgo, Juárez, Carranza— donde encuentran carpas que ofrecen productos artesanales de la región.

—Se me antoja un vino tinto.

—¿Y luego?

—Ahí, mira, me laten esos— masculla, señalando un puesto, cuya manta publicitaria anuncia: “Vinos artesanales del Valle de Guadalupe”.

Evoca aquel mediodía soleado —no hace mucho tiempo que visitaron en el Porvenir, un viñedo— lugar de soberbia belleza, lleno de parras alineadas, con enormes racimos de uvas carnosas, violáceas unas, otras de color oliváceo— donde el propietario, hombre de mediana edad, delgado, alto, con barba nevada, como el Quijote de Cervantes, produce vinos artesanales y quien les compartió todos los pormenores de la elaboración de sus vinos. Las variedades de uva que cultiva, de su lucha contra los topes y las ardillas, la vendimia —él la realiza a finales de septiembre y principios de octubre—, el prensado, la fermentación, el proceso de limpieza o filtrado del trasiego, la estabilización, sus mezclas y embotellado. Todo.

Sin desearlo siquiera, piensa en ese proceso complejo de la fabricación del vino: la variedad, el clima, la temperatura, la altura en que se cosecha y el proceso de fermentación a que se somete la uva. Allí, frente a ellos, el hombre embotello y encorcho algunas botellas de su vino.

Recuerda esa visita a la cava subterránea, el pozo de agua para dar la humedad requerida; la cata de diferentes vinos. Y uno que más le gusto ese día fue el elaborado por la piamontesa Nebbiolo, uva de un color rubí intenso, de sabor dulce, fuerte y aroma a frutas maduras. Sonrió al recordar “al chapo”, perro pastor inglés, noble, paciente, que los acompañó siempre en el recorrido.

Se acercan. Un señor, entre joven y maduro, pulcro, de aspecto agradable, les atiende.

—¿Buscan algo en especial?

—¿Podría indicarnos de que varietal están compuestos sus vinos tintos?— pregunta cortésmente ella.

—Tenemos varias mezclas de tintos, responde el hombre de pelo ya entrecano— señalando un botellero de madera de roble claro—. En ése de allí hay Cabernet Sauvignon y Grenache, otro con Malbec, uno más con Merlot y éste lleva Nebbiolo: es un vino dulce, muy sabroso—concluye diligente siempre— y pone una botella de ese vino en la mano de ella.

—Les va a gustar, sobre todo a usted,— le indica el hombre amable, sin afectar la voz clara en ningún momento.

La mirada de los sinceros y agradecidos ojos de ella, aprueban la compra.

—¡Va, éste!— exclama ella con emoción.

Unos pasos adelante: “Quesos Del Real”

—¡Compremos uno!

—¿Oreado o añejo?— cuestiona una joven mujer, con la cara de luna llena, de pelo castaño lacio. Al ver sus rostros de duda, replica:

—Los oreados son de tres a seis meses de añejamiento, y los añejos llevan años. Ambos son fuertes, sabrosos, muy sabrosos— recalca para animarlos.

Con un cuchillo, rebana una porción de uno de ellos. Les ofrece un pequeño trozo del lácteo como prueba y explica:

—Este es oreado, artesanal, de Real del Castillo, es un muy buen queso, de excelente sabor.

Los dos lo paladean.

—¡Es una delicia!— Exclaman al unísono.

—Y lo pueden acompañar con ese tinto que lleva ahí— instruye la vendedora, sonriendo con una malicia inocua.

Él recordó aquella sonrisa del señor Moya, —el dueño del viñedo que habían visitado— cuando le extendió la copa de ese Nebbiolo la vez aquélla, y no pudo más que valorar el esfuerzo y el deleite que había en ese hombre que vivía de ese modo su viñedo, el cariño a la tierra y el entendimiento que hay en esas del vino cuando bien se conocen.

Con el vino y el queso prosiguen su caminar.

—Suficiente— dice ella, ahora sí, ¡vamos a celebrar!

—¿A tu depa?— él la inquiera.

—Mmm... ¡No, vayamos al tuyo! Me gusta ver la Bahía, el amanecer, desde ahí.

Entran al departamento, y de inmediato ella se descalza. Sus pies, de una sensual curvatura, son perfectos; desde el empeine hasta la punta de sus dedos. Él, en automático visualiza esos niveles y hermosos pies bañados de mosto, machacando las uvas al inicio de las fiestas de la vendimia; salpicando hasta las pantorrillas de ese jugo color sanguíneo que alguna vez habrá de convertirse en vino.

En la mesa de centro, la botella de Nebbiolo y el queso, aguardan el momento...

—Sabes, el señor del viñedo no sólo nos habló del vino y sus colores, nos habló de tiempo, de vocación, de pasión, pero sobre todo de amor por lo que ocupa nuestra vida entera.

Mientras crece la noche, la brisa inunda el puerto, la ciudad duerme.

Ahora ellos, indigentes sus bocas, aprisionan su amor en una copa, bebiendo el tinto endulzado en sus lenguas y gotas púrpuras resbalan por sus labios... ¡avivan el incendio!

Maldita mercadotecnia del tiempo y el espacio

Mario de la Cruz Arreola

Llegué al día a las 6 de la mañana en un instante de mi cuarto frío y oscuro, me levanté, prendí las luces y recorrí tanteando la primera media hora, me tardé un baño, ponerme la ropa y café. Por la ventana, de pie en el centro de las 6:30 a.m. contemplé el panorama alrededor; ayer se perdía en la distancia, a lo lejos podía ver las sombras puntiagudas de las últimas horas de la madrugada; miré hacia el otro lado para ver el nuevo amanecer acercarse, enfoqué la vista y me entretuve con las figuras que los segundos formaban de minuto a minuto; ya era la luz, el escritorio, ya era amarillo y naranja. Ya era calor. Y también ya era mucho cuarto, mucho departamento, mucho irse a trabajar; me desvié, soy un vago, siempre meto las narices en horas donde no me llaman.

Ese día no quise ir a las 8:00 a.m. del trabajo y me dirigí a las 9:00 a.m. mediante un rodeo por el centro de la ciudad. Esperé un microbús de más y pasaron obreros sentados, escolares fuera de la prisa, camiones de basura. Me encanta contemplar a la ciudad, cualquier ciudad, despertarse; quisiera darle un beso y hacerle el amor en instantes elásticos para fundir orgasmo con despertar ¡Buenos días! ¡Buenas vidas! ¡Buenas idas! ¡Buen placer, señor abarrotero, un paquete de cigarrillos, por favor!

Llegué a las 8:15 a.m. y se me hizo el centro de la ciudad con su olor fresco, un cigarrillo y caminar por los callejones de un cuarto de hora. Empleadas de comercios, minifaldas y piernas, colas de caballo, trenzas, broches, mallas, pedacitos de calor que crecen, ojos cafés, verdes, mejillas enrojecidas, colorete. Me distraje y di vuelta en círculo sin querer, hago estos deja vu seguidos, soy un vago. Es el mismo momento visto desde otro ángulo.

Me dieron ganas de correr, así que pensé en las posibilidades pictóricas de los triángulos rojos y azules, pero me detuve y regresé al día anterior para tomar impulso desde sus 6 de la tarde, donde dichas figuras me cercaron por todos lados hasta que los aplaqué con una Pepsi Cola. Maldita mercadotecnia. Ya con el impulso suficiente, salté...

... apenas y sentí cuando llegué a la tarde de aquel presente, debí pasar por mi horario de labores a velocidad de fórmula uno; seguramente mis compañeros de trabajo ni el polvo de mis pensamientos vieron; en mi cuaderno había diez hojas llenas de rojos y azules triángulo. Pensar es la manera más corta de llegar al momento deseado, la velocidad depende de lo pensado; para ir a instantes lejanos uso la ruta del agua: pienso en nubes y su arquitectura, en delfines aeronautas, o simplemente me dedico a erosionar alguna inquietud petrificada; para traslados cercanos prefiero la vía del fuego: mujeres, sexo, canciones o sólo un termómetro de las emociones a mi alrededor.

La tarde es una cafetería bien iluminada, un libro y algún amigo para platicar. En la esquina de las 6:00 p.m. topo de frente con un templo blanco de media hora: el templo de mi muerte; entro persignándome a reflexionar... después de dos cigarrillos y un amigo, salgo por la primera puerta que recuerdo; todavía es cafetería pero queda poca, espero sus últimas lecturas y se hace el camino de regreso a casa, me subo a las 7:00 p.m. y en unos cuantos recuerdos llego a las 8:00 p.m. Entro a las 9:00 p.m. y son los sueños, así que me pierdo en despoblado.

Bendito consumo del verbo y el sustantivo.

Las rondas pasaron y pasaron, y la ropa de las jovencitas fue abandonando sus cuerpos, progresivamente. Fue mucha la sorpresa de Daniel cuando, estando ya las cinco chicas en ropa interior, y mostrándole bastante de sus encantos, Natalia, aquella chica que no había dicho nada, fue a derrotarle limpiamente. Daniel le lanzó una mirada de preocupación, pero la que les lanzó a las otras cuatro, fue de coquetería total. Se quitó la playera y la arrojó lejos.

Creyó morir cuando perdió nuevamente. Se vio obligado a despojarse de su pantalón de mezclilla, quedándose únicamente en calzoncillos.

– Estamos empatados, nenas – dijo él –, pero ni crean que me ganarán, ¿eh?

– Natalia ya te ganó dos veces, chiquito – dijo una de las jovencitas.

– Muy bien por ti, Naty – le dijo Daniel a la chica, sonriéndole –. Debes sentirte muy orgullosa, ¿eh? Nunca me habían derrotado antes en este juego.

Ella no le respondió nada y esperó a que empezara la ronda que definiría todo, la que haría que o cinco o solamente una de las personas en esa habitación quedaran completamente desnudas.

Daniel decidió no seguir recibiendo cartas, y vio como todas las otras sí le pedían más. Natalia, por su parte, le pidió tres. Al lanzarle lo que le pidió, Daniel imploraba, con todo fervor, que no ganara una vez más, que los naipes que había pedido no le fueran útiles para salir victoriosa. Pero sus anhelos no se cumplieron aquella vez. Por fin, después de haber desnudado a tantas chicas, su juego se ponía en su contra.

– ¡Mucha ropa! ¡Mucha ropa! – Empezaron a corar las muchachas.

El joven se ruborizó. Natalia le sonreía con malicia y le pedía, visualmente, que se quitara los calzoncillos.

Daniel no pudo evitarlo...

Las carcajadas de las cinco que estaban ahí empezaron a resonar, y Daniel no encontraba la manera de acallarlas. Las miraba, únicamente, y aquello, una causa, al fin y al cabo, como todas en el mundo, tuvo su consecuencia, que fue una muy pequeña erección, que apenas si hizo que su pene creciese. Al notarlo, las chicas señalaron a su miembro y se carcajearon todavía más.

– Vean – dijo una, entre risas –. ¡Apenas si se le para!

– Pobrecito – dijo otra, señalándole –. Eso no sirve para nada.

– Yo creo que ya aquí le paramos, Danielito – se rió Natalia –. ¿Cómo nos vas a pagar si vuelves a perder?

– ¿Con esa miseria? – Dijo otra, carcajeándose –. No, papacito, gracias, pero no.

Daniel no sabía ni a cuál de las muchachas debía prestarle atención. Lo que sí sabía era que su reputación se había terminado definitivamente...

Amor breve

«¿Juran amarse, respetarse y cuidarse mutuamente hasta que la muerte los separe?».

Antes de que los novios respondieran «sí» al mismo tiempo, la muerte los separó.

Inminente reencuentro

Estuvo muy cerca de ella, alcanzó a besarla. Cuando la perdió, él se sintió, de cierta forma, mejor y encontró el gusto por la vida. Sin embargo, no dejó de extrañar a la que se marchó. Animado, sabía que la Muerte volvería. Ignoraba que lo haría en el instante menos pensado.

Nuevo año, grandes cambios

Adalberto estaba convencido de que este 2023 iniciaba una nueva y mejorada época en su vida. Sería su año, no tenía duda. Porque el 2022 fue terrible: estuvo enfermo de Covid-19, se peleó con su familia por tonterías. Su enamorada lo dejó por el mejor amigo de él. Perdió su trabajo como corrector de estilo en una revista y se le acababan los ahorros. Empero, se hallaba con mucha confianza, pues no era de los que desanimaban con facilidad.

Lo que no pasó por su mente fue que esta nueva temporada sería la última y no vería nada más allá del 21 de enero, cuando a las 8 de la noche un policía le disparó en el corazón en el distrito de Miraflores mientras Adalberto se dirigía a la casa de la chica que le gustaba, quien le aceptó una cita para cenar en su departamento.

El homicida creyó que su víctima, de treinta años, era parte del grupo que protestaba contra el Gobierno ilegítimo. El asunto de las protestas nunca le interesó a Adalberto, es más, opinaba dentro de su cabeza (jamás en público ni en redes sociales) que eran revoltosos los que pedían la renuncia de la presidenta, el cierre del Congreso, nuevas elecciones y que los asesinos de más de cincuenta peruanos respondieran ante la justicia.

Los marchantes cargaron el cuerpo sin vida, lo llevaron al hospital, mas ya era un cadáver.

Lo enterraron con honores: como un héroe. En un par de años, un colegio y una calle llevarían su nombre, le dedicarían un día para conmemorar su «valor».

Adalberto Enrique Rosas Lama no sería olvidado, el primer limeño ejecutado por una dictadura que en algún momento caería, gracias al tesón y la lucha de quienes deseaban un renovado país.

Celia visitaría cada mes su tumba.

Los frijoles

Cuando sonó el teléfono estaba leyendo en el periódico sobre el Concurso Eternidad del Amor. No me gusta participar en los concursos, me deprimen las burlas de mi esposa.

Me gusta este tema, antes siempre estaba hablando de la existencia del amor eterno como el de mis padres, hasta que se fueron infieles.

Pero me siento aburrido, hace varios días estoy solo en casa, ella se fue el fin de año con los suyos, allá se puede divertir y librarse de la rutina, déjame atender el teléfono:

—¿Dime?

—¿Qué estás haciendo?

—Nada, ¿Vienes mañana?

—Sí, porque el sábado es un día muy malo para el transporte.

—Mañana es jueves.

—¿Me estás diciendo que me quede otro día?

—Yo no he dicho nada.

—En el frío te dejé frijoles blanditos en un jarro para cuando llegues.

—¿En un jarro de aluminio?

—Creo que sí.

—Se mancha, QUITALO DE AHÍ AHORA MISMO, ¡Habiendo tantas vasijas!

—Está bien, está bien, cuando termine de hablar lo cambio.

—Cuéntame más.

—Cuéntame tú que eres la que hablas mucho.

—Sí, pero cuando intercambian conmigo.

—No te hagas, puedes estar hablando doce minutos sin respirar.

—Si no quieres hablar, cuelgo.

—Cuelga.

—Plaff.

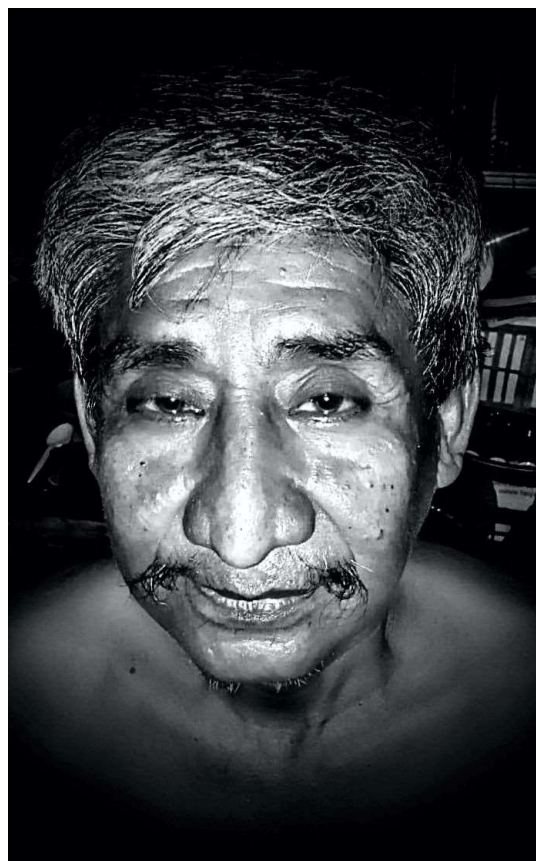
El amor es eterno, si, debe ser así. Mejor no participo en este concurso, me dije mientras cambiaba los frijoles de vasija para evitarme otra descarga.

Flores de la virgen

Aunque no soy una devota ferviente, tengo mi virgencita plástica, pequeñita, a la cual le pido por mis hijos cada mañana, después de ponerles flores.

Él lo sabe, por eso me extrañó tanto que me la haya votado, así, violentamente ¿Qué le pasa a este hombre? ¿Se estará volviendo loco?

Después de este incidente, me escurrí, aproveché para sentarme delante del ventilador, sin blúmer. Hacia tanto tiempo que no me afeitaba, a él no le gusta. La maquinita esta tan mala, hasta me hice heriditas. Esos malditos pelos son sagrados para él, igual que para mí la... Aaaaah ¡Ya!



Humo en el río

Jorge A.
Giallorenzi, Chivilcoy

Puntualmente a las 09:00, como todos los días Leticia cruza la calle que separa la cabaña del río. El sillón plegable, una toalla grande, anteojos de sol, un libro con señalador, galletitas y el paquete de cigarrillos junto al encendedor. Tras las primeras bocanadas de humo mi esposa acomoda la parte superior de su malla y abre el libro.

Día nublado.
El viento mueve
las hojas del libro

De pronto, un señor en bicicleta para a un par de metros de ella preguntando ¿Oiga, usted es de acá? Leticia se saca los anteojos, da una pitada al cigarrillo y dice: Buen día ¿no?, ¿Qué necesita?. El joven –con aros en ambas orejas- se baja de la bicicleta y la apoya en la arena diciendo: vendo sahumeros y como vi el humo pensé que tal vez querría...

En la playa
una bicicleta.
El canto de un pájaro

Escucho desde el comedor ¡Jovencito tenga más respeto con la gente mayor, no ve que estoy leyendo!, vengo temprano para que nadie me moleste y usted... ¿de dónde sacó los sahumeros? ¿tiene de rosas? El muchacho comienza a buscar en la bolsa de colores y dice: ¿de rosas? seguro, así hacen juego con usted... ¡Muchas gracias!, voy a llamar a mi marido ¡Ricardo... Ricardo veniii! Me asomo por la ventana y veo la sombra del joven y su bicicleta mimetizada con los sauces...

Aleteos.
El vuelo de una garza
río abajo



Dos microficciones

Lautaro Arauco

Jazmín

No sé si en esa mañana lluviosa de noviembre, ingresó por la ventana el aroma de la flor o mi madre.

Jabón

Luego de hacer el amor en el hotel, ella decidió llevarse los jaboncitos a la casa. Mientras los guardaba en su cartera, recordó el origen de aquellos jaboncitos que mamá le ponía en su bolsita de jardín para que se lavara las manos en la escuela.



Un año de guerra

Claudio Ferruffino-Coqueugniot

Desde la barra del Charlie Brown's miro las piernas de la checa Nikki mientras sube a un taburete para bajar botellas de Fireball. Tatuajes; índigo sobre nieve. En la naciente de su pecho, negro sobre espuma. Cierro los ojos y bebo un largo amargo trago de Guinness soñando que esos senos descansarán en mi almohada.

Febrero de 2022, un calvo enano, con las botas del gato de la historieta, desea emular a Pedro el Grande, quiere inundar el llano de Poltava, por donde atraviesa el Vorskla, de sangre de los descendientes de Iván Mazepa que se enfrentó junto a Suecia al zar. Pero las botas le quedan grandes al reyezuelo; no triunfa, enloquece como hacen los mediocres, y cae por la cuesta sin fin que termina en la guillotina. Ahorcado debiera ser, o garrote o verdugo cogotero importado de El Alto boliviano. También un paredón, llano abierto mejor, donde el bufón será ejecutado por una docena de tanques. Giran las torretas, ajustan la mira, y Vladimiro Vladimírovich Putin no es nunca más, ni rastro de su inmundada calavera.

Vi un extrañísimo video donde un soldado ucraniano vestido de San Nicolás deseaba buenas navidades al invasor. El juego de luces lo puso la explosión de los HIMARS. En medio del claroscuro, la barba blanca y la gorra roja del enviado de los días felices resultaron fanfarria de muerte. Al final de los haces de luz de los obuses, dedicados con esmero y odio a los rusos, los cuerpos de estos saltaban en difíciles piruetas. Luego quedaron regalos esparcidos por el campo, en posiciones de no creer, en muecas que la naturaleza no provee. Feliz Navidad, putos, zuka blyad. Entonces se abrieron botellas y se brindó con sangre, pero no era la llanura poltava sino las ruinas de Luhansk las de tinte carmesí. Papa Noel agarró los ciervos salvajes y enfiló hacia el norte, a encerrarse en su torre de roca nórdica hasta despertar otra vez, en otro año, y tal vez la misma guerra. De los arneses colgaban testas bashkires, yakutias, y alguno que otro criminal eslavo con canicas azules en lugar de ojos siendo que finalmente era esta una fiesta familiar.

Ciudad cosaca de Bajmut. Soledad. Dice Prigozhin que cuenta con destacamentos caníbales, no sé si se referirá a los negros que trajo del Malí. Puede ser, que hubo señores de la guerra en Liberia, que en la mesa tenían despojos enemigos para alimentarse. Manera de aterrar, por supuesto, a los voluntarios ucranianos cuya peor pesadilla sería decorar el borsch

que sirven a los wagneritas. Los encargados de relaciones públicas de Kiev debieran atacar y presentar un menú que incluya el muy orureño plato de rostro asado pero que no sea de carnero sino la cabeza de Yevgeny Prigozhin aliñada con tunta y con gajitos de romero saliendo de las orejotas.

Dice el amo de los mercenarios Wagner que tomaron otro poblado en el Donetsk, el llamado Sakko i Vantsetti en recuerdo de los asesinados anarquistas. Mostraron hace un par de días una fotografía de cuatro de sus miembros enfrente de la “única casa en pie”. La estadística soviética dice que en 1989 Sacco y Vanzetti (Сакко і Ванцетті) tenía 19 habitantes, 12 hombres y 7 mujeres. El censo ucranio de 2001 los redujo a 3. ¿Cuántas casas tendría el villorrio para que estos posaran enfrente de la única que sobrevivió? ¿O 3 vivían en 300 inmuebles? El mundo paralelo del sovietismo/fascismo acepta hasta lo inverosímil.

Huliaipole vio nacer a Néstor Makhno. Ha estado desde inicios del conflicto en la frontera de la invasión. Está asediada ahora que se han puesto fechas para la conquista del Donbas, a pesar de que esto es Zaporizhzhia. La dorada estatua del batko sentado dudo que exista más. Pero vive su espíritu; Huliaipole ha resistido y sigue. Madrid no fue la tumba de Franco, pero Huliaipole lo será para el tirano Putin y el fascismo consagrado por los curas ortodoxos y la hueste izquierdista, Lula da Silva y Roger Waters entre ellos, que con la lengua no dejan que el ano del jerarca se seque y arrugue. Que en una jugarreta literaria algún poeta zaporogo, a manera de Tolkien, resucite a los desaparecidos guerreros del Ejército Negro y arrasen hasta Moscú con la escoria colonial. El Cáucaso solo espera una señal de triunfo viniendo de Ucrania para lanzarse sobre los imperiales y aniquilarlos. Luego largas cuerdas y juicios sumarios. Como adornos de fin de año, generales, políticos, oligarcas, toda la élite rusa colgando en el otrora bello camino entre Belgorod y Kharkiv. Los pseudo periodistas del gobierno putinista cabeza abajo, al mejor estilo Duce, dulce sabor de la venganza. Hasta que se transformen en charque y el clima los deshaga; también la memoria.

Danza macabra, no la de Camille Saint-Saëns, no hay belleza en ella. Igor Mangushev, neo-nazi ruso del grupo Wagner, sostuvo, tiempo ha, el cráneo de un supuesto defensor ucraniano de la acería Azov en Mariupol en un concierto de heavy metal. Deseó el infierno para la población ucraniana. Hoy yace con un

mal tiro en la cabeza, de esos de los que no hay salida, luego de recibirlo a quemarropa en la villa de Stajanov, en Luhansk. Los dados se arrojan: a veces sale un seis, otras un uno. Nadie se libra en la democracia del fin. En la oscuridad eterna que le toca de nada sirve el alarde. Ya estás muerto, Mangushev, con tus himnos y tus delirios de raza superior.

Stalingrado. Mucho se la menciona hoy. Más me interesa la depresión de Kate y su única comida diaria en el refugio. Victoria pasea por España a expensas de un chino, creo. Irina mira la televisión. O duerme. Me cuenta de series que desconozco. Una niña besa la tumba de su padre, la foto de su padre extinto en batalla. Putin está aterrado. Los esbirros rebuznan, llaman a la ministro de Defensa de Alemania “señora Ribbentrop”. Puedo entender el, otra vez, macabro significado de las cruces pintadas en los tanques alemanes corriendo de nuevo por la estepa. Pero en el contexto del horror que Rusia desató es un feble

argumento. Hitler está más cerca de Vladimiro que del canciller Scholz.

Miro sin emoción alguna cómo los drones despedazan enemigos. Triste saber que a eso llegamos, a la bestialidad siempre escondida. Hombres de las cavernas, crueldad antes que razón. No lo oculto, lo acepto, como acepto saber que esta especie nunca fue diferente y que la sangre no es la de la pasión del Cristo sino la del culpable a priori Caín. Si Caín no mataba a Abel, Abel mataba a Caín, simple álgebra del martirio. Nunca tuve un arma de fuego en casa, a pesar de que mi padre nos enseñó a disparar desde muy chicos. Y nunca fue porque sé que si comienzo a disparar ya nada me ha de detener. Todavía pienso, aunque los dedos se muevan autónomos deseándolo. Todavía me asombro ante la belleza. Así moriré, negando lo que en el fondo somos: apocalípticas bestias.

Perdón, Clara

Freddy
Solórzano

Clara tiene 55 años, dos hijos y me escribió para que publique su historia. Me contó lo que quería y se despidió.

Clara se casó a los 23 años. Su pareja tenía 25. Se conocieron en una fiesta familiar y el flechazo fue mutuo. Cuando llevaban 8 años de matrimonio recibió el flechazo de la traición. Su pareja, Lucas, la abandonó para irse con otra mujer. La depresión llevó a Clara a tomar 30 pastillas. Un oportuno lavado estomacal en el hospital la devolvió con sus hijos. Recibió ayuda psicológica. El dolor duró varios años y las heridas fueron sanando.

A los 43 años a Clara le diagnosticaron cáncer de mama. Su ex pareja le dijo que podía contar con él para lo que fuera.

Lucas la acompañaba a las quimioterapias. Lucas la cuidaba en casa. Lucas le pidió perdón, por primera vez, por todo el daño que le hizo. Lucas le pidió una oportunidad para volver como pareja. Clara le dijo que no. No quería su lástima. Le agradecía su apoyo como padre de sus hijos, pero nada más. Ya no había tampoco amor. Lucas fue su enfermero y su amigo en el tratamiento contra el cáncer.

Clara se sanó y se enamoró por segunda vez de Lucas. De ese Lucas atento con ella que nunca antes conoció ni en su época de enamorados. Se volvieron a casar. Fue algo íntimo. Ahora si valieron la pena los nuevos 10 años juntos. Lucas murió hace dos años en un accidente de tránsito.

Clara recuerda con amor a ese Lucas que se ganó una segunda oportunidad.

La imagen hollywoodense de un loco con barba descuidada y largos cabellos, situado en algún lugar concurrido y sosteniendo un sucio cartel que vaticina el apocalipsis va desterrando de sí, cada vez más, aquella aura burlesca y frívola para transformarse en un incómodo recordatorio de nuestra frágil realidad. Tal vez, el ser humano nunca haya estado tan lúcido como hoy frente a la posibilidad tangible de la aniquilación y es que en nuestros días la certeza de que un desastre natural, los efectos inevitables de la guerra o una epidemia mortal nos borre de la faz de la tierra se ha vuelto una marca demasiado visible e imposible de ignorar.

Dicho sea de paso, *El síndrome de Lisboa*, de Eduardo Sánchez Rugeles (Caracas, 1977) y publicada por Suburbano Ediciones, elige el apocalipsis como telón de fondo para narrar las peripecias desoladoras de sus personajes. Un asteroide ha caído sobre Lisboa propiciando su destrucción, el resto del mundo se precipita hacia un oscuro abismo y una Venezuela con grilletos muere, de a poco, desangrada. Estas postales son la escenografía de una novela que intimida por lo cristalina y comprometida de su prosa.

Fernando Morales es un profesor de Bachillerato que vive en Caracas con su esposa Tatiana; mientras lidia con el fracaso matrimonial, el mundo y su país se vuelven añicos. La vida ha logrado postrarlo de rodillas así que la alternativa es buscar refugio en el bar de Giménez donde comparte con los amigos las decepciones interminables. Pero hay otra fortaleza a la que acude con mayor vehemencia y es el grupo de teatro que dirige, el cual está conformado por estudiantes de los colegios donde dicta clases. En *La Sibila*, casa destartada y cuartel del grupo, solo se representan obras clásicas como *Ricardo III* a petición de su mecenas, Moreira, un portugués asentado en Venezuela que vive con una esposa absorbida por la enfermedad.

La situación de Venezuela es alarmante. La dictadura decide aprovechar la hecatombe para aislarse del mundo y sus habitantes deben sortear el hambre, la violencia y la muerte con la incertidumbre de lo que pasa más allá de sus

fronteras, a sabiendas de que el olvido, sin adversario que lo enfrente, se cierne sobre ellos. Fernando, consciente de la gravedad de los acontecimientos, acepta el egoísmo que padece al preocuparse desmesuradamente por su situación sentimental, ya que Tati es su verdadero mundo e intuye que en cualquier momento puede ser desterrado. Por otro lado, una parte del profesor siente que ha sido estafado porque un año después de la caída del asteroide, y a pesar de la permanente tensión que se puede palpar en el ambiente, nada ha cambiado dentro de la vida de mierda que lleva.

Como una señal de la soledad, el sol se esconde en el Caribe y oscurece la existencia de los condenados, los sume en un estado de estupor cotidiano recrudesciendo las visiones de su prisión. Los guardianes, provistos de excesos para someter a los cautivos, reflejan la aridez que el deseo de poder y la obsesión por prevalecer ocasionan en su interior. Son entidades que dejan de lado su humanidad para volverse marionetas de los errores; comandados por la negación del fin intentan ignorar su condición de perdedores tratando de apagar la llama de la libertad, avasallan las esperanzas y sueños de un puñado de nadie desperdigados en un país asolado.

Moreira, a través de su pasado, traslada a Fernando y a los lectores a tierras portuguesas, también agonizantes a causa de la dictadura militar. Opositor ferviente del azar, plantea que todas las vidas se relacionan entre sí y que un omnipotente arquitecto, con precisión sobrehumana, se encarga de trazar los planos del destino; es la creencia en la predeterminación lo que hace refulgir su optimismo que a la vez confronta el escepticismo de Fernando, quien la mayor parte del tiempo cuestiona el objeto de su proceder, ya que incluso respirar se le ha vuelto un acto de resistencia. La pasión con la que alienta a sus estudiantes a buscar la libertad se convierte constantemente en culpa por la creencia de estar induciéndolos a luchar una batalla perdida.

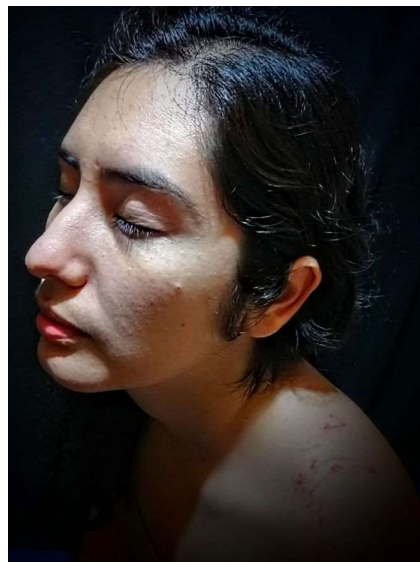
Es, de hecho, uno de los estudiantes de Fernando el encargado de diagnosticar a su generación con el síndrome de Lisboa, pues esa

terrible lucidez de finitud e inutilidad no hace más que menguar sus esperanzas de sobrevivir. La negación frente al sentido de la vida causada por la inevitabilidad de la desaparición es, más allá de los infaustos funcionarios al servicio del régimen, el hambre crónica y asteroides colisionando contra la tierra, el mayor enemigo del ser humano.

La gran tarea de Fernando, obligado a soportar el dolor íntimo de su miseria y aunarlo a las penas de la patria, es ofrecerle resistencia al sinsentido. Moreira que hace las veces de guía místico le entrega como ofrenda vital sus experiencias para impulsarlo en la inexorable misión de cuidar a los enfermos, individuos terminales que conciben la vida como el mayor de los suplicios, pero que en breves episodios de soltura son capaces de demostrar que, sin importar la esterilidad de una tierra ensangrentada, puede florecer la esperanza.

El síndrome de Lisboa se desarrolla como una sinfonía, mantiene como leitmotiv la inequívoca sensación de que el final siempre estará a la vuelta de la esquina. Con elegancia, Eduardo Sánchez Rugeles manobra la batuta para ofrecernos movimientos melancólicos, plagados de desesperanza y a su vez es capaz de llevar la composición hacia tonadas alegres, rebosantes de vigor; casi se pueden oír pasajes electrizantes interpretados con una armonía conmovedora. El entrelazamiento de la intimidad del profesor Fernando, la realidad social de Venezuela, la rebeldía de sus jóvenes alumnos y la sabiduría de un viejo portugués supone la polifonía de la existencia.

La novela, que bien puede leerse desde muchas perspectivas, es tajante en su propósito de retratar los dolores de Venezuela y de sus hijos, quienes son incapaces de amar sin causar heridas mortales; nos recuerda a todos que el mundo puede acabarse y seguir su marcha, ignorante de su fatalidad, matándonos a todos con paciente dedicación. También nos alienta a que mientras esperamos la destrucción nos atrevamos a soñar. El síndrome de Lisboa es una invitación a luchar sin remordimiento por si acaso el azar o el gran arquitecto se vuelve un aliado para entregarnos, al fin, la libertad.



¿Es destino o es decisión?

reseña de “Una cuestión personal” de Kenzaburo Oe

Katherine
Sánchez Ávila

Fragmento

Es así como esta narración, publicada en 1964, parte de una situación que lleva al protagonista, a quien se le conoce como “Bird”, a replantearse toda su existencia, su sentido y permanencia en la misma. Me permito hacer el adelanto porque no se pierde nada con ello: su esposa acaba de dar a luz a un hijo con una tremenda deformidad en la cabeza. Así, desde el principio, sale a relucir el hilo conductor de los sucesos, y este hace referencia a la manera en la que el individuo asume las condiciones complejas a las que se ve enfrentando en ciertos momentos de su vida.

Es curioso ver cómo el ser humano, dependiendo de sus debilidades, de sus costumbres, de su cultura y de su historia personal, entre otros, define sus propios métodos autodestructivos (unos más evidentes que otros, quizás). Es curioso explorar, a través de otros ojos, la importancia que tiene para cada cual los distintos ámbitos de la vida y las percepciones de los principios y la moral.

A propósito, de este libro, además de captar de manera muy sincera una relación compleja con el alcohol, trasmite una impresión muy clara acerca de la sensación que puede sentirse cuando después de evitarlo, se vuelve a caer en la espiral y se teme inmensamente al resultado. Y más que eso, quedé tremendamente satisfecha al haberme encontrado aquí la mejor descripción de una resaca bastante bochornosa (así como en “Confesiones de una máscara” encontré la mejor descripción de una escena de masturbación), tanto así que puede uno sentirla en carne propia, junto con todo el dolor y la miseria que se puede llegar a sentir en esas ocasiones.

“Cuatro semanas más tarde. Bird se recuperó de una dolorosa borrachera de setecientas horas y descubrió en sí mismo, desgraciadamente sobrio, la desolación de una ciudad destrozada por la guerra. Era como un débil mental al que solo le quedara una mínima oportunidad de recuperarse, pero tenía que volver a ordenarlo todo, no solo a

sí mismo sino también sus relaciones con el mundo exterior.”

No abandonaré en la relación de Bird con el sexo, pero considero que es un elemento importante para captar el sentido de la novela. Traer al discurso en qué momento el sexo puede ser un escape, cuando puede, quizás, tener una relevancia más de carácter moral –debido a la formalidad, y como resulta algo, en apariencia tan sencillo, trascender a varios aspectos de la cotidianidad.

De la mano de dichas consideraciones cotidianas, que tendemos a normalizar (por el hecho de no sobrepensarlas innecesariamente) se presentan también nuestras ideas de escape – sean o no realizables. Bird por ejemplo, hablaba constantemente de un viaje a África, el cual podía percibirse como un sueño, así como una fantasía de escape. Finalmente, esta idea fija resultó siendo definitiva en el momento en el que tuvo que tomar una serie de decisiones más importantes de su vida, tanto, así como para plantearse algunas consideraciones suicidas.

“El marido muerto soy yo, pensó Bird y el verano que se avecina será fácil de soportar porque el cadáver de un marido muerto está tan helado como un árbol de invierno. Temblando. Bird susurró: «¡Pero yo no me suicidaré!», y se sumergió en las profundidades del sueño.

”Fragmento, tomado aurorasalocaso.blogspot.com

Narraciones

Fernando Naranjo Espinoza

Mujeres y a dos tiempos

Me siento oficialmente loca y solo mi padre me defiende. Sé muy bien que esta aseveración implica padecer de una dolencia, como si esta fuere una suerte de castigo. Por su parte, mi padre deplora —en mi sufragio— la desfachatez de la “aristocracia barrial” (familiares, vecinos, comerciantes: “se la pasa mirando el cielo”), que considera indiscutible mi chifladura... Pero, la verdad sea dicha, él es el culpable de mi drama.

A mis catorce años

Si te conectabas al internet, la computadora sonaba como fax (esa retahíla insoportable de chillidos desafinados...) y pasabas obligadamente por unos segundos de “nieve” que, según mi padre, era el “eco de radiación de fondo negro de la creación” ... Poco tiempo después apareció un iluminado que sugirió que, en esa nieve de tu PC, podían anidarse mensajes de extraterrestres, ¡y que tú podrías detectarlos!

¿Quién se dio por aludido? Papá, desde luego.

Como las computadoras me eran indiferentes (mal síntoma 1), le pareció muy didáctico introducirme al mundo de los ordenadores, mediante esa argucia que habrá considerado genial: “Supón solamente, que detectas una señal de vida inteligente”. Para mi desgracia, hice contacto (mal síntoma 2), pero no con ET, sino con una de mis remotas descendientes.

¡Quedé paralizada de espanto, cuando aquello sucedió!

“Aquello” se anunció de este modo: nieve del monitor que se aclara, los gránulos se calman, se ordenan, vibran y se decantan, hasta que surge un rostro: el rostro afable y tristón de una rubia de cabello cortísimo; luego el rostro se desvanece y queda un texto... ¡Para mí!

Y cuando le conté de esto a mi mejor amiga (mal síntoma 3), la infeliz de Priscilla Suárez dejó de serlo (como una semana), porque fue con el chisme al resto de la clase que comenzó, ipso facto, a joderme la vida. ¿Y papá? Pues él me creyó a su modo... El problema es que no había modo de guardar esos mensajes de... ¡mi súper tataranieta!, que aparecían justo antes de que la máquina comenzara a correr sus rutinas; solo cuando llegaron esas aplicaciones para capturar pantalla o los celulares con cámara fotográfica, es que me pude salvar de ese tipo de escenario, donde terminas creyendo que son los demás quienes tienen la razón.

La señal

Ese día menstruaba, figúrense, qué puntería la de mi nieta.

Lluvia Kintto Lucas

¿La lluvia es triste o alegre?, preguntó un ruiseñor en Tierra Negra, mientras recordaba las hogueras en el Aquelarre de Zugarramurdi. La tristeza puede ser una hoguera. Puede ser un momento, puede ser algunos momentos, o tal vez para siempre. La tristeza puede ser un lugar, una mirada, un recuerdo, un olvido. Hay quienes viajan por el mundo con la tristeza auestas, como el amigo Juan. Poeta de mirada triste como los ruiseñores que recuerdan las hogueras en lugar de la lluvia.

Hay momentos que uno cree que el mundo es parte de la tristeza. El mundo todo es una gran tristeza. En ese gran mundo de la tristeza, hay tristes por naturaleza, hay quienes huyen de la tristeza o intentan hacerlo. En todo caso, hoy que estoy tan alegre, ¿qué será de mi tristeza? ¿Qué será del mundo después de esta alegría repentina? ¿Qué será de la tristeza después de ésta alegría? ¿Qué será de la alegría cuando se termine? ¿Qué será del tango sin el poeta triste? ¿Qué será del poeta triste sin la nostalgia? ¿Cómo será la tristeza del ciempiés que dejó de caminar o de la araña que dejó de tejer?

La música puede ir de un lado a otro, como la poesía. La tristeza y la alegría también pueden ser de todos los lugares, traspasar fronteras, un día quemarse en las llamas de la guerra y otro ahogarse en el mar. A veces se puede reír llorando también. A veces la risa es una máscara. ¿Qué sería de Garrick sin la ironía, sin el humor, sin la farsa representada en la sátira? ¿Qué sería de Garrick sin la tristeza? ¿Qué sería de Paganini sin el diablo?

¿Que sería del diablo sin la tristeza y sin un dios del cual reírse?

En todo caso vuelvo al principio: ¿La lluvia es triste o alegre?

¿Se esconde la tristeza en medio la lluvia? Pobre lluvia. La imaginación hace llover, como si la lluvia tuviera algo que ver con la tristeza. Pobre del que crea que la lluvia es triste. Si la lluvia fuera triste o fuera alegre sería un sentimiento, y la lluvia solo llueve cualquier día. En la mañana, o en la tarde, en la montaña o en el mar, la lluvia llueve. A veces tierna, a veces furiosa, a veces también triste o alegre, la lluvia moja. Pero no es por ella. Pobre del que crea que es por ella.

A veces culpamos a la lluvia de la tristeza. La culpamos como si fuera un torrente de lágrimas, que también lo es, porque queremos que lo sea. ¿Cómo será la lluvia de los ruiseñores el día que dejen de cantar porque la tristeza del mundo les mojó el corazón? El día que la tristeza del mundo les haga llorar el corazón, les haga llover el canto, llover el corazón, no digan que la lluvia es triste, triste es la mirada lloviendo. Pobre mirada, pobre lluvia...

*Lluvia, fue publicado en
"Como en aquelarre",
Editorial Tintají, febrero 2019*

Lo que fue el futuro

Galo Galarza
Dávila

Mi hija me presta un libro publicado por editorial Severo, de Quito, una de las más interesantes editoriales independientes que se han ido forjando en el Ecuador en los últimos años. Se titula: *Lo que fue el futuro*. Su autora: Daniela Alcívar Bellolio.

Me llevo el libro y lo leo durante varios días. Tengo la presión de entregarlo pronto a su dueña, quien tiene también el deseo apremiante de leerlo. Lo que escribo aquí es fruto de esa apresurada lectura. No es la de un sesudo crítico ni la de un exigente académico. Es la impresión de un simple lector.

Conocí a Daniela en la Feria Internacional del Libro de Montevideo, a donde fue invitada, junto con un grupo importante de otras escritoras y escritores ecuatorianos de diferentes generaciones y regiones. La vi por primera vez en un conversatorio en el cual participó junto a otra joven escritora ecuatoriana de su generación: Gabriela Ponce Padilla. Revisando mi archivo de entonces, las veo a las dos sentadas frente a una mesa sobre la cual está una jarra de agua, dos copas, unos papeles, un libro. Atrás aparece el afiche alusivo a la Feria, en la cual el Ecuador fue el país invitado de honor (para que quede en verso). Gabriela lleva el pelo largo, suelto, tiene una expresión de tremenda seriedad y escucha con atención lo que dice Daniela, con el pelo castaño recogido en un moño. Ambas se sujetan las manos. Gabriela las tiene entrelazadas, Daniela sostiene su mano derecha con la izquierda. Cuando terminó el acto, salimos a beber café y proseguir la conversación. Allí pude conocer más sobre su vida y milagros.

Ambas comenzaron su intervención reclamando al entonces ministro de Cultura y Patrimonio, Raúl Pérez Torres, por una ponencia que él presentó en la misma Feria, en días anteriores, ignoró a las nuevas generaciones de escritoras ecuatorianas que irrumpían con fuerza en la literatura nacional (e internacional). Tamaño error el que cometió Raúl, quien debió disculparse a través de algún escrito posterior.

Pero estaba hablando de Daniela y su libro, publicado recientemente, en el cual me he sumergido fascinado durante varios días. Es un ejercicio extraordinario de la memoria, como bien apunta Giovanna Rivero, en su análisis, pero es también un homenaje sentido (desgarrador) a su hijo muerto, a su tiempo, a la amistad, al amor. Es la voz de su generación, de la generación de mis hijas e hijos. Es un retrato descarnado de su relación marital (el compañero que la traiciona con su mejor amiga) y

familiar (padre alcohólico, madre desesperada); una investigación dolorosa y valiente en la vida de su abuelo materno, el también escritor Walter Bellolio; una denuncia (nunca está una demás) contra el machismo y el abuso sexual de profesores, parientes y guardianes de las niñas. Una evocación de ciudades: Guayaquil (donde Daniela nació en el año 1982), Quito (donde ha vivido la mayor parte de su vida), Buenos Aires (donde estudió su carrera de Letras). Una crónica del levantamiento popular e indígena de octubre de 2019 en el cual ella y sus amigas tuvieron una participación activa, decidida, quisieron ser, definitivamente, protagonistas de una rebelión contra la mentira, la injusticia, la miseria. Un enjuiciamiento duro a las generaciones precedentes, las nuestras, que no supimos avanzar en nuestras propuestas y nos quedamos atrapados en nuestros propios engaños.

En fin, uno de los libros más hermosos que he leído de los escritos en Ecuador, en estos últimos años. Hay gente (sobre todo algunos críticos exquisitos) que se molestan con las novelas autobiográficas. ¿Qué novela, qué libro, como decía Borges, no tiene algún componente autobiográfico? Las llaman burlescamente las “novelas selfie”. Respetamos sus autorizados y pomposos criterios. Cuando un libro logra atraparnos (y es el milagro a celebrar) puede ser que cuente el viaje al fondo del mar, la llegada del hombre a la Luna, la transformación de un hombre en insecto, las aventuras de un loco caballero o la supuesta insignificante vida de una mujer de la limpieza. Lo que importa es que el lector o lectora no abandone el libro y siga con el autor o autora hasta el final, riendo y llorando, sufriendo y aprendiendo, dejando en la lectura un poquito de la sangre que el escritor o escritora derramó para contar esa historia. Lo demás es embuste, pose o canallada.

Ya me había entusiasmado leyendo dos libros anteriores de Daniela: la novela corta *Siberia* (Luna de bolsillo, 2018), escrita en un tono parecido a *Lo que fue el futuro*; y el libro de ensayos *Parrarayos* (La caracola editoras, 2021). No me equivoco (no quiero equivocarme) estamos frente a una de las más brillantes y talentosas escritoras latinoamericanas de su generación.

Una felicidad, querida Daniela, haberte conocido en Uruguay y seguir leyendo tus libros. Y felicitaciones a la editorial Severo por la impecable y hermosa edición de *Lo que fue el futuro* que podría haberse titulado también, como uno de sus capítulos: No hay final ni principio.

Tras leer la primera línea de *Nuestra piel muerta* de la cuencana Natalia García Freire, uno piensa: “¿Estoy ante una gran novela, o tan sólo es un inicio fabuloso que irá declinando su estilo con el pasar de las páginas?” *Nuestra piel muerta* es una obra que, usando una gran abundancia de recursos narrativos, consigue que el acto de leer sea una especie de sesión de hipnotismo que termina enamorando al lector, o al menos, lo hizo con este lector.

Si bien, la obra que estamos reseñando es la ópera prima de Natalia García Freire, nos encontramos ante una escritora que domina el arte. La ecuatoriana nacida en Cuenca en 1991 ha publicado artículos culturales en grandes medios como BBC Mundo y Univisión. García Freire, amante del arte literario, había cursado el máster de narrativa en la Escuela de Escritores de Madrid. Con la editorial “La Navaja Suiza” publicó la primera edición de *Nuestra piel muerta* en el 2019.

La novela se centra en Lucas, personaje principal que regresa a la casa donde vivió una infancia desgarradora. Recorriendo las envejecidas paredes, recuerda que su padre está enterrado en el jardín, y también recuerda todo aquel período de su niñez en la que lo perdió todo; porque en cierto sentido, la novela trata sobre el despojo. El grueso y conflicto de la obra se centra, de hecho, en ese recuerdo de su niñez. Ambientado en el campo ecuatoriano de algún momento de mediados del siglo XX; el mencionado despojo sucede cuando a la casa llegaron Eloy y Felisberto, dos hombres de aspecto rudo muy parecido al de los fieros campesinos de Norteamérica. Estos tipos le ayudarían al padre de Lucas en las labores del campo, al tiempo que se van adueñando de la casa, y de las personas que viven ahí dentro. El padre de Lucas los dejará hacer y vivir a sus anchas.

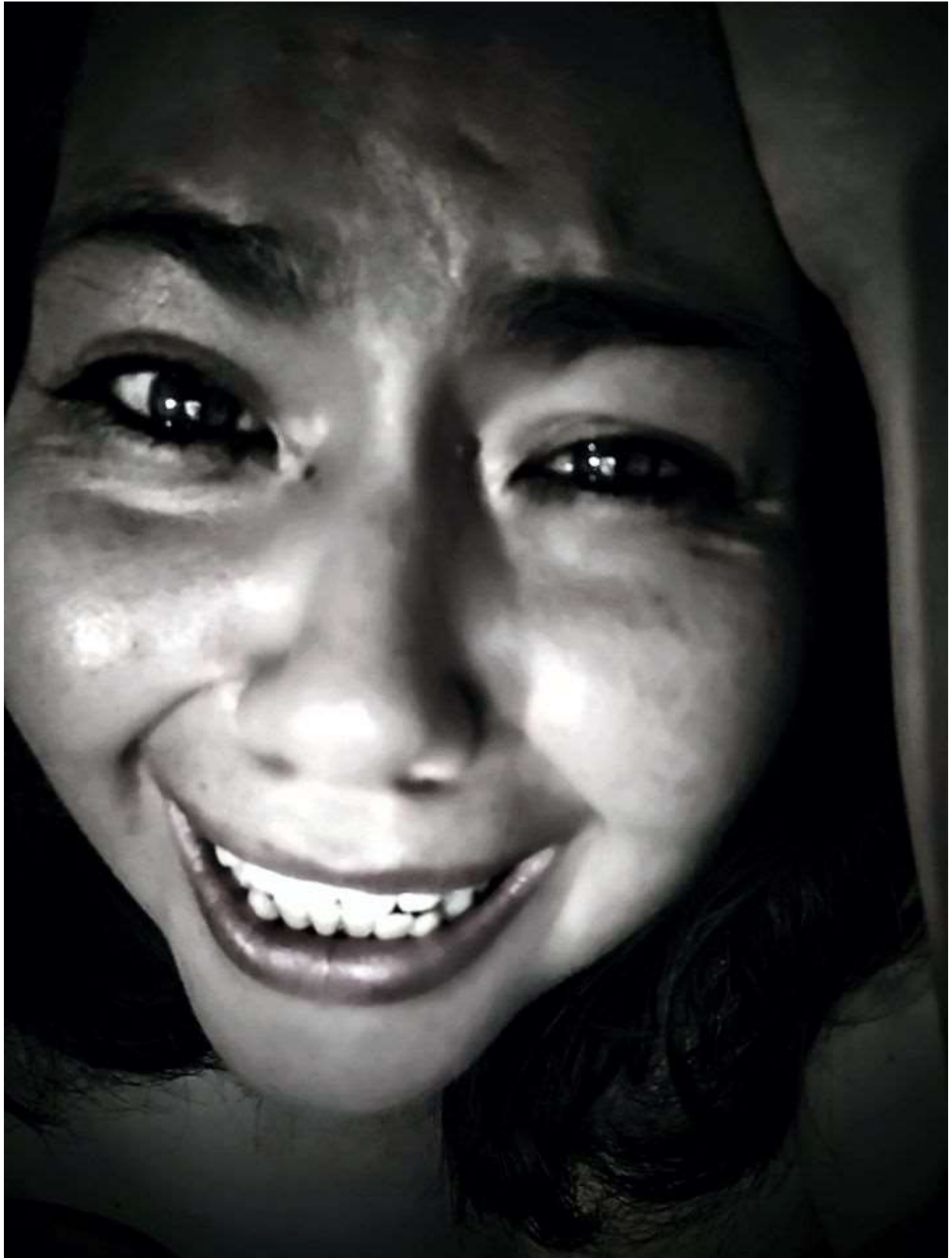
Debido a la conversación que Lucas tiene con su padre muerto, y a la evocación de su niñez, las primeras páginas de la novela nos recordarán el gran *Pedro Páramo* de Rulfo. “Si ahora mismo me está observando, padre: he vuelto a casa. Aunque más bien parece que he vuelto a otro sitio, otro tiempo, otro mundo en el que jamás existimos”. (García Freire, 2021) La historia, sin embargo, abandona la búsqueda y reencuentro con el padre para tornarse en una especie de *La casa tomada* de Cortázar, con la diferencia de que, mientras que en el cuento de Julio desconocemos al ente que se apropia de la casa; en el de García Freire conocemos los monstruos que van usurpando el hogar del personaje principal.

Fuera de esas nimias similitudes. García Freire sabe desembarazarse de cualquier imitación. Su estilo es único, y deslumbra por su claridad; entenece por el sosiego de sus descripciones. La escritora no busca impresionar, busca hacer literatura. Como lector, se tiene la sensación de que se está masticando cada palabra con la misma fruición que un niño que come su postre favorito. Al referirnos a un estilo claro, queremos enfatizar la habilidad con la que la autora trabaja las descripciones; trasciende lo informativo y las convierte en literatura. Mientras describe, exhibe la psicología de sus personajes: “Eloy no se había inmutado en ningún momento. Bebía de su vaso la leche con una sordidez hipnotizadora. Por los dos lados de la cara se le derramaban ríos blancos pequeñísimos que él solo secaba, con el mantel, cuando llegaban al cuello y que seguían la línea de su pelo negro sucio, dividido por la mitad”. (García Freire, 2021)

Entre los temas de la obra están la soledad, el miedo, la pérdida materna y el odio paterno. Todo ello recreados en la atmósfera lúgubre y rústica de la casa donde Lucas vive con las mujeres que lo criaron: Sarai, Noah y Mara. Y donde, por influencia de su madre, aprende el amor hacia los insectos. Lucas, no solamente ama a los gusanos y arañas, los domestica, y, al concluir su relato, los convierte en secuaces de sus venganzas. Por otro lado, la soledad creciente y arrojada sobre el personaje principal es el tema que más se expone en la obra: la madre de Lucas es aislada en una habitación por órdenes del padre de él. Las mujeres que lo criaron lo desplazan por atender a Eloy y Felisberto. Lucas huye y se esconde en lugares remotos de la casa como el bosque, o las cuevas.

La narración entenece, y los capítulos cortos de la novela invitan a devorarse las páginas en una sola sentada. Pese a ello, si algún defecto podemos achacarle a la obra es el matiz familiar de la casa que recuerda más a las casas de campo estadounidenses, que al campo ecuatoriano.

Huelga decir que ansiamos leer los nuevos relatos de la autora, seguros de que su estilo mejorará con cada publicación, porque ella, al igual que la nueva generación de escritores ecuatorianos se han puesto sobre los hombros, la responsabilidad de conquistar con la palabra a su lector.



Matilde se despierta a las siete de la mañana, apenas abre los ojos y alcanza a prender la tv, el olor húmedo de la noche inunda la habitación. Luego de dar un par de vueltas en la cama se levanta, abre la vieja puerta de madera, que cruje. El aire helado del patio golpea; ella camina lento apoyándose en las bancas del corredor hasta llegar al inodoro, luego de pelear con la vejiga, sale a la lavandería para peinar sus largas trenzas, una a cada lado y después cruzarlas en algo parecido a un moño, que, claro, no es perfecto porque la artritis de los dedos no le permiten. Reniega con la peinilla, con la jarra de agua y los pasadores y claro con José, que desde hace meses no está ahí para ayudarla a sostener ese cabello gris y lograr que el peinado quede bien.

Un mar de olas de lamentos y reclamos dejan espacio a una que otra lágrima, pero: Ni llorar es bueno, dice; y se encamina hacia la cocina. La puerta está remordida y tiene que empujar con toda la fuerza que sus ochenta años le permiten, pone una olla con agua en la estufa para hacer té de cedrón, busca en la alacena dos huevos y coloca a tientes en la olla, como los últimos cuarenta años, aunque el José ya no está, ella sigue cocinando y pensando en par. Ha intentado hacer menos comida, pero no puede, es que la costumbre es poderosa.

Luego de lavar el plato y la cuchara que quedó de la merienda, se santigua, sirve el desayuno y se sienta en la añosa silla de fierro. Mientras come, le cuenta al alma de su marido, que la noche estuvo pesada, qué como no le soñó no pudo dormir bien, qué hasta tuvo que usar colonia en la cabeza porque tenía dolor y fue a tomar una copa de vino para poder conciliar el sueño, le comenta que luego del desayuno se va a ir a misa, a rogar por la salvación de él, para que alcance el paraíso. Que pasará por el mercado comprando habas para el almuerzo, que hoy la soledad pesada cual montaña a sus espaldas.

Pasado una hora esta lista para salir a la calle, se coloca la gorra de frío y sobre ella el sombrero preferido de José, -es como si tu estuviera conmigo- comenta para sí misma. Toma el paraguas que le sirve de bastón y cruza la cartera de lana en donde suenan unas monedas, el rosario y las llaves de la casa. La misma caminata automática hasta llegar a la iglesia: bajar a la esquina y luego hacia el norte por la vereda derecha, pasar por el bazar, cruzar el mercado, llegar a la panadería, y ahí como domo blanco la iglesia la espera, atravesar la puerta del templo y caminar por el lado derecho.

Las bancas brillosas de la parte central la esperan, ella se ubica en el fondo, lejos de todos, por el miedo al contagio del virus. El templo se ve tan vacío, regados unos cuantos feligreses fingen seguir lo que dice el cura. Matilde se arrodilla y con sus manos cubre el rostro, llora en silencio, pide, reclama e implora, deja rodar su angustia. Después de esa catarsis llega una absurda resignación que va cargada más de amargura que de consuelo; pero que al fin le permite levantarse y seguir.

De regreso, como si desandaré los pasos, encuentra algunas personas a las que saluda de lejos, el miedo no le permite pararse a conversar como en otros tiempos. Llega al mercado cargada de melancolía, ese era uno de sus lugares favoritos años atrás, la fiesta que se vivía dentro de la plaza llena de colores, ahora es un leve espejismo, los puestos de frutas distantes, cubiertos, oscuros le recuerdan su tristeza y aún así toma fuerza y se dirige a hacer sus compras, que carga en a espalda.

Llega a casa cansada y con la tonta ilusión de que su marido está ahí, quizá limpiando el jardín o barriendo el patio, con la música del viejo tocadiscos a todo volumen. Pero la realidad le golpea otra vez, solo las palomas que siempre llegan a comer migas de pan la esperan. Carente de compañía se enoja y empieza a renegar con José, que para qué no se llevó a esas aves también, qué, por qué no le arreglo las flores, qué para que se le adelantó y así, en fin, pasa las horas de la mañana hablándole como si él estuviera ahí.

Entra al dormitorio, mira la ropa de él, la saca al sol, la acomoda y coloca los zapatos negros en el mismo lugar. Si alguien pudiera mirarla mientras cocina, preguntándole a la nada, que si le gustaría comer pollo o carne. Barriendo el corredor y parándose frente a la banca azul para contarle que le duele la espalda o colocándose el chaleco de lana verde, para poder soportar el frío. Seguramente si alguien la vería como le platica sus cosas al vacío, mientras acomoda el perejil y la menta en el jardín o la vieran hablándole a las herramientas de su difunto esposo, pensarían que está loca.

Pero esta mujer del siglo pasado, que estudió con pizarra y llevó en su espalda a cuatro hijos, que ha visto pasar tantas cosas y partir a tanta gente, y no logra asumir cómo su compañero de más de cincuenta años pudo dejarla, la muerte no era algo que ella creyera real.

Está sola, en esa casa que ahora parece muy grande, con ese silencio que deja la ausencia de la

escandalosa risa del José, con esas melodías apagadas de los discos que ya no suenan, con los pasos pesados y cansados que venían desde el portón a la cocina cuando él ya llegaba de la calle, con esa angustia profunda que deja la silla vacía junto al sillón donde ella se sienta a tejer y mientras lo hace se queja de los hijos ingratos, de los sobrinos mal agradecidos, de los ahijados que ni aparecen a preguntar por ella, de los compadres que no la visitan, pasa la tarde enredada en sus lanas, a veces se ríe a veces llora. Menea la cabeza cuando piensa en la posibilidad de ir a vivir con algún pariente, se niega y afirma para sí: ahí se quedará, en su casa, no quiere ir a ningún otro lado, ese es su lugar, seguirá contándole al José como si viviera.

Al caer la tarde vuelve a la cocina a vivir otro ritual con las ollas, que ya no brillan como antes porque su marido era quien las lavaba, a veces da manotazos al aire como queriendo encontrarlo, en ocasiones grita con tal fuerza su nombre como para arrancarlo de la tierra y traerlo acá; pero nada de eso vale, entonces respira y sujeta el escapulario que trae colgado al cuello, reacciona y sigue cocinando.

Entrada la noche, antes de poner llave a la sala, se sienta en el sillón rojo junto al tocadiscos, a veces lo prende y mira caer el acetato que dejó poniendo el José días antes de morir, escucha: son las voces de los Benítez y Valencia, tras un albazo va un pasillo, sigue un sanjuanito y así varios temas más. Matilde parece mirar la figura gruesa y alta de su marido, junto al equipo de música, vestido con pantalón de casimir azul, zapatos impecables, con camisa clara, chaleco de lana y chompa gruesa. Lo imagina leyendo el empaque del acetato, título por título de cada canción. Una que otra noche al escuchar un pasacalle se levanta y da algunos pasos para seguir el ritmo, ella baila sola, pero no lo sabe ni lo quiere entender, el aliento de su compañero sigue ahí, baila una canción y se despide, cierra con recelo la habitación como si se alejara de una tumba.

Ya en la recámara, luego de mirar las noticias, conversar a una sola voz con el presentador del noticiero y apagar el televisor, se decide a descansar. Para abrazar su aflicción ha descubierto que si se coloca el pijama de su marido podrá dormir mejor. Se mete en la cama luego de hablar y hablar con el fantasma de quien fuera su compañero y se queda dormida. Así ha pasado ya más de un año, va lidiando con esa ausencia que cada día cobra más presencia. Ella baila sola en su día a día y en las noches, en los sueños encuentra al José tan real que lo escucha y siente que él sigue ahí, de alguna forma invisible, intangible pero ahí tan vivo como antes.

Minificciones

María Dolores Cabrera

La niña

Las dos niñas están sentadas al borde del lago. Carmen mira silenciosa el reflejo de Lucía en el agua. Piensa en lo menuda que es la pobre. Ojos tristes, tiene. Pequeños. Nariz larga y pelo grueso, grisáceo. Es fea. Tonta. Poca cosa. Ella, en cambio, se considera bonita. Inteligente. Importante. Valiosa. Tocan el agua, provocan hondas y sonríen. Carmen siente pena, pero es prudente. Reconoce en el reflejo, sus propios aretes en las orejas de Lucía. Voltea de inmediato. No hay nadie a su lado. Vuelve al reflejo. Es ella quien lleva puestos los pendientes. Siente escalofrío y en medio de un súbito sobresalto recuerda aterrada, su nombre completo: Carmen Lucía.

La cueva

Ella se acostumbró a vivir dentro de esa cueva húmeda, oscura pero cálida. Se alimentaba con lo que filtraba por una pared blanda, eso le bastaba. Tenía paz, pero solía alterarse cuando recordaba su pasado tormentoso, infestado por el mal de aquella cruel depresión que la apartó de la humanidad. Llamó siempre a la muerte como única esperanza de sosiego. Anheló con desesperación, el meterse en un hueco oscuro, silente y solitario. Lo consiguió sin saber cómo, nunca lo entendió. Ahora, una fuerza extraña intentaba expulsarla hacia afuera. Presentía una salida inminente que quizás la enfrentaría de nuevo a su angustiada enfermedad, solo que esta vez ella todavía no había nacido.

Julio Sánchez empujó la hojalata que hacía las veces de puerta. Salió iracundo de la casa porque su mamá no le cocinó puré de papa.

—No te vayas hijito, mira que ya es muy tarde— señaló su madre.

Julio no hizo caso. Azotó la puerta. La hojalata se torció. La lluvia no cesaba. La madre era un manojo de angustia. Su agonía sincronizaba con el agua. Las gotas martillaban las tejas de zinc. En toda la casa se instalaron ollas para contener el agua que se filtraba por el tejado. Los ladrillos amarillos, como el rostro de la madre, se deshacían. El agua del cielo era abundante, es cierto, pero la potable escaseaba en el barrio desde hacía dos días. La madre entre sollozos pensaba: "sin agua es imposible cocinar".

Julio bajó corriendo la colina. Su barrio se asentaba en una montaña de Bogotá. Son cerros, invasiones, ocupadas por la pobreza, por desplazados y por quienes huyen de la violencia armada. La cólera de Julio incrementó cuando se percató que sus zapatos Nike se ensuciaron. Las calles no eran de asfalto. Capas de polvo cubrían la carretera. En tiempos de lluvia todo el barrio era un lodazal.

Arribó a la avenida. Tomó un taxi. Solicitó al taxista que lo llevara hasta las Cruces. Su deseo fue desfogar la ira en un bar. En las cruces los altercados entre pandillas eran constantes. Los taxistas, y en general el transporte público, no entraban hasta el lugar. Dejaban a sus clientes en la puerta del barrio. Julio pagó la carrera y caminó hasta el bar de Gladys.

A diferencia de los taxistas, Julio no le temía al barrio. De hecho, no tenía por qué tenerlo pues era uno de los bandidos más respetados del lugar. En sus pantalones cargaba un treinta y ocho de esos que libran de todo mal. En la esquina, antes de arribar al lugar donde mataría sus penas, saludó a un grupo. Compró unos gramos de cocaína y siguió su andar.

Atravesó las puertas del bar. Él se disponía a beber solo. Sin embargo, a su llegada al lugar, visualizó a su cuñado Wilder en una mesa. Se acercó. Saludaron. Pidieron cuatro cervezas y media botella de antioqueño.

La iluminación del bar era opaca. Dos focos amarillos teñían de un aire deprimente al espacio. A los costados de las paredes, cuatro mesas de madera. En el centro del local una mesa de billar servía para la distracción de los borrachos. El baño se hallaba afuera, en la parte de atrás. Tenía una letrina cubierta por cuatro cartones azules. La cantina estaba ambientada con música de Darío Gómez y los Tigres del Norte.

Julio y Wilder se enfrascaron en una larga conversación. Esa noche no gustaron jugar billar. En la mesa se amontonaron botellas de cerveza y aguardiente. Se turnaban para pagar las rondas. Con el pasar de las horas el frío se tornó más violento. El viento soplaba cómo anunciando una desgracia. Decidieron, entonces, solo tomar aguardiente para calentar las venas.

Los cuñados se extrañaron. En toda la noche no se suscitó ninguna pelea. Tampoco se oyó tiros a los alrededores del bar. Pensaron beber hasta entrada la madrugada y luego rematar en casa de Wilder, ubicada en el centro de Bogotá.

Faltaban solo diez minutos para las tres de la madrugada. Ocho años para el arribo del paramilitarismo uribista al poder. Veintiún años para la firma de la paz entre la guerrilla y el gobierno. Wilder se dirigió a pagar la última ronda de antioqueño. Julio, por su parte, buscó en las penumbras de la noche el baño. Llegó a la letrina. Se bajó el zipper. Apuntó. El chorro de orina, con olor a cerveza poker, empezó a descender. De repente, se interrumpió el silencio. Una bala anuló la quietud. El cartón azul se agujereó. Julio cayó sobre heces y orina. Un sujeto abrió la puerta de papel. Descargó su arma como en una novela de Camus. La víctima yacía en el suelo y el victimario escapó.

En casa, paralelamente, su madre sintió una picada en el corazón. La lluvia al fin se detuvo. Las tejas de zinc dejaron de llorar, pero ahora el aguacero causaba destrozos en su interior.

Los demás libadores huyeron del bar de Gladys. Wilder sacó su arma demasiado tarde. El atacante se esfumó cómo las promesas de reforma agraria. Llegó hasta el baño. Observó a su cuñado embadurnado de sangre, mierda y orina. Guardó su arma en su gaban de cuero negro. Se echó en sus espaldas a Julio. Empezó a correr. Cuando logró salir de las Cruces ningún taxi frenaba. No tuvo otra opción que sacar su pistola. Amenazó a un conductor, que sin resistencia descendió del vehículo. Wilder acomodó a Julio en los asientos de atrás.

Puso el carro en primera. Sus lágrimas brotaban de sus cuencas. Cada mililitro de sangre que salía del cuerpo de su cuñado era una carrera a contra reloj. A la noche se le interrumpió la calma. Es más, nunca hubo paz para los desposeídos. Solo asómese afuera al mundo; porque cuando en los techos de cemento hay sosiego, nadie sabe lo que las tejas de zinc lloran.

Muestras de afecto

José Nuñez del Arco
de la Cuadra

Hoy me dispararon por tercera vez en menos de una semana –para ser exactos– en la fosa subescapular cercana a la cavidad glenoidal izquierda, según lo identifica el libro de anatomía que tengo bajo mi cama para casos de emergencia médica. Primero fue mi novia, luego mi vecino y después mi perro.

No me molesta tanto el disparo en sí, que no suele causarme ningún daño grave, sino el hecho que los tres ya no rían como antes (estoy empezando a pensar que ya no les agrado). Ahora disparan y se van, murmurando palabras incomprensibles.

Puede que solo sean ideas mías, por eso concerté una cita con un psicólogo, que me dijo que, en efecto, eran alucinaciones de mi subconsciente y que lo mejor era que dejara de hablar piedras. Le reclame que no le estaba hablando de piedras sino de balas. Él me respondió algo así como que eso es culpa de la sociedad, el internet o a lo mejor del calentamiento global, que ha puesto todo patas arriba. Al escuchar eso, lo mandé al carajo, pero como no sabía dónde quedaba, lo mandé a la mierda.

Él se limitó a enviarme su cuenta.

Al salir de la oficina del psicólogo, aún más confundido que antes, un cantante callejero me empezó a seguir, guitarra en mano, mientras me susurraba una canción en italiano que tenía que ver con pretzels. Después de dos cuadras y sintiendo su incesante compañía a pocos pasos detrás de mí, le di un par de monedas falsas que me había entregado el conductor de bus de camino a ver al especialista que al final no me sirvió de nada.

El silencio regreso a mi cabeza, pero por poco tiempo pues la voz cantarina del sujeto me siguió hablándome en su idioma, traté de no prestarle atención mientras pensaba en mis problemas, cuando el cantante, harto de que lo ignorara, tomó su guitarra con las dos manos y me propinó un golpe tan fuerte en mi cabeza que no me di cuenta cuando me robo todo lo de valor que llevaba. Al despertar, encharcado en mi propia sangre, lo pude ver todo claro: mi novia, mi vecino y mi amigo de toda la vida aún me disparaban, después de tanto tiempo, precisamente porque ellos muy en el fondo aun me querían.

Osteogénesis imperfecta

José Luis
Vicent Barceló

Aquel chico permanecía muchas horas día tras día, escudriñando a través del ventanal el amplio patio interior de su casa. Observado a distancia, aparentaba ser un niño como otro cualquiera, de edad indefinida, pero con un cuerpecito que delataba una salud incierta y una apariencia frágil. Un pájaro negro, de tamaño algo menor que un cuervo, acudía cada mañana a posarse en uno de los balcones. Al poco de permanecer allí, como asegurándose de que no iba a ser sorprendido, planeaba hasta descender al suelo. Cuando por fin el ave alzaba el vuelo para marcharse, siempre dejaba una pluma de un brillo marmóreo. La última vez que el chico pudo bajar y sostenerla entre sus dedos, sintió un peso insospechado ante lo más liviano que había esperar. Se dio cuenta de que la pluma era toda de cristal.

El ángel tatuado

Fanny
Morell

Casita en paraíso, le llamaba a su cuarto en la azotea, y cada nuevo amanecer, tras su noche de trabajo, removía sus blancas alas para colgarlas de un clavo en la desnuda pared, se acostaba en el piso, y se soñaba caminando por la extensa llanura amarillenta con aquella promesa sin forma en el horizonte. Siempre soñaba lo mismo. No le disgustaba su trabajo, pero tampoco la hacía feliz. Cada noche, impulsada por aquella fuerza, brindaba su cálida y silenciosa compañía a los que iban a partir. Abrazarlos en aquel espacio donde los cuerpos no logran tocarse le parecía cruel. Les hablaba al oído, acariciaba manos temblorosas y cuerpos convulsionados, besaba párpados cerrados, y sellaba aquellos que se resistían. Pero ellos no la percibían, si acaso un leve murmullo, un cierto adormecimiento.

Algunas tardes, atreviéndose, salía a la calle luciendo sombrías alas plasmadas en un imponente tatuaje sobre su espalda.

La mujer del Presidente

Ángel Manuel
García Álvarez

Era una chica que estudió ciencias políticas en la universidad de la Sorbona de París. Sacó su carrera con muy buena nota, y una vez terminada ésta, los partidos políticos le hicieron varias ofertas de trabajo, a muchos les dijo que no le interesaba y con otros hizo un casting. Eligió la que más le convenció. Aparte que estaba bien remunerada, a ella le atraían sus consignas políticas. Tenía grandes ideas que quería exponer en el partido. Ella ocupaba un cargo de secretaria, en un principio era coger las llamadas y organizar los actos políticos del partido con la ayuda de otros compañeros.

Se vio sumergido en un mundo que no conocía de ideas y organización, no era como lo había estudiado en la universidad, la realidad era tan distinta que se sentía que no sabía nada. Pero poco a poco se fue asentando, dando a conocer sus ideas y cada vez la tenían más en cuenta en el partido.

Y con el paso del tiempo llegó el año electoral. Su partido apenas tenía representación parlamentaria y a ella la pusieron como ayudante de campaña electoral. Se presentaba un señor bastante joven, de 30 años, vamos, un pipiolo en la política, que, aunque estaba bien preparado, le faltaba experiencia sobre todo en los mítines.

Ella tomó las riendas de la situación y habló seriamente con él y le preguntó: ¿Usted quiere ser algún día presidente de la nación? Él no salía de su asombro, que una muchacha de su edad le hiciera tal pregunta. Contestó que sí: Si estoy aquí es porque quiero llevar a mi partido a la presidencia y al éxito.

Entonces tiene que aprender mucho y yo le voy a enseñar para que un día llegue a presidente de la nación. Le voy a pedir una cosa totalmente confidencial, le haré los discursos de los mítines y a partir de hoy todos los días tendremos unas charlas de una hora o dos horas donde analizaremos cada paso a dar. Le prometo que llegará arriba.

Él no salía de su asombro, pero por probar no perdía nada y le contestó: Probaremos durante una semana y si los índices de audiencia suben a mi favor, continuas y si no, lo dejamos.

Era un gran reto, pero ella sabía que lo podía convertir en un gran líder político. Empezó a planificar los actos de la semana y cada día antes de salir a dar los mítines y las conferencias de prensa, ella le decía lo que tenía que decir y como atacar a los otros partidos de la oposición.

Pasó la semana de prueba y su popularidad subió como la espuma; en el partido estaban encantados con la marcha fulgurante del candidato, pero lo que no sabían que mucho del éxito obtenido era gracias a ella.

Durante la campaña cada vez los gestos de cordialidad y complicidad eran muy evidentes y establecieron un gran vínculo de unión entre los dos. Y llegó el día de las votaciones, todos estaban expectantes, por lo resultados. El partido consiguió los mejores resultados de su historia, pero un poco lejos para poder gobernar. Estaban todos muy contentos y exultantes. Antes de anunciar públicamente los resultados, él se reunió con ella y le dijo muchas gracias por lo que usted ha conseguido.

A lo que ella respondió: se acuerda cuando hablemos por primera vez, que le sorprendió mi propuesta. Sí, me acuerdo y confié en ti y mira donde hemos llegado nadie lo podía creer al principio de la campaña. Ahora salga y dígales que en las próximas elecciones llegará a ser el presidente de todos. Conseguimos este gran triunfo, y yo le prometo que si seguimos juntos alcanzará la presidencia.

Salió a dar los resultados, todo eran parabienes y aplausos en la sede del partido. Luego continuó diciendo este triunfo se lo debemos a mi asesora personal, que me guió hasta llegar a este día y me acaba de decir que en las próximas elecciones seré presidente.

También desde aquí le voy hacer una petición muy personal y sacando del bolso un estuche con un anillo. Dijo en voz alta delante de todos: ¿Quieres ser mi esposa?

El sudor de las manos se ahoga en el tiempo detenido entre los dedos. Del pasto las raíces salen, con sus afilados dientes rasgan las piernas y se alimentan de ellas. En la mente, la soledad de un secreto que no puedo decirle a nadie, sin embargo, pienso que todos alrededor, sentados en la misma mesa, advierten. Los ojos de mi tío parecen verme cuando toma las pinzas al servirse un trozo más de carne. La risa que acompaña los chistes de mi padre llega al oído y la escucho susurrarme: “ya lo sé, lo sé y a nadie puedes ocultarlo”.

Me paro al baño con las piernas temblando. Los ojos de miradas distintas me observan a través del espejo y preguntan: “¿quién eres? ¿qué te está pasando?” La respiración agitada empuja con fuerza al pecho. Las manos se hunden en la corriente debajo de la llave oxidada. Una risa proveniente del jardín atraviesa la ventana y me devuelve al momento presente; miro el reflejo de nuevo, por primera vez. Salgo del baño e ignoro los ojos susurrantes de los invitados que seguramente hablan de lo que callo. Subo las escaleras, las paredes se cierran y me atrapan en una espiral ascendente cada vez más estrecha. El escaso aire se escabulle buscando la salida a través del tragaluz que se desintegra en lo alto del techo.

Entro al cuarto de ecos llenos de un pasado perdido entre las sonrisas de las muñecas de polvo. Los ojos se convierten en un manantial prometiendo inundar el lugar entero y la áspera garganta se aprieta como si una presa se cerrara para no dejar salir el agua. El único acompañante es el oso de peluche que me consuela en las noches en donde la oscuridad consume la casa, besa las piernas y se bebe los espesos fluidos que emanan.

Salgo de nuevo al jardín: “hija se está enfriando, ¿no vas a comer?” Lo miro, pero la sonrisa se ha congelado detrás de los labios. Tomo un trago de agua: “mmmh ahora vengo”. Me paro del asiento y camino a la casa. Andrea, mi hermana, quien ha notado la extrañeza que se apoderó de las acciones treinta minutos atrás, se acerca.

A través de sus ojos veo la pregunta que no quiero responder. Siento cómo sube desde el estómago hasta la garganta el secreto ansioso por llegar a su oreja. Se detiene unos instantes, aprieta la campanilla y rasga la lengua antes de encontrar la salida por el pequeño espacio que comienza a hacerse entre los labios; temerosos pronuncian eso que tanto me avergüenza: “es que... creo que hoy... hoy es el día”.

La fuerza de mi entrepierna jala ambas miradas hacia ella. Debajo del pantalón la cándida blancura comienza a teñirse de rojo. La sangre femenina que cuenta la historia de soledad y vergüenza equivocadas se apodera del suelo y las paredes de la sala.

El silencio de sus ojos me llama de nuevo. En su rostro se dibuja una sonrisa; vuelve a liberar el tiempo. Toma mi mano y la presa se abre dejando salir el manantial contenido que se vuelve cascada y se vuelve río. Sus largos brazos abrazan el miedo.

Salimos juntas al jardín. Llevo el primer bocado de carne a la boca, observo: el secreto ya no tiene que ser secreto.

—...dos y tres; ¡ahora! —El niño controlaba todo el espacio y no admitía que ningún otro se sumergiera mientras Hsinu se mantuviera debajo del agua—.

—¡Que ninguno se mueva! Y tú Ahmed, no dejes de contar...

Ahmed no paraba de contar en voz alta mientras asentía, con gestos de la cabeza, a la orden del niño jefe.

La charca que quedaba en la cuna del río acogía a la chiquillería del poblado todos los días a primera hora de la jornada. Por la tarde se dedicaban a jugar a la pelota. Los libros, por su parte, estaban bien arrinconados en sus casas hasta que volvieron a clase en septiembre. En invierno, el caudal crecía tanto que los niños no se atrevían a acercarse a las riberas del torrente —en cierta medida a los jovencitos les alegraba que lloviera, porque el colegio se hallaba en la otra parte del río y como no había puentes para cruzar, se quedaban en casa—; como en algunos lados las crecidas del agua se llevaba la arena hacinada, taladrando el fondo, se formaban profundos hoyos que, aunque el río se secara, en esos socavones naturales, el agua se mantenía varios meses, a veces no se secaban en todo el verano.

En esos agujeros de mala muerte pasaban horas y horas jugando a ser buzos los niños del poblado. El niño jefe era el que más tiempo permanecía sumergido, cada vez que le retaban a ello; por lo que era el más indicado para dirigir las luchas entre los otros compañeros que querían demostrar quienes merecían ser considerados los más valientes, los más atrevidos... después de él, claro.

—...veintitrés, veinticuatro, veinti... veinticuatro. Ha estado sumergido veinticuatro, no he terminado de contar el veinticinco...

—Muy bien, Ahmed, así me gusta. Marca en tu papel que Hsinu ha aguantado veinticuatro. ¿A quién le toca ahora? —retaba a los presentes, para dejar sentado que nadie podía con él.

—A mí... —la voz del niño era casi inaudible—.

—¿Tú? No sé si debería dejarte probar... No creo que aguantes mucho.

—Yo quiero... Como nunca he intentado hacerlo... —el niño era enclenque y muy bajito; y se mantenía en una esquinita de la charca.

—Bueno, venga. Ahmed, pon su nombre. Oye, tú, Hsinu, quítate de ahí para que los demás puedan participar —Hsinu se apartó con la cabeza gacha porque había fracasado en su intento de vencer al niño jefe;

había contabilizado menos de la mitad de lo que registraba el héroe, que alcanzaba casi sesenta.

—De acuerdo. Muhtadi... Ya está apuntado

—Ahmed tenía la confianza del niño jefe porque escribía muy claro y sabía poner los números como nadie.

El delgaducho Muhtadi se acercó al centro de la charca y esperó a que el niño jefe diera la orden de inmersión.

—Prepárate. Uno, dos y tres, ¡ahora!

Muhtadi respiró hondo y sin mucho esfuerzo, metió la cabeza en el agua.

—Uno, dos, tres... —Ahmed, la voz legal e inapelable, empezó a contar las veces que Muhtadi permanecería con la cabeza sumergida en el agua. El niño jefe volvía a insistir que ninguno de los demás se acercara al centro del charco para que Muhtadi no dijera, después de ser derrotado, que decidió sacar la cabeza del agua porque se asustó... creyendo que se trataba de algún animal que podría atacarle o... cosas así.

—Como esa vez que Lahcen se salió del agua y dijo que había visto una serpiente y que temió que arremetiera contra él... No quiero que eso vuelva a ocurrir. ¿Os acordáis que le contamos cuarenta y tres? Y dijo que si no hubiera visto ese animal que me habría ganado... Fue porque algunos nos movimos en el agua y él se aprovechó... Eso no debe volver a pasar.

—Veinticinco, veintiséis... —Ahmed iba contando tranquilamente y esperando que Muhtadi sacara la cabeza del agua de un momento a otro y aceptara su derrota ante el niño jefe, al que le acercaba más de un secreto nunca conocido por los demás.

Hsinu se salió de la charca, se puso una camisa y un pantalón, sin quitarse lo que llevaba puesto dentro del agua. Sin despedirse, se fue refunfuñando.

—Treinta y cinco, treinta y seis...

El niño jefe seguía con sus prohibiciones y aclaraciones. Cosas que había repetido cientos de veces... Algunos de los compañeros no le hacían el mínimo caso porque estaban temiendo que Muhtadi tuviera algún problema y se ahogara; estaba tardando demasiado debajo del agua y temían lo peor.

—Cuarenta y siete, cuarenta y ocho...

El niño jefe se dio cuenta de que sus compañeros estaban pasando por momentos de agobio porque ninguno le miraba y sus caras dejaban a las claras la preocupación que les embargaba...

—Creo que Muhtadi ha tenido algún problema y no ha podido salir... ¿Lo sacamos del agua?

—Cincuenta y uno, cincuenta y dos...

—¡No, dejadlo! Si se muere, que se muera...

El niño jefe veía peligrar su liderazgo y no lo aceptaba... ¿Cómo podía un muerto como ése resistir más que él? Pues que se muriera...

—Cincuenta y siete, cincuenta y ocho...

Se sentía totalmente vencido... ¿Era posible que un canijo como ése pudiera ser más fuerte que él?

¿Más importante?

—Sesenta... Muhtadi acaba de sacar la cabeza del agua a los sesenta —Ahmed lo dijo con voz gangosa, como si un nudo le prohibiera proferir las palabras. El enfermizo niño pasó las manos por la cara para quitarse el agua y respiró profundamente para llenar sus pulmones de aire.

—¿Estás seguro que has contado bien? Porque yo te he visto muy despistado... Esto hay que repetirlo... ¡Y tú, blandengue, no vayas a creer que de verdad has ganado!

El niño jefe estaba totalmente fuera de sí... Ahmed lo miraba y no decía nada; pero se notaba su enfado e irritación por ese resultado. En cuanto a Muhtadi, se apartó del centro de la charca y regresó a la esquina donde estaba antes de participar en esa lucha por el poder...

El niño jefe estaba exacerbado. No admitía que ese menguado, ese medio niño pudiera con él...

—Vamos a dejarlo por hoy... Mañana nos sumergiremos los dos a la vez y veremos qué pasa... ¡Y tú, retaco, no cantes victoria!

Muhtadi permaneció callado sin llegar a entender la causa de la cólera de su compañero. Él participó como todos los demás, sin querer lucirse...

—...y estoy seguro que tú no has contado correctamente... —dijo el niño—jefe dirigiéndose a Ahmed, que hasta ese día había tenido la confianza de su compañero.

—Mira, yo... creo que lo he hecho como siempre... Pero bueno... —El niño no quería ver a su ídolo en ese estado tan deplorable; se negaba a que todo lo que los unía desapareciera a causa de ese entrometido.

Los niños se separaron con la intención de verse por la tarde para jugar su partido de fútbol diario. El niño jefe anunció que no asistiría porque se sentía engañado por sus compañeros, con los que no “volveré a jugar nunca más, pero antes tengo que demostraros a todos que soy el que más aguanta”. Estaba totalmente fuera de sí.

Varios de los chiquillos estaban alegres porque por fin uno acababa de derrotar al engraido ese...

Otros, muy cercanos al niño jefe, miraban con odio al canijo de Muhtadi... Por su parte Ahmed, se acercó al niño jefe y le susurró algunas palabras a las que obtuvo una respuesta rotunda con un ¡no quiero!, que los demás oyeron...

—Cuando cuente tres, os sumergís a la vez. Ahmed contará, como siempre, para saber cuánto aguanta el que gane...

Los chiquillos no estaban metidos en el agua. Únicamente se hallaban en el centro del barrizal el niño jefe y el debilucho de Muhtadi, esperando la orden de uno de los compañeros para hundir la cabeza y demostrar que era el que más tiempo aguantaba sin respirar.

—Venga, preparados ¿vale? Uno, dos y tres... ¡Ahora!

Las dos cabezas desaparecieron de la vista de los niños.

—Uno, dos, tres... —Ahmed contaba como de costumbre, pero esta vez esperando que la cabeza del debilucho Muhtadi surgiera de debajo del agua para que su compañero y amigo siguiera siendo el mejor, para que nada se rompiera en sus relaciones de tanto tiempo...

Hacía viento. Los presentes giraban alrededor de un destino desconocido mientras sus pensamientos se ahondaban, a cada instante, junto a los dos rivales, intentando llevar las circunstancias del momento, a uno o a otro bando. En silencio, sin que nadie lo percibiera, un pesado misterio aullaba a ras de las aguas del charco.

—Treinta y uno, treinta y dos... —Ahmed se estaba impacientado porque el debilucho no daba señales de vida y se mantenía en la lucha de permanencia debajo del agua.

Los instantes se hacían eternos y andaban en busca de la huella de cada uno de los sumergidos. Esos momentos cantaban con dulzura por boca del niño que contaba... buscando la meta donde se romperían los horizontes permitidos por la ley de la vida. Los chiquillos que asistían a la lucha de los dos rivales, tenían la respiración cortada; sus caras mostraban una profunda sed de términos que decidieran qué estirpe conseguiría ofrecer al mundo su influencia.

—Cuarenta y siete, cuarenta y ocho... —Ahmed ya no mantenía esa voz fuerte y audible. Las palabras, los números que pronunciaba, se hacían débiles porque su deseo no se estaba concretando; porque peligraba su amor... Uno de los presentes, sin quererlo, se resbaló y tocó el agua con los pies.

Fue suficiente para que el niño jefe sacara la cabeza de debajo del agua...

—Hay un animal por ahí... He temido que me atacara... Que si no seguiría ahí.

—Cincuenta y nueve, sesenta... —Ahmed se sentía vencido; su objetivo no había sido alcanzado: su amigo acababa de ser destronado.

El debilucho siguió hasta alcanzar sesenta y cinco... Cuando emergió, los chiquillos permanecieron en silencio un momento y sin previo acuerdo, empezaron a aplaudir al nuevo campeón...

—¡Qué mierda! He sacado la cabeza porque temí que ese animal me atacara... Si queréis lo volvemos a hacer y veréis...

Ya nadie le hacía caso. Todas las miradas, incluida la de odio de Ahmed, estaban fijas en la persona del debilucho Muhtadi.

El niño estaba tendido encima de la estera del centro religioso, completamente dormido y con la cara al suelo. El fakí lo zarandeó para que se despertara y se fuera a su casa; entendió que sus padres estarían impacientes para ver a su hijo regresar.

Las sacudidas del religioso no surtieron efecto y decidió llamarle en voz alta al mismo tiempo de darle un par de golpes en las piernas. El niño no se despertaba.

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué no te despiertas y te vas a tu casa, niño?

Al mover el cuerpo para que la cara mirara al techo, se fijó que el niño tenía los ojos abiertos y no respiraba...

—Cuéntame otra vez cómo encontraste al niño...

—Pues como le he dicho ya varias veces...

El fakí estaba en las dependencias de la Gendarmería porque era el sospechoso más directo del asesinato de Muhtadi. Sabía que lo iban a detener porque no había nadie que pudiera negar los hechos y —que para su desgracia, aparecían claros— así, salvarle del peso de la ley por haber asesinado a un niño en la mezquita del pueblo. ¿Quién podía pensar otra cosa?

Esa tarde, la del entierro del pequeño Muhtadi, los niños que iban a la charca por la mañana y a jugar a la pelota por la tarde, estaban todos reunidos en la casa de los padres del muerto para demostrar su dolor. Ahmed, hablaba más que nadie y animaba para que al día siguiente se vieran en el charco para divertirse...



1.

El Putas dejó ver la jota de espadas, luego la de corazones, luego la de tréboles y al final volteó la de diamantes. Después masticó un slice de cheese pizza de la caja de Little Ceasar, y dijo que se los había culeado otra vez. Luisito tiró dos billetes de diez sobre la mesa; y el Chuy se levantó, iba al baño, esa pizza parecía cartón mojado con sal y orégano, le había revuelto el estómago, y mientras recorría el warehouse con la mirada: las tres camas destendidas, maletines abiertos de donde escapaban medias, calzoncillos, camisetas y jeans, alzó la voz para que fueran pensando qué hacer con el regalito de la otra habitación antes que llegara Busanca, no quería que encontrara esa mierda así.

—Hace tres fines de semana comes gratis, mucho mal parido —reclamó Luisito— voy a revisar esas cartas, las debes tener marcadas.

—Deja de hablar basura, man, y pensemos qué hacer con lo que tenemos en la otra habitación, ya oíste al Chuy.

En la otra habitación, un foco desnudo colgaba de un alambre y salpicaba un hilo blanco mortecino sobre un cuerpo atado a una silla, con la cabeza vencida hacia adelante, cual muñeco de trapo, y brochazos de sangre en los pómulos, el mentón, la camisa azul, el pantalón gris y las manos.

—Mi nombre es Mike Cana y soy su abogado de oficio.

—¿Sería molestia que me sirvieran un café, señor Cana?

—Veamos si el guardia le puede traer uno de la máquina.

—Gracias. Llevo dos días sin dormir.

—Acérquese más, por favor. Toda esta conversación será grabada y la utilizaré de testimonio para armar su defensa.

—Ok.

—Por dónde empezamos, señor Marchena, por dónde... ¿el Mutiny? ¿los bandidos? Hábleme del Mutiny Hotel. Tengo en su expediente algunos recortes de prensa donde se le identificaba como asiduo concurrente.

—¿Del Mutiny? Muéstreme.

—Aquí tiene.

Cuando Coconut Grove alcanzó su máximo apogeo como ciudad cultural y chic entre los años

sesenta y setenta, un hotel boutique muy particular abrió sus puertas. El Mutiny, se llamó así, rompió esquemas con los nombres exóticos y eróticos de sus suites, con la decoración de lujo y glamour, y ya para los años ochenta, era el punto de encuentro y vida nocturna número uno en Miami y el país. La máxima atracción y tentación que ofrecía la ciudad. Fue en el Mutiny donde los famosos y legendarios Cocaine Cowboys convirtieron a Miami en la puerta de entrada de la cocaína a los Estados Unidos; y en las mesas del bar, en la terraza al aire libre con vistas a la bahía, se sentaban actores, políticos influyentes que le susurraban cosas al oído a las cheer leaders de la Universidad de Miami, banqueros, modelos, policías, imitadores de Sonny Crockett que vestían de blanco y calzaban alpargatas —era la época dorada de Miami Vice—, conspiradores contra la dictadura de Fidel Castro, líderes de las fuerzas contrarrevolucionarias nicaragüenses, entre las que se destacó la banda de traficantes de armas “los bandidos”, con su figura clave Hernando Marchena, y circulaban maletines llenos de fajos de cientos de miles de dólares que entraban en manos de uno y salían en manos de otro, las rubias platino se vendían al mejor postor, y era el lugar donde más botellas de Dom Perignon se destapaban cada noche.

—Ahora empiece, señor Marchena, con los bandidos del Mutiny. Lo escucho. Estoy grabando.

Miami, 1984
Feb 4

Duncan y Marchena no necesitaban anunciarse en el Mutiny; el manager, Thompson, tenía órdenes de habilitarles una mesa con vista a la bahía, así tuviera que desalojar a Julio Iglesias o Liza Minelli. Los viernes, el Lincoln con cristales blindados de Duncan se estacionaba en la rampa del valet, y el chofer, siempre de negro, abría la puerta para que Duncan bajara con su traje azul marino, cabellera cenicienta, camisa blanca. Minutos después aparecía Marchena, en colores pastel, pantalones de lino blanco y alpargatas. Estrechaban manos en el lobby y el host los llevaba hasta su mesa con vistas al mar.

La influencia cubano-soviética era el cáncer de Latinoamérica y el despacho en Washington, para el que trabajaba Duncan, le había asignado rescatar a Nicaragua de las manos del Frente Sandinista de Liberación Nacional, y así detener la propagación de

esa enfermedad. Duncan había llegado a Marchena, o Marchena había llegado a Duncan, por los contrarrevolucionarios a quienes apoyaba la Casa Blanca, que operaban desde Miami y cuya cúpula se había encargado de adiestrar a Marchena como uno de sus principales puntos de apoyo.

El deal entre Marchena y Duncan era simple: Marchena se encargaba de surtir de armamento a las fuerzas contrarrevolucionarias en Nicaragua; y Duncan le entregaba, a cambio, cuatro maletines con dólares, cada uno con doscientos mil, dinero con el que Marchena conseguiría las armas, pero, además, gestionaría una aeronave para el transporte que partiría

desde el Miami International Airport algunas veces y otras desde el aeropuerto de Fort Lauderdale. Duncan garantizaba que las autoridades de inmigración y aduanas se harían los de la vista gorda con los controles de seguridad en los aeropuertos, y le permitiría al avión partir sin ningún tipo de revisión. Lo complicado era el punto de aterrizaje. No era posible llegar hasta Nicaragua con esos aviones cargados de rifles y explosivos, el arribo debía hacerse en cualquier punto clandestino de Costa Rica y desde allí transportar el cargamento por la vía terrestre y cruzar la frontera de Peñas Blancas.

Capítulo de la novela *Bandidos*
– Suburbano Editores.

Antes de dormir Gabriel Aranís

Con los años me he dado cuenta que por las noches digiero peor la comida. Siento un poco de pesadez apretándome y pienso ya recostado que debí comer fruta.

Hoy me encontré unas fresas tiradas en la vereda, me resbalé pensando en ellas, me quitó las ganas de irme a buscarla para comer. Lo que ella quiere es un tazón de avena, lo que no tolero es el olor de la avena cocida, lo que detesto es que no me gusten tantas cosas como a ella.

Los perros están corriendo en la calle, tres van en una fila, dos en otra, me están siguiendo y yo los llamo con mi mano, quiero que vengan conmigo; aún hay algo de campo libre para correr. Se acabó el camino, me siento cansado. Los perros se despiden con las colas movidas, me dieron un beso perruno cada uno en distintas partes de mi cabeza y brazos. Me siento querido. Escucho la culpa de ella que se lamenta por sus dolores, su ira me duele. No ha podido correr conmigo y yo, culpable, yo, miserable, yo hediondo de una insoportable falta de solidaridad he corrido con los perros sin ella. ¿Podrá correr al menos un poquito conmigo? No me atrevo a preguntarle porque tengo miedo de que piense que mi pregunta es, como ella misma dice: producto de una falta alarmante de empatía.

En casa el gato me mira. Mi cabeza le señala su comida. Es bueno él, es comprensivo al no decir nada ni maullar y ni la cola mover. Es tal vez un impostor de la calma que en realidad tiene desinterés. No sé cómo preguntarle si ella puede correr conmigo, voltea la cara y la mira. Veo que el gato y yo aún no tenemos tanta complicidad, él es de ella. ¿Y si traigo a mi gato para que converse con él? ¿Si luego él conversa con ella y le pregunta? El proceso es simple: mi gato, su gato; ella. Pero no sé si Gary quiera, es que; es su gato. ¿Y si ella deja la rabia y me pregunta qué quiero saber?

Sus plantas son verdes y sanas, las cuida. Sus plantas nacen de cualquier raíz, curó otras y trajo nuevas que están en hilera junto a las antiguas. En otra parte están puestas en modo de círculo, conversan y no se ven tan sanas como las que están en fila y calladas. No sé cuál de los dos grupos podría decirme si ella podría correr conmigo. Los perros no están más, el gato mira la mampara y yo no le intereso. No tengo mensajero. Disminuyo la luz de mi celular para que Esther pueda dormir.

La risa de tu madre (fragmento)

Gustavo
Rodríguez

Amadeo Porti tenía siete años cuando entró a la cocina de su madre con una cajita que él mismo había envuelto en papel de regalo. Doña Lucrecia cortaba pollo y maldecía su suerte. Un momento antes se había quemado la mano con una olla, y era la misma mano que a duras penas sostenía ahora el cuchillo.

Milagrosamente, Amadeo no se amilanó por el semblante serio de su madre. Avanzó hacia ella despacio, como quien teme despertar a la fiera, y tocó su falda con la punta de su dedito.

¿Qué quieres?

Amadeo dudó en responder, y en la pausa su madre aprovechó para recoger un plato de verduras picadas. Ya fuera porque su mano estaba herida, o porque sus dedos tenían aceite, el piso recibió aquel plato con un estruendo.

¡Mierda!

Amadeo pensó en retirarse para regresar en mejor momento, pero su madre vio en él un buen camino para canalizar su frustración.

¿Qué quieres?, exclamó irritada.

Amadeo sólo atinó a estirar sus manitas y presentarle la cajita envuelta en colores. Su madre la miró con curiosidad, y la fiera fue domada por un momento. Los pedazos de papel de regalo fueron cayendo al suelo junto a los restos del plato roto, y los ojitos de Amadeo brillaban cada vez. Cuando la cajita estuvo desnuda, el niño sintió repicar su pecho. ¡Su madre estaría orgullosa de él!

Por fin la cajita fue abierta, y la sorpresa dada. El interior estaba vacío, y doña Lucrecia rugió ante la sorpresa de su hijo.

¿¿Quién mierda te has creído?! ¿¿Quién eres tú para hacerme perder el tiempo así?!

Amadeo balbuceó una explicación, pero nada concreto salió de su boca.

Corrió asustado, antes de que le cayera el zarpazo que ya se alzaba. En su huida se topó con las faldas de su hermana Ana, y humedeció amargamente su tela.

¿Qué pasa, Amadeo?

Su carita se estrechó más contra sus piernas.

¿Qué travesura has hecho? ¿Qué te ha hecho mamá?

El niño alzó la carita y trató de que las palabras vencieran el llanto, pero no pudo. Decidió quedarse callado, y que las lágrimas siguieran hablando en su lugar. Ana se arrodilló para estar a su altura, y el frío de la piedra en sus rodillas no aminoró el calor que tenía para su hermano. Besó la sal de sus mejillas y, acariciando sus cabellos, la voz melodiosa canturreó y fue como si mil mariposas rozaran la piel del chiquillo, piccolino, piccolino, io ti voglio bene piccolino.

Protegido en un capullo, tu pequeño padre se dejó calmar y guardó para sí el secreto de su cajita vacía, las horas que planeó la sorpresa, las capas de goma pegada a sus dedos, la respuesta prevista para la dulce pregunta que su madre nunca hizo:

Es mi amor, mamita. Te estoy regalando mi amor.

Gustavo Rodríguez (Lima, 1968) es escritor. Ha publicado libros de no ficción, relatos y novelas como “La furia de Aquiles”, “La risa de tu madre”, “La semana tiene siete mujeres”, “Madrugada” y “Treinta kilómetros a la medianoche”. En 2023 ganó el Premio Alfaguara de novela con “Cien cuyes”

—¡Esto es por mi padre Hristan Sobëch!

Un rugido metálico ahuyentó a la bandada de aplausos que colmaba al salón principal de la Casa de la Literatura Fulhamense y trajo consigo un enjambre de gritos. La camisa perforada de la figura de esa noche del 15 de julio de 1879, el novelista, Tödor Sêfer, se convirtió en retrato del sol enfermo ante la mirada atónita de su consorte y sus vástagos. La multitud despavorida trataba de evitar lo inexorable, mientras el joven asesino abandonaba la escena con disimulada prisa. Su sed de venganza por fin fue saciada. Una sed que le transmitió su progenitora a través del cordón umbilical cuando, devastada, vio furtivamente a su esposo unirse a la naturaleza muerta del suelo de aquel bosque de Kuwin (Fulham) por culpa de un duelo al que fue conducido por su propio honor. Un duelo que se pudo haber evitado si el ego del novelista y del poeta, Hristan Sobëch, no hubiesen chocado aquella mañana del 12 de octubre de 1858 en el segundo vagón de un tranvía de la ruta Swint-Kânt Weesleed.

La manzana de la discordia fue un asiento que quedó vacío en un paradero entre los distritos de Ferrêra y Maers, el cual iba a ser ocupado, en primer lugar, por Dalma Sêchels, consorte del vate, Hristan Sobëch, y quien presentaba un estado avanzado de gestación, pero raudamente la oportunidad se le fue arrebatada por Androä Holze, esposa del novelista, Tödor Sêfer, y quien también llevaba un vientre maduro.

—Buen día, Gen Sêfer, y perdone usted, pero ese asiento iba a ser tomado por mi señora —pronunció Hristan con la suficiente calma como para no armar un escándalo, pero con tono incómodo para no quedar como un tonto ante aquella afrenta.

Hristan Sobëch y Tödor Sêfer se conocían porque ambos pertenecían al círculo literario wuudané. Pese a profesar religiones diferentes, el poeta elogiaba la manera en la que el novelista resaltaba las virtudes del Catolicismo en sus obras.

—Sí, pero mi esposa está encinta y por eso le es más necesario el asiento que a la suya —respondió Tödor con el ceño fruncido y su típica voz de orador.

Pero Tödor Sêfer siempre vio al vate por encima del hombro y consideraba que sus poemarios eran fracaso tras fracaso porque su talento no fue forjado en una Facultad de Letras; sino, fruto de tantas lecturas.

—Mi esposa también está embarazada, Gen Sêfer. Ella también precisa el asiento. Además,

nosotros lo vimos primero —sostuvo el poeta, cuya indignación ya le era difícil disimular.

—¡Bájeme la voz, señor! —vociferó el escritor—. No le permito que se dirija a nosotros de esa forma. ¿No se da cuenta que somos personas de clase? Eso debería saciar, finalmente, su intriga de saber el por qué mi consorte merece más el asiento que su señora.

—¡Vaya! Quién podría imaginar que el ilustre literato que se la pasa mostrando en sus novelas a personas de su fe como seres de moral intachable, es en realidad un canalla —comentó Hristan con el rostro enrojecido por la ira y haciendo ademanes burlescos.

Tödor Sêfer, al notar que él y su esposa estaban siendo avergonzados ante los demás pasajeros, enfureció y volteó la cara del vate con una fuerte bofetada.

—¡¿Cómo se atreve, infeliz?! —exclamó Dalma Sêchels encolerizada, mientras su marido se tocaba la mejilla golpeada.

—Usted me ha ofendido, Hristan Sobëch, y por eso lo cito este sábado 15 de octubre en el bosque de Kuwin para batirnos en un duelo a muerte. Notifique a sus padrinos —indicó el novelista sin salir de su enojo y quien muchas veces lo consideró colega y un gran referente de la literatura wuudanesa cabeceó con inseguridad, pero jamás dispuesto a quedar como un cobarde.

Desde ese momento hasta la noche del 14 de octubre, Dalma Sobëch y los padrinos del poeta hicieron denodados esfuerzos para convencerlo de no presentarse en el duelo; que no era necesario enterrarle una bala en el pecho a Tödor Sêfer para recuperar su honor, pero él insistía pese a nunca haber empuñado un arma en su vida.

—Ese pelmazo no se va a reír de mí. El dios Siwor me dará la presteza para perforarle el corazón.

No se sabe si fue por la adrenalina de aquellos días, que se mezclaba con la sangre de Hristan tal como las turbias y caudalosas aguas del río Fulham con el turquesa mar wuudané, pero el vate olvidó que el dios maérsico de la guerra siempre se pone de lado del contrincante más hábil, quien al final resultó serlo Tödor Sêfer y por eso, tras doce pasos, pudo dar el tiro certero que envió a su rival al otro mundo durante la hora azul del día acordado.

El 18 de octubre de 1858, Hristan Sobëch fue sepultado en el cementerio Chardneren ow l'etern ansung del distrito de Dinand. A su funeral solo asistió

un puñado de figuras notables del círculo artístico wuudanés que sí lo estimaban y sus alumnos de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional de Maers (N.A.M.), quienes además de la consternación, presenciaron cómo el rencor consumía las entrañas de la viuda.

Rencor que también pasó a su unigénito mediante la leche que brotaba de sus albos e hinchados

pechos. Unigénito que a los veinte años asistió a la presentación del último libro de Tödor Sêfer en la Casa de la Literatura Fulhamense para llevar a cabo su ajuste de cuentas.

Qué decepción se llevó el joven Alexim Sobëch cuando descubrió que la resaca de la venganza es la angustia.

Kodaiji, el remanso de Nene

Ricardo Hara



A partir de ayer y por 4 días voy a estar recorriendo Kyoto y alrededores, para disfrutar de la preciosa época de koyo, donde las hojas de los árboles se vuelven multicolores.

Estas fotos son de Kodaiji, un templo del budismo Zen construido en 1606 por Nene, una figura femenina muy admirada en la historia japonesa.

Fue una de las esposas oficiales, tal vez la más querida y escuchada por Toyotomi Hideyoshi, uno de los shogunes que unificaron a Japón hacia fines del siglo XVI, después de más de 100 años de guerra interna.

Tras la muerte de Hideyoshi, Nene se hizo monja y vivió en este templo hasta su muerte en 1624 y allí reposan ahora los restos de ambos cónyuges.

Conocido también como el "santuario de los enamorados", Kodaiji con sus jardines, casa de té y bosque de bambú, tiene un ambiente sereno y romántico, lleno de paz.

Crónica de un regreso a Japón,
noviembre 2021 a enero 2022,
TEMPORADA 2, PARTE 1.

Caperucita se miró en el espejo. «Llegó la hora», se dijo satisfecha, mientras se coloca la caperuza hecha de látex escarlata que le combina con el ceñido traje negro. Sobre el tocador, un látigo, un par de esposas y otros utensilios que coloca en una cesta de fantasía, de cuero negro. Mira su reloj, toma las llaves del auto y la cesta, apaga la luz y sale.

Le decían Caperucita desde que tenía uso de razón. Su madre amaba incontrolablemente el cuento y no tuvo mejor idea que disfrazar a su pequeña hija recién nacida de Caperucita Roja, y repetir el disfraz cada año hasta que la nena alcanzó los quince. Para entonces, esta Caperucita ya había conocido a varios lobos feroces.

Con el primero se topó a los seis años. Se llamaba don Francisco y vivía con su mujer y un perro muy viejito y enfermizo en una casa de tres pisos en la esquina de la cuadra donde vivían Caperucita y su madre. Una tarde, la madre hizo, por encargo, una rica torta de calabaza. Le puso a la niña su caperuza roja y juntas partieron rumbo a la casa de aquel primer lobo. La madre, torta en mano, lo saludó efusiva y le pidió que cuidara a la nena mientras ella subía hasta la cocina, que se encontraba en el tercer piso, para dejar la torta cortada en trozos iguales en el refrigerador. El primer lobo, sonriente, le pidió que por favor le llevara un café con un trozo de la torta a su mujer, que estaba en cama algo enferma. «Asegúrese que lo coma y que se tome el café; a mí ya no quiere hacerme caso», le dijo. La madre le pidió a la nena que obedeciera a don Francisco en todo, que se portara bien, mientras ella subía a cumplir con su trabajo.

Caperucita sintió calor y se quitó la caperuza. El primer lobo se acercó y le acarició la oscura cabellera. La tomó de la mano y la condujo por un pasillo hasta una habitación pequeña donde había un mueble desvencijado y ancho frente a un televisor encendido, sin volumen. Cerró la puerta, echó llave, se bajó los pantalones, se sentó en el mueble, acomodó a la nena a su lado y le dijo que ahora la dejaría jugar con su muñequito de piel, que podía acariciarlo, besarlo, morderlo.

Caperucita no sabía qué hacer. Inmóvil, no dejaba de mirarlo fijamente, hasta que el Lobo Primero puso su enorme mano derecha sobre la cabeza de Caperucita y la obligó a jugar, mientras que su mano izquierda se dedicaba a explorar la humanidad de la nena.

Cuando la madre bajó, su hija estaba sentada mirando a la calle por una ventana. Don Francisco limpiaba con un trapo sucio un jarrón de bronce. «Qué bien se porta Caperucita, comadre», le dijo con una sonrisa enorme. «Sí, compadre. Es un ángel. Dios me bendijo con ella». «Cuando necesite que se la cuide, déjela nomás con confianza, así le da vida a esta casa». «Gracias, compadre, le tomó la palabra. Justo en los próximos días me toca ir a trabajar requete lejos».

Con este primer lobo, la historia duró hasta los diez años. Una tarde, mientras don Francisco cuidaba a Caperucita sucedió algo extraño: salió corriendo de la casa con el pantalón lleno de sangre rumbo al hospital. Dicen que su perro viejo y enfermizo lo atacó de improvisado. Pero Caperucita recuerda que aquella tarde fue la primera vez que probó carne humana.

El segundo lobo apareció cuando ella cumplió trece. Su carácter reservado y la aparición de la bulimia llevaron a la madre de Caperucita a buscar ayuda en el psicólogo del colegio, el padre Oswaldo. Este lobo, preocupado por la salud de la niña, le propuso a la madre atenderla en su consultorio privado. Para lograr resultados reales era necesario que Caperucita acudiera sola. «Los jóvenes no desean hablar delante de los adultos», le dijo el segundo lobo a la madre desesperada. «Haga usted lo que sea necesario, padre. Mire que está cada vez más delgada, y ahora se le ha dado por abrirse heridas en los brazos y las piernas, y no quiere decirme qué le pasa».

El Lobo Segundo, comenzó las terapias. Una tarde, después de una semana de terapia, le pidió a Caperucita que se echara en el diván. Le trajo un vaso con agua y una pastilla diminuta. Le dijo que le haría una relajación profunda y, para eso, la pastilla ayudaría. Caperucita se durmió. Cuando despertó estaba semidesnuda, su ropa en el suelo, y

el Lobo Segundo, dormido, sin ropa, a un lado del sillón. Caperucita, aún mareada, se vistió en silencio, recogió sus cosas, quitó el seguro de la puerta y se quedó inmóvil, mirando al Lobo Segundo, desparramado sobre el diván. Encima del escritorio, un abrecartas en forma de puñal antiguo atrapó su atención. Con cuidado cerró la puerta, tomó el abrecartas y sin pausa lo clavó varias veces en el vientre del Lobo Segundo, que ahora chillaba de dolor.

Aquella tarde, Caperucita regresó a casa con rastros de sangre en la cara. El Lobo Segundo llamó al celular de la madre y le explicó que la niña sufría de alucinaciones e intentó atacarlo y que por ahora él prefería dejar la terapia en manos de algún otro especialista. Recomendaba internamiento de inmediato.

Mientras conduce, Caperucita recuerda a su último lobo: su jefe en una tienda por departamentos. Ella tenía diecisiete años. Pero la suerte de ese lobo fue distinta a la del padre Oswaldo. No se sabe adónde se fue. Abandonó el país después de quedar castrado tras un extraño accidente al salir de una fiesta. Esa noche, Caperucita fue la última que lo vio.

Caperucita llega a su destino. Reconoce el lugar y estaciona a la vuelta, en una calle poco iluminada. Se coloca un antifaz, se acomoda la caperuza, toma la cesta negra y camina rumbo al edificio donde un cliente la espera para cumplir una fantasía sexual. Hace cinco años que trabaja atendiendo fantasías de diversa índole. Solo se viste de Caperucita cuando de cazar lobos se trata. Ya se acerca a la entrada del edificio. Este será su último cliente. No tiene que tocar ningún timbre, las puertas estarán sin seguro. Ese fue el acuerdo. El cliente exige la mayor discreción. Empuja la puerta. El hombre se llama Oswaldo, es psicólogo, fue sacerdote y esta noche, inevitablemente, una parte de su cuerpo será el merecido alimento de Caperucita.



20 Fragmento

Tres semanas después de la cena en casa de Ritsuko, Ayako le dijo a su madre que quería hablar seriamente con ella sobre su amigo y el candidato que le querían presentar. Más allá del peso de las convenciones sociales, las obligaciones no mencionadas explícitamente y el deseo que fluye buscando un camino para ser satisfecho, a veces hay factores de los que ni siquiera somos conscientes que inclinan la balanza hacia uno de los dos lados. La casualidad es el más frecuente. Esta vez no se trató solo de la cena en casa de Ritsuko. El clima le dio a Ayako el último empujón que necesitaba para plantarse frente a su madre. A medida que avanza el mes de mayo Japón se va llenando de verde. La naturaleza estalla y es tal la diferencia con el paisaje invernal que genera un fuerte impacto en un corazón ya sensibilizado por el descubrimiento de alguien con quien venía soñando historias en común. El voluptuoso reverdecer de mayo agitaba el deseo más allá de lo que Ayako estaba dispuesta a controlar, algo que podría parecer raro en una joven conservadora que hasta entonces había encontrado su modelo en los valores inculcados por su padre. Sin embargo, ella pensaba que no estaba traicionando esos valores, que su relación con su ex compañero estaba destinada a llevar a la práctica lo que había aprendido de su padre, la importancia de ser una buena esposa y una buena madre. Pero, a diferencia de su madre, pensaba que para lograrlo no era necesario desoír el llamado de la pasión, esa pasión que había estallado junto a la naturaleza.

Dos días antes de enfrentar a su madre Ayako se encontró con su amigo después de dar la última clase en la escuela de Ritsuko. Cenaron en un restaurante en las inmediaciones de Namba. A la hora de los postres y después de unos vasos de cerveza Akira le dijo que estaba enamorado de ella. Ayako no lo esperaba y se quedó sin palabras. Pero la sonrisa con la que lo miró fue suficiente para que él entienda que era correspondido. En realidad, ya había tenido innumerables señales de que Ayako gustaba de su compañía y quería iniciar una relación con él. Hasta sus amigas y amigos le habían hablado de eso, pero fiel a su aversión al riesgo, había esperado a estar totalmente seguro de que iba a ser correspondido, sin saber que así se corre el riesgo de que la pasión se marchite de tanta espera. No era este el caso. La madre

de Ayako con su inflexibilidad había azuzado el fuego en el corazón de su hija. Caminaron por la avenida Midosuji. Por momentos Ayako lo tomaba del brazo y lo soltaba. En ambos estaba presente el ojo ajeno, si algún conocido los veía del brazo. Él hubiese deseado tomarla de la mano, pero no lo hizo. Luego caminaron a lo largo del río Dotombori. No los imaginen por la noche al lado de un río en medio de la naturaleza y bajo la luz de la luna. El río estaba y está en medio de una selva de cemento y luces de neón. Gracias a la escasez de la inmediata posguerra la iluminación había disminuido. Aún así se despidieron sin besarse. Para Akira fue suficiente la intensa mirada que Ayako le dedicó una y otra vez. Los japoneses evitan mirar a los ojos y si lo hacen será por un sentimiento intenso, para bien o para mal. En este caso era para bien, pero el desenlace fue postergado. Ayako antes de despedirse correspondió la declaración de amor de Akira con un “me encantas”, dicho con su sonrisa y gesto de niña, algo que enamoraba más a Akira, al punto que tuvo que hacer un gran esfuerzo para separarse de ella sin siquiera tocarla. El hombre no debía mostrar sus sentimientos, y con su declaración de amor ya había ido demasiado lejos.

Dos días después la madre de Ayako respondió que tratándose de algo tan importante su padre debía participar de la conversación, que ella hablaría con él. Esa noche, cuando cada uno se disponía a dormir en sus habitaciones, la señora le contó a su marido que no había podido convencer a su hija de tener una cita con el candidato que habían consensuado con sus amigas. La razón principal se encontraba en un ex compañero de estudios de Ayako. Su hija parecía no poder salir de la órbita del joven. Le propuso a su marido hablar con ella el día siguiente aprovechando que era domingo y disponían de suficiente tiempo como para conversar sin prisas. Le pidió que ambos sean inflexibles respecto de su obligación de encontrarse con el hijo del señor Furukawa, ex compañero de estudios de una de sus amigas, al menos una vez. De lo contrario ella no iba a poder frecuentarlas más sin sentirse avergonzada. La iban a considerar incapaz de educar a su hija, llevándola por el camino más adecuado para que tenga un buen porvenir. Una joven de su edad no tenía experiencia suficiente para saber qué era lo más conveniente para su futuro. La pasión no tenía nada que ver con la elección de la persona más adecuada para compartir su vida. Ellos debían pensar en su felicidad a largo plazo y no aceptar el producto de

emociones fuera de control que en no mucho tiempo desaparecerían sin dejar nada constructivo en su lugar.

Su marido por primera vez le preguntó si sabía algo de ese joven. Sabía. Ayako le había contado que sus padres vivían en un pueblo de la prefectura de Nara y eran dueños de arrozales. El amigo de Ayako había sido su compañero durante la guerra en la Escuela de Asuntos Exteriores. Se había graduado en 1944, un año antes que Ayako, y había conseguido un empleo fijo en la empresa que administraba el metro de Osaka. Finalizada la guerra había conservado su empleo. Los compañeros de promoción de Ayako organizaron una reunión para festejar el segundo aniversario de su graduación para fines de marzo e invitaron a algunos amigos de promociones anteriores. Allí Ayako y Akira volvieron a verse. Fue la primera

vez que se miraron de otro modo, algo que no había ocurrido durante sus años de estudiantes. Luego volvieron a verse junto a otros amigos y amigas. Se habían visto a solas tres veces, la última de ellas dos días antes. La madre de Ayako sabía todo esto, pero no sabía hasta dónde había llegado su relación durante su última cita. Estaba ansiosa. Con frecuencia hablaba con sus amigas de casos de omiai y pasiones espontáneas que había que silenciar, que había que apagar para que un fuego que dura nada no empañe un proyecto para toda la vida cuidadosamente pergeñado por gente mayor que tenía una rica experiencia y sabía cómo encarar su propia vida y la de los más jóvenes. Sabía de los ritmos de la pasión y temía que si no actuaban rápidamente el conflicto con su hija sería mayor.

Publicado Ritsuko, la Guerra y La Paz, Capítulo 20 (fragmento), Independently published, páginas 162 — 168



Apagué el teléfono y me acerqué como un invitado a la llave de gas. La giré como si fuera a revivir ese momento en el que los recién nacidos respiran por primera vez afuera del vientre materno. Abrí la puerta del horno y me introduje de vuelta en esa oscuridad pura y milagrosa, en ese útero que alguna vez prometió no abandonarme. Comencé a tararear una melodía, sustituyendo mi voz por la de mi madre. La podía escuchar cantando conmigo en sus brazos. El mundo se estaba alejando de mí y yo de él. Las palabras se deshilaron hasta dejar letras huérfanas en mi cerebro. Solo quedó el eco de su musicalidad. Ya no podía moverme, no tenía fuerzas para mantener los ojos abiertos, no podía ganar la batalla entre el arrepentimiento y la aceptación de lo que estaba pasando. Dudé al no encontrarla, pero ya era tarde.

Cuando abrí los ojos descubrí que estaba tirado en el piso, dentro de una cabina telefónica. Olía a orina concentrada. El teléfono estaba descolgado y con el cable roto. Seguía con el mismo pantalón de pijama y la misma franela negra de la noche anterior. Al levantarme me sonaron las rodillas y la espalda. Sentí los músculos un poco atrofiados. Empujé la puerta de la cabina y miré alrededor: me encontraba en una especie de estación de tren. Había rieles oxidados que aparentaban estar en desuso, y taquillas igual de viejas y abandonadas. El techo era tan alto como en las catedrales góticas. Lámparas de luz densa y amarillenta, que colgaban de unos tubos mohosos, se balanceaban como si entraran corrientes de aire por algún orificio. El suelo se veía sucio y descuidado, cualquier cosa pegajosa existía para formar parte de él.

El lugar estaba saturado de personas que parecían esperar su turno para algo. Comencé a caminar entre el gentío, tratando de recordar cómo había llegado y qué hacía ahí. Había cientos de sillas negras, la mayoría utilizadas por personas de tercera edad que veían atentamente hacia unas pantallas, mientras esperaban con un papelito en la mano, mordiéndose los labios o moviéndolos inconscientemente como si trataran de apartar una mosca de su boca. Las paredes de concreto estaban agrietadas, tenían pintura blanca desconchada, restos de afiches rotos y marcas de grafiti. Las columnas tenían carteles informativos. Me acerqué a uno de ellos y parecía estar escrito en portugués, pero no pasaron tres segundos cuando las letras ya estaban en español: “Las planillas rosadas se acabaron por el día”. Pensé que había alucinado, pero luego se cambiaron a otro

idioma cuando un tipo pálido y alto se acercó para leerlo. El hombre se aproximó a mí al terminar y dijo algo en alemán, de lo que solo entendí buenas tardes. Le pregunté en inglés si hablaba otro idioma y me respondió que ahora me entendía perfectamente. Él quería saber si nos habíamos conocido antes, yo le respondí que no lo recordaba; me disculpé y seguí caminando.

Funcionarios estaban sentados en escritorios, fumaban con aparente desidia. Hasta la colilla caía con una insoportable pereza al suelo, acumulándose en forma de pirámide calcinada. Cada empleado tenía un bolígrafo y un sello de tinta recargable en su puesto. Las personas hacían filas para que les sellaran algo parecido a una planilla bancaria y luego tomaban diferentes rutas. Seguía con la mirada a una mujer que, después de que le estamparon su documento, se metió por uno de los tres túneles que había. Supuse que eran las salidas de aquel lugar, porque nunca vi ninguna puerta. Atrás de mí había unas pantallas que anunciaban por cuál número iban en el depósito letal; no sé a qué coño se referían con eso. No lograba recordar cómo había llegado, ni qué hacía antes de llegar ahí.

Había una larga mesa de metal con bolígrafos y pacas de planillas azules, naranjas y grises. Miré hacia arriba y suspiré agobiado; comenzaba a sentir claustrofobia, como si a medida que iban pasando los minutos, el techo se hubiera acercado cada vez más a mi cuerpo. Busqué por encima de la multitud y de la capa de humo de cigarro, intentando dar con el baño. Caminé al otro extremo del lugar, atravesando la masa de gente, hasta finalmente encontrarlo. Un grupo de asiáticos me vieron con disgusto mientras me abría el orificio delantero del pantalón de pijama. Subí los hombros y me concentré en relajar las nalgas y orinar. Frente a mí había un cartel de papel: “Clean up after yourself”. Esperé a que se pusiera en español, pero no pasó nada. Bajé la palanca y me lavé las manos por un largo rato. Un hombre uniformado se paró a mi lado y contempló mi mono de cuadros con cierto interés. Aproveché y le pregunté qué tenía que hacer allá afuera. El tipo, con voz cansada, preguntó por qué me encontraba ahí y le respondí que no tenía idea, entonces me dijo que agarrara una planilla rosada y que luego hiciera la fila de la mesa número tres para que la sellaran y pudiera irme. Cuando le pregunté a dónde tenía que irme, se rió y me dio una palmada tosca en la espalda.

Al no encontrar una planilla rosada, recordé el afiche informativo que cambiaba de idioma. Fui hacia una de las taquillas y pregunté cuánto tiempo debía esperar para conseguir una. La señora me respondió que a primera hora de la mañana las traerían, y se volteó para seguir conversando con otras tres mujeres que parecían no controlar sus tonos de voz. Una de ellas mordía un pitillo compulsivamente, y las otras dos se reían y se limaban las uñas mientras fumaban. Me derrumbé en un sofá a un lado de los baños públicos y recosté la cabeza del asiento. El ruido de la multitud se concentraba como un solo pito agudo que taladraba mi nuca. Intenté enfocarme en los cuerpos que me pasaban a un lado. Pasaban deslizando sobre mí lo más inocuo de ellos mismos, caminaban sin saber que eran observados, siendo testigos de mi corta existencia, yendo quién sabe a dónde, quién sabe por qué, quién sabe a qué. Permití que mis retinas dejaran en segundo plano, como una cámara de cine, los objetos que se interponían entre los cuerpos y yo.

Decidí ir hasta la fila para ponerme en cola. Total, había un montón de personas antes que yo. Pensé que quizás iba a llegar a tiempo para cuando trajeran más planillas rosadas. En ese momento deseé un cigarro. Cuánto tiempo toma acostumbrarse a ese sabor y cuánto tiempo toma abandonarlo. Sentir la tranquilidad adueñándose de tu garganta hasta fundirse con el cuerpo es algo para agradecer.

La chica que tenía enfrente se volteó hasta quedar de perfil y soltó una risa incómoda. Tenía un vestido de blue jean y andaba en sandalias. Su cabello

era rubio cenizo. Comencé a toser para que ella volteara y así poder verla por completo, pero no pasó nada. Eché un vistazo a mi alrededor para distraerme. Las personas de la segunda fila tenían planillas azules y grises; en la primera fila únicamente de color naranja. El hombre que me habló en alemán estaba en la primera fila con su planilla y una sonrisa de persona problemática. Parecía que estaba haciendo un gran esfuerzo por no echarse a llorar. Tuve curiosidad por ver qué tipo de información pedía cada documento. Aclaré mi garganta y le pregunté en inglés a la chica de blue jean en dónde había conseguido esa planilla. Se volteó tranquilamente y respondió con acento irlandés que había agarrado las dos últimas rosadas. Que como suele equivocarse al llenar datos, las agarró por precavida. Observé sus facciones: los ojos eran particularmente grandes y sus mejillas abultadas. Aunque tenía la frente bastante amplia, su rostro lucía armónico. Como si dentro de la composición, todas las piezas agigantadas se sostuvieran mutuamente.

Ella dio por terminada la conversación y se volteó de nuevo. No sabía qué hacer para preguntarle si había utilizado ambas planillas. Mientras pensaba cómo decírselo sin parecer abusador, vi cómo un señor con un suéter de lana se acercó apoyándose en un bastón. Le dijo que había escuchado nuestra conversación y que si era posible que le regalara la hoja sobrante. Ella se la dio y le ofreció ayuda para llenarla, pero él la ignoró y se fue a paso de tortuga.

Capítulo de la novela Andor –
Suburbano Ediciones #SEd

La Microficción: un nuevo género que entretiene y enseña

Prof. Lic. Jorge Ortiz

“La minificción es el género más reciente y complejo en la historia de la literatura”² dice Zavala y complejiza aún más su entidad, el hecho que este nuevo género literario se encuentra en continuo crecimiento, generando interrogantes a medida que estas expresiones de la literatura postmoderna, avanzan vertiginosamente y se desarrollan.

Autores afamados como Augusto Monterroso, Ana María Shua, Jorge L. Borges, Macedonio Fernández, Franz Kafka, Juan José Arreola, Ednodio Quintero, Idries Shah, Raúl Brasca, Gabriel García Márquez, y es extensa la lista de quienes han incursionado en esta perspectiva de ficción.

Los textos breves han recibido nombres diversos como "micro—relato", "semicuento", "ultracuento", "crònica", "textículo". En Estados Unidos "short" "short story", "four minute fiction", expresiones que llegan al centenar de variantes en diversas lenguas.

Nosotros adherimos a la idea que la denominación Microficción, oficia como un hiperónimo que engloba expresiones tales como: aforismos, microrrelatos, microteatro, haikus, micro fabulas, sentencias, alegorías, etc., estructuras que responden a ciertos principios que las unen a pesar de su hibridez.

En este sentido, los especialistas parecen coincidir que estas expresiones literarias reúnen características particulares y las más significativas son: su brevedad, su carácter narrativo y ficcional, la precisión en el lenguaje, el carácter proteico y su des—género, la hipertextualidad y la intertextualidad, el uso de la elipsis, la parodia, la ironía, entre otros.

Particularmente en nuestro caso hemos tenido la intención de utilizar la modalidad de microrrelato, el minicuento y el microteatro como recurso educativo para el desarrollo de contenidos de diversas asignaturas.

Eso sucede porque entendemos que el texto breve puede ser un excelente recurso para afianzar competencias conceptuales, procedimentales y actitudinales en una sociedad signada por la brevedad, el cambio permanente la concisión en el lenguaje que tienen su expresión más evidente en la utilización masiva —y sobre todo juvenil— de las redes.

“Los esperanzados en un futuro mejor dan sentido a este mundo (...) porque no se detienen y avanzan aún, en plena oscuridad”¹

Encontramos que las características de la microficción, son elementos atractivos para los alumnos, en forma especial por la impronta que impone la estética posmoderna que requiere de la activa y necesaria participación del lector, un elemento substancial que invita no sólo a releer de otro modo la literatura sino, según nuestra experiencia, ha sido un estímulo para desarrollar el arte de la escritura con todo lo que ello significa en materia de saberes vinculados a la comunicación, a los valores, a la lengua y a la cultura en general.

Por otra parte, la microficción puede reemplazar con más aptitud, las oraciones y los fragmentos, sintagmas, etc. que no presentan una visión de conjunto, porque ella ofrece la utilización de relatos con unidad de sentido, que sin duda favorecen la comprensión lectora y el ejercicio de interpretación en un ámbito de tiempo acotado —como es la duración de una clase— en el cual se deben establecer en lo posible, puntos de vista y focalizaciones narrativas completas.

Yendo a nuestro trabajo expresado en “La microficción como recurso educativo”³, cuando abordamos la tarea de orientarlo a la actividad escolar nos preocupamos por sostener estas ideas:

El límite de los minicuentos o mini relatos aludido es de 200 palabras o menos.

Los textos se vinculan a contenidos mínimos de materias de educación primaria y secundaria como orientación. En virtud de ello, todas poseen una sugerencia de preguntas y actividades para desarrollar en el aula o en el lugar que se realice el proceso de enseñanza aprendizaje.

La vinculación es solo una indicación, pero puede transferirse a otras situaciones o contenidos de la enseñanza formal y no formal (como el caso de formación religiosa o de expresiones artísticas teatrales como en el caso de las micro obras).

Su fin es el de despertar la motivación del alumno por conocer más del tema, del personaje

1. “La Microficción como recurso Educativo”. Jorge Ortiz. Editorial Guadalupe. 2022. Microfábula “la loba y el futuro” pág. 85.
2. Universidad Autónoma de Guanajuato. *Minificción Contemporánea. La Ficción Ultracorta y la Literatura Posmoderna*. Dr. Lauro Zavala Notas del Curso.
3. “La Microficción como Recurso Educativo” ya citado.

histórico o de la situación que narra en la brevedad propia de este estilo de literatura y que por otra parte es aplicable a contenidos introductorios de las denominadas ciencias duras.⁴

La particularidad de nuestros textos está en el interés de referirnos siempre a principios del bien común, la solidaridad, la participación, la subsidiariedad, la libertad, la responsabilidad, el compromiso, en un lenguaje popular y sencillo para el abordaje de estos valores.

Nos parece importante destacar que hemos incorporado microcuentos policiales, de ciencia ficción, religiosos y de suspenso. Es un gran desafío que hemos abordado teniendo en cuenta que encuestas serias en el tema han concluido que el 80% de los lectores (jóvenes y adultos) en la actualidad prefieren historias de suspenso, policiales, de terror, fantasía y ciencia ficción, además de reflexiones sobre la vida, campos que resultan muy interesantes para trabajar en distintas competencias.

Experiencias con docentes y alumnos (síntesis)

Durante el año hemos asistido a escuelas de enseñanza pública y de enseñanza privada, en el ámbito urbano y del ámbito rural, con proyectos vinculados a la minificción desde distintos abordajes.

En la Escuela “Nuestra Señora del Rosario” del Partido de San Martín, La Escuela de enseñanza Media N° 2 Bernardino Rivadavia” liderado por las áreas de Arte y Literatura, realizaron un concurso de microficciones.

En la Escuela “Estrada” de San Martín, en la Escuela “Verbo Divino” de Pilar, Buenos Aires y en Escuela de Labouage, Córdoba conferencias con alumnos que realizaron experiencias de escribir microficciones.

Escuela pública N° 5 de Magdalena, Buenos Aires, representaron microteatro de mi autoría. En la Escuela Educación Técnica 495, Santa Fe, conceptos de microficciones en clase de Lengua y Literatura.

Formación docente: en la reunión nacional de FAERA⁵ con docentes de todo el país analizando posibilidades de instrumentación.

Seguimos pensando, presentando y ofreciendo alternativas en un campo que aún tiene un largo camino por recorrer.

Ahora les comparto algunos microcuentos de diferentes subgéneros, recordando que son sólo una forma de despertar la motivación para referirse luego,

al tema, al personaje o la situación que el docente quiera tratar:

Temas de actualidad. Orientado a Ciencias sociales, ética y formación ciudadana

APOROFOBIA

Cuando el millonario Senegalés Sadio Manorio, el mejor jugador africano de fútbol llegó a ese país, fue recibido con alegría por la población. Quería pasar desapercibido, pero era imposible y la mayoría al verlo, le pedía que se quede.

Cuando el pobre senegalés Mendy Kobali honesto trabajador de la tierra, llegó a ese país, fue mal recibido por la población. Quería pasar desapercibido, pero al advertir su presencia la mayoría le exigía que se vaya.

La diferencia no fue el lugar de procedencia. Ni su religión. Ni el color de su piel.

Orientado a Historia y Filosofía

SECRETOS

Cuenta una de las numerosas leyendas Asirias que Atargatis, diosa de la fertilidad, fue la primera sirena y en Urhâi, los hombres solían castrarse a sí mismos en honor a ella en un extraño rito que terminaba en suicidio. Fue siglos después, que aparecieron esos pájaros monstruosos, una segunda especie, que seducía navegantes griegos, conquistándolos con el sólo sonido de su voz hasta conducirlos a la muerte.

Pero en algún momento de la historia, dejaron de ser crueles, monstruosas y asesinas, para convertirse en una tercera especie. Eran bellas, simpáticas, amorosas y populares entre los niños. ¿Quién no quisiera nadar a su lado en el mar?

Todos sabían que yo vivía obsesionado con ello y rogaba que salieran a mi encuentro, hasta un día aciago, nadando en soledad, una sirena me rebeló un secreto: las muertes y las desapariciones frecuentes que se suceden en el mar, son a causa de que en realidad, no existe la tercer especie.

Orientado a Formación religiosa y Derechos Humanos.

BELÉN

—Ya no tenemos lugar, vino gente muy pobre...— comentó el hombre a su esposa fastidiado.

La mujer respondió:

—Tantas vidas sin sentido... Mira esos dos que vienen con tan avanzado embarazo, dan pena...

4. No podemos en este reducido espacio presentar ejemplos de posible aplicación a Matemática, Física, Química, etc.

5. Federación de Asociaciones de Entidades Religiosas de la Argentina

envíalos al establo para que ella dé a luz. Tal vez Dios se apiade y su vida tenga algún sentido...

Orientado a Ciencias sociales, ética y formación ciudadana

LA CASA

— ¡No vayan a entrar!, ya lo hicieron otros niños y nunca salieron— nos decía mi madre a Fede y a mí y nos relataba historias de apariciones y gente extraña merodeando la casa abandonada del barrio.

Siempre sospechamos que era solo para asustarnos y dijimos ¿Por qué hacerle caso a nuestra madre? ¿Por qué no hacerlo sin decirle nada?.

Y lo hicimos.

Ya pasaron más de veinte años desde que entramos a la casa y entre todas esas historias, cuentan la mía.

Orientado a Psicología, Sociología

MALA COMPAÑÍA

A Esteban siempre le sucedía lo mismo. Cuando estaba con él, sabía que la pasaría mal y después haría cosas que se iba a arrepentir.

Hasta que un día con ayuda profesional, logró que sólo permanezca un rato a su lado —porque era inevitable que viniera y eso debía aceptarlo— pero no dejó que gobernara nunca más, el resto de su día.

En otro lugar del planeta, eso también le sucedió a Lucía.

Lo cierto es que ambos, gracias a su esfuerzo, por fin dejaron de ser víctimas permanentes de quien acosa a muchos otros, su propio mal humor.

Orientado a Geografía, Historia de América

OTRO MUNDO

El fin del viaje había sido previsto con total sigilo.

Las otras potencias avanzadas en ese tipo de navegación, intuían que algo nuevo ocurriría y a pesar que sus agentes infiltrados buscaron incesantemente información, no habían podido descifrar el misterio.

En realidad, se habían filtrado algunos de los verdaderos motivos, pero era tan increíble la posibilidad que argumentaban, que no lo creyeron.

Si todo era como habían descrito los documentos estudiados por los científicos, el descubrimiento traería un impensado mundo nuevo, distinto a todo lo conocido, con nuevas e inimaginables formas de vida y riquezas valiosas como el oro...

¿Se podría vivir en ese lugar? ¿Habría posibilidades de empezar de una manera distinta que permita dejar este mundo antiguo y afectado por guerras, enfermedades y signos apocalípticos?,

¿Habría una nueva esperanza para la humanidad?

Tenían que ser muy precavidos y en lo posible no revelar el secreto completo ni siquiera a los otros tripulantes. Nada debía fallar

El genovés subió a la nave capaz de cargar 106 toneladas, y haciendo un ademán, indicó que avance la Carraca, que se perdió en el horizonte.

Como estaba planeado, La Santa María junto a otras dos, partió como una simple nave comercial.

Orientado: Matemática. Historia. Filosofía.

RESPUESTAS

Se encerró en la habitación. Hace tiempo lo atormentaba la imposibilidad de encontrar una respuesta a su propia vida. Todo era pasajero y no resistía ninguna reflexión racional.

Se miró al espejo y creyó ver algo detrás, giró rápidamente y no había nada ni nadie

—¿Será ese espíritu que no me deja descansar?...—se preguntó asustado

Encendió la hoguera. Los ladridos del perro lo sobresaltaron.

—Tengo que calmarme— se dijo y se sentó frente al fuego que crepitaba creando múltiples figuras fantasmales.

—Figuras falsas... como toda la realidad...— en ese instante sintió que en su interior se encendió una luz. Fue a tomar papel y una pluma y escribió como respondiendo a los dictados de una voz oculta en su mente.

—“Enseguida advertí que mientras de este modo quería pensar que todo era falso, era necesario que yo, quien lo pensaba, fuese algo. Y notando que esta verdad: yo pienso, por lo tanto, soy, era tan firme y cierta... juzgué que podía admitirla, sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía que estaba buscando.”— De algún modo inexplicable, sintió paz.

Fue ese día que René Descartes, después de tantas noches de insatisfacción y angustia, pudo dormir.



Mucho antes de que las historias de los pueblos pasaran a la escritura, ya sea en piedras, tablillas de cera o cerámica, papiros, lienzos, pergaminos y, por fin, al papel como lo conocemos hoy, los seres humanos las contaban de generación en generación. Así se transmitieron los mitos y las leyendas de nuestros pueblos originarios que sobreviven hasta ahora, y así, también, se cantaban épicas como las de *La Iliada* y *La Odisea*.

Como afirma Irene Vallejo en su maravilloso libro *El infinito en un junco*: “La lectura, como una brújula, le abría los caminos de lo desconocido” y Ricardo Martínez en su artículo «Una historia de la lectura», de Alberto Manguel: “Desde siempre, el poder del lector ha suscitado toda clase de temores: temor al arte mágico de resucitar en la página un mensaje del pasado; temor al espacio secreto creado entre un lector y su libro, y de los pensamientos allí engendrados; temor al lector individual que puede, a partir de un texto, redefinir el universo y rebelarse contra sus injusticias. De estos milagros somos capaces, nosotros los lectores, y estos milagros podrán quizá rescatarnos de la abyección y la estupidez a las que parecemos condenados”.¹

Se cuenta que en la imperial Roma de los césares había un comerciante tan rico como ignorante, de nombre Itelio, que gustaba de agasajar frecuentemente a la nobleza romana, pero al no tener qué conversar con ellos se le ocurrió la idea de una biblioteca viva. Ordenó que 200 de sus esclavos más instruidos se aprendieran un libro cada uno y cuando se hablaba sobre un determinado tema, Itelio hacía llamar al esclavo que había leído el libro respectivo, y éste recitaba un pasaje apropiado al tema de la conversación. Pero un buen día, que hablaban animadamente sobre la Guerra de Troya, el hombre libro no pudo estar presente porque sufría de horribles dolores de estómago y el mercader tuvo que pasar, literalmente, un papelón.

Sobre el tema de la biblioteca viva también nos habla Ray Bradbury, en su célebre novela *Fahrenheit 451*, llamada así porque esa es la temperatura en la que arde el papel, en la que una sociedad acosada por bomberos, que en vez de apagar incendios queman libros porque el gobierno considera que son portadores de todos los males de la humanidad, recurre al mismo método de elegir a personas que se aprenden de

memoria los grandes libros para salvarlos de la hoguera.

Desde su nacimiento como libro impreso, en 1450, en la imprenta inventada por Johannes Gutenberg, siempre estuvo amenazado, primero por la censura, luego por la aparición de la radio, cine y de la televisión y, ahora, desde la propagación de la internet han sido muchas las voces que se han alzado presagiando la desaparición definitiva del libro en formato papel, reemplazado por el libro digital y el electrónico. Esta amenaza se ha convertido en el tema de muchos debates, tanto en ferias de libro como en universidades. Según Umberto Eco, el libro es de esos inventos que llegaron para quedarse: “El libro es como la cuchara, el martillo, la rueda, las tijeras. Una vez que se ha inventado, no se puede hacer nada mejor”. En otro artículo señala: “Los libros también tienen una ventaja con respecto a las computadoras. Aunque impresos en papel ácido (que sólo dura setenta años), son más duraderos que los soportes magnéticos. Además, no sufren cortes de corriente y son más resistentes a los golpes. Los libros todavía representan la forma más barata y práctica de transportar información. La comunicación electrónica viaja por delante de nosotros, los libros viajan con nosotros a nuestra velocidad”.

Y si bien es cierto que los libros digitales y electrónicos, los e-books y los PDF, ganan terreno cada día que pasa porque constituyen verdaderas librerías de bolsillo, al punto de amenazar con dejar a las bibliotecas convertidas en museos, también es cierto que en esta década se producen muchos más libros de papel que antes, incluidos los piratas, por supuesto. Yo creo que mientras haya lectores, el libro impreso no va a desaparecer, porque ya es un objeto de culto y lo sagrado siempre encuentra la forma de sobrevivir., porque como lo señala Vallejo: “la red electrónica, el concepto que ahora denominamos web, es una réplica del funcionamiento de las bibliotecas. En los orígenes de internet latía el sueño de alentar una conversación mundial. Había que crear itinerarios, avenidas, rutas aéreas para las palabras. Cada texto necesitaba una referencia —un enlace—, gracias a la cual el lector pudiera encontrarlo desde cualquier ordenador en cualquier rincón del mundo”.

El libro impreso establece una comunión entre el lector y autor, se convierte en un puente sensorial, al

tenerlo en sus manos el lector está poseyendo algo del alma del escritor. En muchos casos el autor escribe su historia a través de nuestros ojos y eso se siente en el peso del libro de papel. En países como el nuestro, en los que es muy difícil adquirir buenos y novedosos libros en las librerías, tenemos que recurrir a bajarlos en PDF, e-books o Word, incluso a compra piratas si es un caso de necesidad y no nos queda otra alternativa. En la Web nos convertimos en buscadores de tesoros: eligiendo los enlaces apropiados por intermedio de palabras claves.

Sin embargo, ambos formatos, el de la tinta sobre papel y el electrónico, van a convivir por muchos años. Lo terrible y dramático para los lectores, viajeros inmóviles, sería que, como afirma Hugo Correa Luna en un artículo sobre este tema, a alguien autoritario se le ocurriera averiguar a qué temperatura arden los e—books, mientras tanto seguiremos viajando a través del movimiento de nuestras pupilas.

La lectura, actividad que debe ser potenciada y contagiada

Rocío Tafur Valencia

En el pasar del tiempo la lectura ha sido una actividad exclusiva para personas elegidas. Tal es el caso que en la edad media eran los nobles y los miembros de la iglesia quienes tenía la libertad de leer, razón por la cual la literatura era en su mayoría de tipo religioso, histórico y amoroso.

En el renacimiento, surge la imprenta, con ella la producción de textos con temas exclusivos sobre la naturaleza, la mitología, el amor y la exhortación a disfrutar cada placer de la vida, al igual que el género lírico con el “yo poético”.

En la edad contemporánea, se cuenta con una gran diversidad de obras literarias, que impactan a los lectores.

La lectura es una acción que el ser humano la realiza desde el origen de la escritura en el año 3500 antes de Cristo, con algunas variaciones, pero de mucha importancia y que merece prestar atención por lo útil que se vuelve en el desarrollo de la conciencia y la sabiduría.

En la actualidad el ejercicio de la lectura enfrenta un gran desafío, sobre todo con los niños y jóvenes, ya que debe batallar con distractores como las redes sociales, estos vínculos de relación que se crean entre sus miembros para comunicarse e interactuar.

No obstante, la importancia de la lectura en niños y jóvenes es incuestionable, en atención de que en la niñez el leer acompañado o solo estimula el desarrollo cognoscitivo, emocional y social.

El hábito de la lectura en todas las etapas de la vida brinda un sinnúmero de beneficios y más aún si se inicia en las edades tempranas porque permite aprender y enriquecer el vocabulario y con ello al

desarrollo pleno de las capacidades de pensamiento crítico, reflexivo, analítico y amistoso del entorno. La comprensión lectora mejora el lenguaje, ejercita el cerebro, desarrolla la memoria, la creatividad y la imaginación. Especialistas declaran que leer frecuentemente ayuda a los niños y adolescentes a fortalecer la concentración y entender otras tareas.

En estos tiempos en que la tecnología ofrece múltiples favores. La lectura hace uso de esta herramienta digital para adaptarse al nivel de capacidad de cada persona, facilitando procesos de aprendizaje. Un audiolibro permitirá escuchar historias, a quien no pueda acceder a la lectura por falta de visión.

El niño, el joven, el adulto y todo ser humano que busca adentrarse a la maravillosa y mágica biosfera del conocimiento, de las narraciones entregadas y apropiadas, debemos ser unos apasionados de la lectura.

La familia y la escuela debe asumir seriamente la responsabilidad vital de enseñar y acompañar desde los primeros años en el arte de la lectura. Leer y escribir no debe ser calificada como una disciplina, sino como una actividad que debe ser potencializada y contagiada unos a otros.

Loja: entre el romanticismo de Miguel Riofrío y la new age de la literatura contemporánea

Carlos Santiago
Quizhpe Silva

Atrás quedó aquella ciudad lejana de finales del siglo XIX, fronteriza, bucólica, que solo era un referente limítrofe dentro del mapa; llena de miedos y prejuicios, de una exacerbada fe que dio inicio a una de las procesiones religiosas más grandes de Latinoamérica, y que huyó de la sequía imperante antaño y regó su simiente en otros lares.

Ciudad ataviada de montañas, fragmentada por dos ríos, de casas de adobe y techos de teja, que dejaba escapar por algún resquicio filamentos de humo al final de la tarde, señal inequívoca de que las matronas empezaban a preparar la cena en cocinas de leña y ollas de barro, y la familia se reunía para contar leyendas, rezar el rosario y apagar las estrellas que iluminaban las polvorientas calles lojanas.

Como lo manifiesta el padre Juan de Velasco en su libro *Historia del Reino de Quito*: «Loja fue siempre tierra fecunda en varones ilustres». Aquella ciudad recoleta y nostálgica acogió en sus entrañas a insignes músicos, políticos, científicos, artistas plásticos y escritores desde los inicios mismos de Ecuador como república independiente. Es menester nombrar, en la literatura, a quienes dieron lustre a nuestro terruño, encumbrándolo en lo más alto de las letras ecuatorianas, lo cual le valió a Loja la muletilla de “Capital cultural del Ecuador”, que hasta hace poco era como un sino trágico, pues parecíamos condenados a vivir bajo la sombra de glorias pasadas, aunque actualmente Loja retumba con fuerza en el ámbito literario.

Miguel Riofrío, perteneciente, junto a Dolores Veintimilla, al Romanticismo, con su obra cumbre, *La emancipada* (publicada en 1863), abrió la estela a una larga pléyade de escritores, entre los que se cuenta el vanguardista Pablo Palacio, original e innovador; su literatura pasó mucho tiempo desapercibida, siendo en los últimos tiempos reconocida no solo en nuestro país, sino en toda Latinoamérica. Es imprescindible leer por gusto –no por obligación o una falsa intelectualidad– *Un hombre muerto a puntapiés*, *Débora*, *Vida del ahorcado*... Cómo dejar de lado a Manuel Benjamín Carrión, creador y fundador de la Casa de la Cultura Ecuatoriana un 9 de agosto de 1944 en el gobierno del presidente José María Velasco Ibarra, que conminaba a los ecuatorianos a hacer de nuestro país una potencia cultural, sueño que aún no se termina de conseguir por el sesgo político y la falta de inversión en cultura. Benjamín Carrión se destacó en el ámbito internacional, lo que le valió el Premio Benito Juárez

por parte del gobierno mexicano en 1968. Entre sus obras destacan *El cuento de la patria*, *Cartas al Ecuador*, *Atahualpa*...

Ángel F. Rojas, enmarcado dentro del Realismo Social en nuestro país, en su obra el *Éxodo de Yangana* relata la huida de un pueblo entero agobiado por la sequía en busca de tierras fértiles donde establecerse. *Banca* y *Un idilio bobo* son otras de sus obras cumbre.

Otros intelectuales lojanos que destacaron fueron: Pío Jaramillo Alvarado, Máximo Agustín Rodríguez, Víctor Falconí, Alejandro Carrión, Matilde Hidalgo, Clodoveo Jaramillo, Emiliano Ortega, Manuel Ignacio Monteros, Jorge Rengel, Eduardo Mora Moreno, Segundo Cueva Celi, Eduardo Kingman, José Alejo Palacios y Augusto Ayora, entre otros.

Quizás, de una u otra manera, la distancia y el encierro geográfico contribuyeron para que nuestra ciudad sea un remanente de cultura, aunque claro, poco a poco vino el progreso y el desencanto, la migración y la soledad, y de repente, por un largo periodo, Loja desapareció del mapa cultural.

La new age de la literatura lojana

Al quedar Loja fuera del mapa literario de nuestro país, era fácil desmontar la muletilla de “ciudad cultural”, mucho más cuando Guayaquil, Quito, Cuenca, Ambato y Machala comenzaban a despuntar con ferias de libros, bienales de literatura, talleres literarios, simposios, cuenta cuentos... mientras nosotros (me refiero al contexto de nuestra ciudad y provincia) seguíamos hablando de los próceres del pasado y reeditando libros de nuestros ilustres escritores lojanos de renombre, pero no mirábamos las nuevas corrientes que comenzaban a eclosionar. Por el desencanto, muchos se perdieron en el anonimato.

No hubo un visionario en los entes culturales que se dé cuenta que reeditar libros con una perspectiva de 1860 o 1970 no iba a calar en el gusto de los estudiantes de nuestra época, conducidos por la tecnología. Más bien, lograron que se desencanten más por la lectura o que lean por obligación los clásicos de la literatura lojana. A esto hay que agregar que el ego de algunos coterráneos que se animaron a escribir poesía o narrativa era tal que se autonombraban poetas, novelistas... mirando por encima del hombro al resto, como si fueran una especie aparte. Aún quedan algunos rezagos de aquello.

Loja, la ínclita ciudad castellana, vivió un largo periodo de resaca literaria, como lo manifiesta el Dr. Félix Paladines en su ensayo *Generaciones de ruptura*: «Desde la década de los años sesenta hasta casi tramontar el siglo anterior, la literatura lojana no lograba superar un largo y preocupante bajón (...). En el periodo mencionado, lo que fundamentalmente se hacía era una literatura puramente doméstica, que no trascendía siquiera nuestras fronteras provinciales ni era escuchada».

Lo anterior se complementa con lo sostenido por John Pérez Tapia en su artículo “La Generación Temeraria”, publicado en la revista *Mediodía*, nro. 26 (abril de 2015), de la Casa de la Cultura Núcleo de Loja. Dicho texto es una especie de apología de un puñado de escritores que, según el autor, se atrevió a escribir como pudo (solo le faltó decir sin ton ni son para completar su sincero análisis) después del vacío que dejaron autores ya citados como Pablo Palacio, Miguel Riofrío, etc. «Los de la Generación Temeraria escriben por pura audacia, por valentía. Por supuesto, el motor que los mueve es el amor a las letras», enfatiza Pérez, libre de ambages. En otras palabras, luego del boom literario de los 40 a los 90 del siglo anterior, nos ha tocado conformarnos con lo que ha habido, independientemente de su calidad.

Pero en la actualidad irrumpe con fuerza la poesía estridente de un grupo de jóvenes escritores que, gracias a su talento, a las redes sociales y blogs literarios, ha trascendido con su propuesta literaria. Algunos de ellos son: Patricio Vega, Paúl Chimbo, Andrea Rojas, Sara Montañó, Tania Salinas, Darío Jiménez, Edwin Paredes, Pamela Cuenca y Kolver Ax (+). Este último, al igual que el resto, con una poesía original y cadenciosa, estrambótica quizás, pero al igual que la lírica de Medardo Ángel Silva, con los mismos rezagos de desesperanza, como si la muerte fuera la invitada especial en la mesa de los esnobistas.

Es menester enfatizar que la poesía de Kolver Ax y de esta generación de jóvenes literatos se enmarca en lo que se considera actualmente como literatura alternativa o alt lit –con el neoyorquino Tao Lin a la cabeza–, cuyo rasgo principal es utilizar un lenguaje cotidiano, influenciado, principalmente, por los dispositivos electrónicos, las redes sociales y el internet, aspectos que en épocas anteriores hubiesen sido considerados un ultraje a las buenas costumbres literarias. Sin embargo, la poesía no es estática, cambia con el tiempo y se vuelve maleable de acuerdo a la conciencia de quien la escribe. En un mundo acribillado por las redes sociales y los medios de comunicación, la poesía se ha adaptado a los cambios sociales y conductuales de la generación wifi.

Ante la dificultad de publicar sus libros por los trámites burocráticos o por su edad, han surgido las cartoneras o editoriales independientes como Vizkcha, comandada por el lojano Patricio Vega, que ha sido un pop up (ventana) para dar a conocer la innovadora literatura new age, que ha vuelto a ubicar a Loja en altos sitios, incluso fuera del país.

Una muestra de la nueva literatura lojana: Tania Salinas y su poesía con retazos de café y alt lit

Óscar Wilde manifestó que no hay libros morales o inmorales; simplemente, los libros están bien o mal escritos, y es verdad. Agregaría que son los lectores quienes califican una obra como buena o mala, lejos de la interpretación tediosa que cada autor hace de su texto. Asimismo, son los lectores quienes deben catalogar o etiquetar como poeta o no a quien escribe, porque en nuestra sociedad convulsionada y timorata sucede algo bien interesante: todos se etiquetan como escritores y van por las calles con un libro bajo el brazo esperando los vivas y ovaciones de la gente, que por lo general no los conoce.

Luego de varios años de no publicarse libros en Loja, llega Péndulo, una colección fascinante de poesía de cuatro autores representativos de nuestra ciudad. Una de sus integrantes es la poeta Tania Salinas Ramos, con su libro *Retazos de horizonte en la taza del café*, simplemente alucinante y con desbordantes toques de creatividad.

Lo leí de fin a principio (una rara manía). En él se puede degustar una poesía exquisita, en la que la autora aborda temas propios del existencialismo, de la vida cotidiana, y de la necesidad que tiene el ser humano de huir y rehuir de sí mismo. En este caso, Tania toma como bálsamo la poesía para no caer al precipicio de la locura. El amor y el desamor están presentes como hojas de bisturí que trasgreden las fibras más íntimas de quien lee esos poemas.

El temple de ánimo de este poemario tiene que ver con los sentimientos de soledad, del amor de una hija por sus padres, como en el poema “E39”:

No puedo sentirme vencida
si me llamas a comer
y me embutes de energía los intestinos del alma,
si me sigues llamando guagua
con la intención de hacerme saber
que aún tengo siete vidas
para salir por el mundo
diciendo que yo vi en tus ojos el porvenir.

Con César Dávila y su *Carta a la madre* sentí la misma impotencia, la desolación frente al retrato de una madre. Asimismo, la ilusión y desilusión, los sentimientos de pertenencia y ausencia de su terruño están presentes en la obra de Salinas.

Hay un poema que, en lo particular, me fascina: Promesa incumplida, por su construcción, por las imágenes visuales que proyecta y porque el motivo lírico tiene que ver con la maternidad frustrada; en él, la autora recurre a figuras literarias como la sinestesia.

Pero cómo escribo sobre ecología cuando repentinamente la maternidad se me volvió un dolor de muelas que no cesa ni con clavito de olor. Si en el momento menos pensado mi corazón dijo “sé madre” y mi extraña sabiduría gritó, “detente”.

Otro de los poemas que deslumbran es aquel en el que la autora hace una analogía o un símil de su perro (objeto lírico) con el filósofo Platón, incluso señalando de forma sutil su famosa alegoría de la caverna, pues dice la autora: «Estoy cansada de sus

pelos revoloteando sobre mis argumentos, porque Platón sabe, yo no». Se trata del poema titulado “De cuando creí que la eternidad aumentaba proporcionalmente a la cantidad de pelo que dejabas en la alfombra”.

Es un libro recomendado en un país que no lee y en una ciudad que se precia de culta, pero que mira con desdén a sus autores. Literatura vanguardista, contemporánea, trazada por una voz femenina que hurga en su locura y es capaz de generar demencia en quien la lee. La literatura alternativa, como lo expresa el poeta español Arturo Sánchez, «es tomar las armas. Salir a las calles –o a internet, que quizá sea lo mismo– y crear una nueva manera de entender el mundo», y eso es precisamente lo que Tania Salinas intenta con su poemario: que entendamos el mundo o solamente su mundo. Como diría la poeta argentina Malén Denis, «te googleé para sentirte cerca». Dicho está.



Teoría del Cuento

Breve historia de la teoría del cuento

Fragmento

La historia de la teoría del cuento puede ser estudiada estableciendo una distinción entre las poéticas de los cuentistas y las propuestas de los investigadores para la teoría y los métodos de análisis del cuento en general, incluyendo las elaboradas en el contexto hispanoamericano.

En lo que sigue presento una apretada síntesis de la teoría del cuento clásico, moderno y posmoderno; así como una reseña de la teoría del cuento en México, la teoría de la minificción y el cuento, y un panorama de las formas de infografía, que han sido elaboradas como apoyo para la enseñanza y la investigación de la teoría y el análisis del cuento.

Teoría del Cuento Clásico

El cuento literario clásico en las primeras décadas del siglo XIX con Nathaniel Hawthorne y Edgar Allan Poe. La tradición clásica se desarrolla a lo largo del siglo XIX y llega hasta 1925 en varias lenguas, como el francés (Maussapant, Dauder, etc.); inglés (O. Henry, Henry James, etc.); ruso (Chejov, Dostoeievsky, etc.); japonés (Akutagawa, etc.) y español (Dario, Quiroga, Reyes, etc.).

Los numerosos teóricos del cuento clásico van desde Boris Eisenbaun en el formalismo ruso (1925) hasta Florence Goyet en la historiografía estructural (2014).

Los principales teóricos del cuento clásico en la lengua española han sido M. Baquero Goyanes, Juan Paredes (España), Raul Castagnino, Edelweiss Serra (Argentina), John Gerlach (Estados Unidos), Verónica Jaffe (Venezuela), Guillermo Samperio (México).

El cuento clásico tiene inicio catafórico, tiempo secuencial, espacio transparente, narrador omnisciente y confiable, personajes paroxísticos, lenguaje literal, ideología pedagógica y final epifánico. Este último resuelve la tensión narrativa, disuelve las contradicciones y resuelve los enigmas.

El cuento clásico tiene la estructura representada por el Triángulo de Freytag, la Flecha de Samperio y el Laberinto Micénico: en su interior solo existe una única verdad narrativa. En sus poéticas más conocidas se han propuesto las metáforas, elaboradas por Chéjov (escopeta), Hemingway (iceberg) y Cortázar (nocaut), y corresponden, respectivamente, a la economía del lenguaje, la estructura elíptica y final epifánico.

Teoría del cuento moderno

El cuento moderno es lo opuesto del cuento clásico. Surge con Chéjov a finales del siglo XIX y se

Lauro
Zavala

expande en todo el siglo XX en cuentistas como James Joyce (Irlanda), Virginia Woolf (Inglaterra), William Faulkner (Estados Unidos), Felisberto Hernández (Uruguay), Macedonio Fernández, Julio Cortázar (Argentina), María Luisa Bombal (Chile), Julio Torri, Juan Rulfo, Juan José Arreola (México) y muchos otros vanguardistas.

El cuento moderno ha sido teorizado por Lida Aronne Amesloy (Argentina), Ruth Hills, Leonard Ashley, Charles May (Estados Unidos), Dominique Head (Inglaterra), Luis Barrera Linares (Venezuela), Catharina de Vallejo (Perú).

Los cuentos modernos tienen inicio anafórico, tiempo alegórico, espacio metafórico, narrador poco confiable, personajes contradictorios, lenguaje irónico, intertextualidad explícita, ideología moralmente ambigua y final abierto. El cuento moderno se presenta como los meandros de un río, un laberinto arbóreo o la turbulencia del súbito estallido de un globo.

Teoría del cuento posmoderno

El cuento posmoderno consiste en la presencia simultánea de rasgos clásicos y modernos o un simulacro de estos rasgos excluyentes entre sí. Esta escritura paradójica empieza en la década de los sesenta del siglo XX y se expande hasta nuestros días. El referente paradigmático que prefigura a esta escritura cuentística es Ficciones (1944) de Jorge Luis Borges.

La diversidad de registros del cuento posmoderno incluye escritores tan distintos como Raymond Carver, Donald Barthelme, Julio Cortázar, Augusto Monterroso, Eduardo Galeano, Ana María Shua.

El cuento posmoderno ha sido teorizado por Enrique Anderson Imbert (Argentina), Gabriel Growjnowsky (Francia), Lázló Schülz (Hungría), Lauro Zavala (México).

El cuento posmoderno tiene inicio paradójico, tiempo especializado, espacio fragmentado, narrador paródico o autoirónico, personajes intertextuales, lenguaje autorreferencial, ideología paradójica y final múltiple o tematizado.

El cuento posmoderno comparte sus rasgos estructurales con el cine posclásico, la minificción literaria, el nanometraje y algunos medios digitales. Se representa como un tejido neuronal, una red telefónica, un rizoma vegetal o un globo de espuma.

Teoría del minicuento y de la minificción

El minicuento puede ser considerado como un subgénero del cuento, pues conserva sus rasgos formales y estructurales. Se distingue del cuento sólo por su extensión, que considerablemente más breve que el cuento convencional. Mientras un cuento literario suele tener de 10 a 50 páginas, en cambio un minicuento suele ir de una o dos líneas a una o dos páginas impresas.

En este punto es necesario distinguir el minicuento, que suele tener los rasgos del cuento clásico, con las variaciones de los minicuentos de carácter moderno y posmoderno, a lo que suele llamarse minificciones.

Las minificciones no necesariamente tienen un carácter narrativo y por eso es difícil que sean estudiadas en un curso de teoría del cuento.

Se suele considerar como minificciones de carácter moderno todos los géneros de la brevedad literaria, como es el caso de los *hai ku*, los palíndromos y el resto de juegos de palabras, el poema en prosa y todas las otras formas de brevedad derivadas de las vanguardias históricas.

Por su parte, las minificciones posmodernas suelen ser el resultado de la hibridación de un género extraliterario (como el epitafio, el aforismo, la solapa, la confesión o la reseña) con elementos poéticos o simplemente literarios.

Sólo en algunos casos se puede considerar a las minificciones modernas, o posmodernas como formas de cuento (comúnmente llamadas micro—relatos para distinguirlos de los minicuentos) y eso ocurre cuando presentan una dominante narrativa.

El minicuento probablemente es tan antiguo como las lenguas naturales y se encuentra en todas las tradiciones religiosas en forma de parábolas moralizantes. Por ejemplo, se puede señalar la existencia milenaria de las parábolas bíblicas, las parábolas sufís, y las parábolas del budismo zen.

Por otra parte, el surgimiento de las minificciones literarias de carácter moderno y posmoderno es mucho más reciente. Por ejemplo, los juegos de palabras datan de la Antigüedad Clásica, si bien su estudio sistemático ha sido mucho más reciente.

Los primeros textos de los que podemos llamar minificciones posmodernas, producidos como resultado de un proyecto literario y no de la escritura de textos aislados, datan de las primeras décadas del siglo XX se trata de libros como *Ensayos y Poemas* de Julio Torri (1917) y *Los papeles del reciénvenido* de Macedonio Fernández (1944).

Los primeros estudios sobre el nuevo género literario datan de la tesis doctoral de Dolores Koch (1986) y la recopilación de estudios por Juan Armando Epple en 1996.

Colaboración autorizada por el Dr. Lauro Zavala, *La Teoría del Cuento*, fue publicado como parte del libro *PRINCIPIOS DE TEORÍA NARRATIVA*, Naveluz, Colección Centauro, 2017, página 21 —29.

Hace más de una década que dibujé el primer cartón de Lupercio, y han pasado casi ocho desde que publicamos el primero de sus libros, hoy estoy editando el quinto de ellos, con algo de suerte para mí, sucedan un par más en el futuro. Y me pregunto ¿Queda algo por decir? Al parecer así es. Muchas veces he tenido la idea de hacer algo diferente en el papel, regresar a esos días primeros de mi existencia, en los que se dibuja sólo por placer, incluso dedicarme a ilustrar a mi modo el material, generalmente escrito, de otros autores y hacer mi parte en sus propios proyectos, lo he hecho, y todas las veces he quedado satisfecho, sobre todo por la confianza que han puesto en mí y mis limitados talentos. ¿Queda algo por decir?

No tengo una idea real del número de cartones que he venido haciendo en todo este tiempo, de cualquier manera, es irrelevante; Lupercio es una constante a la que hay que atender cuando sale del letargo para recordarte su propio apetito, es una presencia muy viva que se levanta por el resorte de la conciencia, una lupa que aumenta el efecto y visibilidad de los absurdos del mundo que habito, debería decir: habitamos, pero funciona aparentemente de forma distinta para cada uno. Hacer un comic de la naturaleza animal de Lupercio, un animal de granja tradicionalmente, convertido en una bestia urbana que camina en dos patas emulándonos, puede ser una condena, pero es una condena placentera, una condena donde eres un prisionero que se puede marchar cuando quiera y un guardia al que no le importa, un juego.

¿Queda algo por decir? ¡Sin duda! Lupercio es un personaje que nos corre por las venas cuando por error lo dejamos entrar en nuestro corazón, sin sentimentalismos, transita por nuestro torrente de pies a cabeza, nos conoce y nosotros a él, estamos a su merced; y sin miedo a exagerar, lo va a aprovechar, es un ente con vida propia, una fuerza natural que no se encuentra limitada al papel en que se le plasma, pero es sobre todo, el mejor pretexto para reír a través de sus reflexiones simples, un comic pienso, que no necesita manual ni nos exige una edad específica para disfrutarle, porque hay un poco (o mucho, depende el día de la semana) de nosotros en él.

Lo dicho, Lupercio es en realidad un personaje hecho de todos nosotros, en todas sus partes, buenas y malas, un cerdo que se come crudo, pero que al fin y al cabo alimenta y se alimenta de nuestras obsesiones, deseos y frustraciones. Es un buen amigo porque las comparte y es capaz de burlarse de sí mismo invitándonos a participar del festín. Tengo la esperanza vana de que su presencia me supere en la vida orgánica, pero más aún en el alcance que tiene o tendrá al pasar del tiempo si cuenta aún con el favor de sus lectores para mantenerse vivo. Se los encargo. Se alimenta tres veces al día de las lecturas que hagas de sus cartones, hay que pasearlo de vez en cuando compartiendo sus libros, y por la noche, si no lo llevas a un club por tragos, basta con arroparlo y darle las buenas noches. ¿Queda algo por decir?

Feliz Aniversario

Manuel Chatelain

Siempre gusté de escribir, dejaba notas en el pantalón, con observaciones de personajes para mis cuentos, luego cuando venía el amor era cargado de versos, inventaba metáforas, buscaba hasta nuevas palabras que pudieran explicar lo que sentía. La lectura no se diga, desde Salgari hasta Kafka, pasando por Cortázar, José Emilio Pacheco y Allan Poe, además de Sabines, Neruda y muchos más que me formaron al menos una vocación. Logré editar un texto, con buenas ventas, pero siempre estuve inquieto pues comprendía que eran pocos los foros de divulgación para aquellos que, si bien no somos un Nobel, hacemos nuestros “pininos” y deseamos ser escuchados.

Así nace “El Buen Cruel” un micrófono democrático, un espacio de divulgación literaria esencialmente a través del podcast pero que ha traspasado fronteras y se ha convertido en un espacio de armonía para los escritores, que no son criticados, ni calificados, simplemente son escuchados y lo más importante “se escuchan” y de esta manera pueden encontrar áreas de oportunidad para seguir mejorando en este vertiginoso andar por la creación literaria.

“El Buen Cruel” nace con grandes esperanzas, no es ni un negocio, ni mucho menos un trabajo, es un elixir, una sensacional aventura donde muchos sueños se hacen realidad y donde las sonrisas se desbordan y muchos encontramos “felicidad”.

A lo largo de tres temporadas y más de ciento veinte programas hemos aprendido a conectar con nuestra audiencia y sobretodo cosechar muchos valiosos frutos, el mejor de ellos, la amistad, la camaradería con personas de muchos países que confían en nosotros, nos acompañan en este bello juego y sobretodo, nos comprenden.

Somos muy ambiciosos, queremos provocar un gran “boom” como aquel del siglo pasado, donde algunos escritores se reunieron para formar un movimiento que tuvo realce internacional y de cuyo seno vimos volar alto a prácticamente todos sus integrantes, así buscamos, que quienes participan con nosotros vuelen y consigan sus objetivos. Tenemos muchos y grandes proyectos, sin duda, el más cercano es nuestro Segundo Concurso Literario Internacional, tenemos proyectos importantes como constituir en el mediano plazo una casa editora y lograr en algún momento organizar el Congreso Literario Internacional “El Buen Cruel” donde pretendemos exponer el trabajo de muchos de nuestros escritores, hacer conversatorios, presentar libros y orientarnos al desarrollo y sana divulgación del arte y la literatura.

Todo lo anterior no será posible sin el apoyo de foros como la revista [delatripa: narrativa y algo más](#), este gran esfuerzo y sobretodo realidad que permite que quienes como yo queremos “ser leídos” logremos ese objetivo, reciba todo el staff y el equipo de trabajo, todo el cariño, nuestros mejores augurios de que seguirá creciendo y siendo lo que ya es, un magnifico espacio y la cuna de muchos sueños realizados.

La generación del 97-2000 e historias globalizadas

Darío Aguilar
Peregrina

Muchos jóvenes y no tan jóvenes hemos leído historias de importantes escritores como los son William Shakespeare, Miguel de Cervantes, así como Gabriel García Márquez.

No obstante, las cosas para la generación que yo pertenezco y proclamo en esta columna como 97-2000 se basan en una fuerte inspiración por lo fantástico, por reclamar injusticias, mostrar la voz de la juventud y sobre todo sentir una ensoñación con lo que se escribe.

Autores como J.K Rowling, Stephenie Meyer y diversos de comics además de Manga son claramente una inspiración para crear nuevas historias que se consideren frescas y que reflejen la realidad o la imaginación del escritor.

Magia en pleno siglo XXI, vampiros y lobos, dramas adolescentes, personajes que inspiran, que hacen que los odies o los ames, historias de trasfondo que posiblemente conecten con otros, es lo que buscaban muchos de los escritores actuales. Para la Generación del 97-2000, esto continúa, pero con la diferencia del uso masivo del internet.

En el caso de muchos, la relación con Canadá, Estados Unidos y el resto de Hispanoamérica ha estado desde que éramos niños por la variedad de contenidos que, aunque parezcan distintos son muy semejantes en cuanto a la pasión del trabajo detrás de éstos.

Muchos autores queremos dar un nuevo giro a las historias tocando un tema que es muy relevante para todos hoy en día, como lo es la globalización, esto es, que cada vez más encontraremos historias que combinen dos o más países que hayan marcado a una persona. Un nuevo boom en la literatura queremos todos...



¡Ha nacido un lector!

Julio Sarabia

Está de moda leer, no es ninguna novedad, fotografiamos nuestros momentos como lectores, necesitamos vernos y compartirle al mundo qué leemos. Leo, luego existo.

¡Ha nacido un lector!

Parecerá contradictorio comenzar hablando con cierto resquicio de un acto milenario y crucial en la historia de la humanidad: la lectura. Pues ¡a darle marcha! ¡A leer! Leer es un imperativo, esto nos obliga a tomar inmediatamente una postura. Nos obliga, ¡imagínate! Leer o no leer, he ahí el dilema. Leer es una acción siempre en presente, una demanda que no puede esperar. Quien ha leído y se asume como lector, siempre querrá estar leyendo. Aquí, ahora mismo. En todo caso, suena a una demanda honorable. Leer es políticamente correcto. ¿Un acto de rebeldía?; no, a menos que hablemos de textos prohibidos, todavía hay países donde se asesinan a quienes tengan o lean una Biblia.

Oh Lector, ruega por nosotros

Actualmente, miramos bien al lector, no saltan las alarmas, ni provoca extrañeza encontrar a alguien por la calle o sentado en un parque, leyendo. El libro mismo es un objeto admirable: las editoriales juegan un papel importantísimo, gracias a Dios existen las bibliotecas. Por tanto, es injusto pensar que alguien pueda obligarnos a no leer. Un lector parece un ciudadano decente, “al menos lee, algo debe saber”, dicen algunos. El lector es sinónimo de sabiduría, de conocimiento; es un pequeño gurú, debe de serlo, es capaz de mirar y comprender (al menos eso parece) el mundo atrapado en trescientas páginas. En el fondo, seguimos siendo fanáticos histéricos. Leer es un acto casi espiritual abiertamente aceptado, nos relaciona estrechamente con nuestro *Homo religiosus*, ese otro mecanismo de invención que nos ha demostrado una contundente verdad: la palabra tiene poder, es dios mismo nada más, el Dios, y habita en ella misma: “Y el Verbo se hizo Carne” JN 1:14. Este sólo versículo sigue produciéndome escalofríos; por supuesto somos seres hechos de palabras.

Están los que leen, porque existen los que no leen

Ya el acto de leer provoca con antelación dos cosas: nos permite reflejarnos, o nos invalida. Están los que leen, porque existen los que no leen (esto es peor

que la discriminación racial), ¡qué bien esos que leen! ¿Qué leen los que no leen? El lector siempre va un paso adelante se mire por donde se mire. Quizá ese imperativo de verdad tiene el poder de crear y crearnos al mismo tiempo. Leer es una cosa seria. Ya sea por gusto, deseo, interés, conocimiento, evasión... por vivir; vivir las otras vidas porque una —la mía—, no es suficiente. Los libros contienen a todos los hombres, y el lector, es un oráculo. Es un acto tan poderoso en sí mismo ese de leer, que es imperante compartir con otros. Leer es un culto con adeptos consagrados en todo el mundo. Leer en grupo es tan importante como lo fue, por ejemplo, para los antiguos hebreos, congregarse en torno a la Torá. Ninguna religión ha sido tan poderosa como la de reunirse en pos y alrededor del libro. Un libro encierra su propio misterio, su canon, su propio dios, su propia historia, su propio espíritu, vamos, su propio libro.

Leamos juntos

Todos los miércoles, un grupo más o menos regular de personas, nos damos cita vía zoom para gozarnos en ese a ratos intrincado, fascinante, extraño mecanismo de la invención. Nos congregamos para construir una suerte de puente, un puente de fe, entre los pensamientos del quien escribe, y el texto frente a nosotros; es decir entre el que crea un mundo y los que nos adentramos a sus leyes. El círculo de lectura consagra a los lectores a un solo culto: la lectura. Culto que no tiene parangón, dicho sea de paso. Sin más vueltas ¿estoy o no a favor de la lectura?, ¿es factible la lectura colectiva? ¡Por supuesto!, ya lo dije, el mismo acto de leer nos contiene como esa extraña ley que nos mantiene pegado a la tierra. Somos lo que leemos, porque los libros son el camino y el destino. Se lee por muchas razones: es una obligación, un mandamiento, un derecho, una responsabilidad, un poder, una debilidad, un puente y también un precipicio, una calamidad, un vicio. La lectura sigue siendo el ejercicio humano más osado que se ha podido inventar y quizá el más importante mecanismo para adentrarnos a las fibras más profundas de la condición humana; la lectura nos permite entender, vivir, sentir, experimentar los muchos laberintos del colectivo humano. Y todavía nos da tiempo, en el club, de hablar de nosotros, esos lectores en busca de sentido.

Al mirar hacia atrás, me hace recordar que esta maravillosa herramienta no le di el peso que tiene. Como su nombre de origen, lo consideré una bitácora. No tanto para escribir como si se tratase de un diario, pero sí para llenarlo de mis poemas y algunos cuentos. Si bien la cúspide que tuvieron en el pasado siglo ha disminuido por el advenimiento y auge de las redes sociales. Hay que tenerlo claro que tanto las redes sociales como el blog no se encuentran en competencia, sino que se complementan. Mientras que las redes atienden a lo inmediato, el blog profundiza.

El blog nos pone en contacto con un sinnúmero de personas de todo el mundo que coinciden en el gusto de leer y en el propósito. Los temas son de ciencia, técnicos, historia, literatura Etc. Muchos de todas partes en un lugar donde leer, comentar, dialogar, discutir. Recuerdo que antes de abrir mi primer blog había puertos que ponían los temas en cuadros y uno se iba a los blogs de literatura y al inscribirse tenía la posibilidad de postear y al inicio nadie te comentaba. Con el tiempo y participando obtenías algunos. Dichas listas (así se llamaba la página madre E listas) Era un mundo irreal, pero parecía tan real. Posteriormente hubo otros espacios con más recursos con el de MSN space que posteriormente cerró y se tuvo que emigrar a otras plataformas. En 2008 me topé con Wordpress.com abrí dos Blog, uno la dedicaría al cuento y el otro a lo que creaba. Posteriormente abrí otro y lo utilicé para enriquecer mis clases en la facultad de medicina. Colgaba artículos de la materia y los alumnos se evitaban recurrir a la biblioteca y podían consultar artículos médicos que los bajaba de la red. La tarea de ellos era que le dieran lectura y que comentaran. El ejercicio me servía como elemento de evaluación. Al aumentar los recursos técnicos del blog, también me apoyó para conformar un proyecto más ambicioso como crear un libro. Pero se le puede dar otros usos, por ejemplo, si se es investigador, ejecutar un protocolo.

El blog de “purocuento” alcanzó una buena cantidad de entradas, más de tres millones. Aún se encuentra en la red, pues alberga como 400 cuentos de todo el mundo. El que tengo actualizado es el de Sendero.blog que al inicio solo colgaba textos de mi autoría, pero en el devenir, lo amplié, así que en el momento incluyo diferentes categorías

Un Blog es frágil, si no se le mantiene con información diaria, las visitas que se tienen disminuyen significativamente. En 2016 “purocuento”

tuvo en los años casi medio millón de visitas, pero fue el año en que tuve que abandonar por razones de salud. Ha venido decayendo, tanto que en 2022 se registraron 35,000 mil visitas. En Sendero blog se mantiene, aproximadamente lo siguen alrededor de 1500 blogueros. Estas son las categorías:

El Blog De Sendero, Poesía, Ficción Breve, Poesía Japonesa, Nuestra Música, Cuento Erótico, Epitafios y Anexos, Apoyo Escritores, El Humor En El Chiste, Corrientes Literarias, Cuentos De Aquí y De Allá, Minificción Estudios y Haiku, Dicen Los Que Saben, Escritores Sobresalientes

La agenda me la dicta la búsqueda, la creatividad, el hallazgo de algún texto que pueda ubicarlo en alguna de las categorías. En el humor si encuentro un chiste que me cuenten y me cause hilaridad, lo hago mío y lo escribo a mi manera. En el renglón de música, siempre será una canción que me emocione y de ser posible buscó la historia de dicha canción, o bien de los intérpretes, como es el caso del trio “los panchos”. Un dolor de cabeza para los escritores que se inician, sobre todo en aquellos que no han tenido contacto con gramática, también hay algunos recursos que no son exhaustivos. Abarco temas de narrativa y algunos como la metaficción. Otro elemento que es vital, para conseguir más lectores es comentar a los otros blogs y si se encuentra un artículo que sea de interés, compartir.

El blog es una página web en la que se publican temas de diversa índole de preferencia cortos con contenido actualizado y acorde a los propósitos de quien lo administre. En resumen, inicié el blog sin tener conceptos claros. En el principio me satisfacía ver mis cuentos o poemas, en el transcurso poco a poco le fui incorporando un ramaje relacionado con la prosa y la poesía, cuentos de grandes escritores y teoría de autores que son expertos en narrativa. Un blog que tiene ahora más peso en el tema de la minificción y el haiku. Siempre ando de caza cuando navego, pues si hay un texto que me llene los ojos, trato de llevarlo a mi blog. Sin duda es un libro que llevo conmigo me da conocimiento y placer.

¿Qué significa para un hombre, padre, hijo de su tiempo, estrellarse contra un árbol, cuando los frenos de tu correteo no funcionan¹, estrellarte con las lágrimas o las risas del vacío porque tus pensamientos van en contracorriente de muchos que están a tu alrededor?²

¿Qué valía tiene desde la realidad de ser hombre y padre el hablar, en esta fecha de lucha femenina, en este 8 de marzo? Esta es mi visión particular de lo que he vivido en estos últimos seis años, sin mi hija.

“Tú me explicas las cosas difíciles de la vida, los secretos de la vida” Me escribió alguna vez, Valentina, mi hija, de dulce mirada, la que no deja de cantar, no deja de soplar ni un instante el instrumento de su vida, tal como lo hacía ayer y entonaba su flauta. Hoy, toca una vez más su flauta y nos invita a soñar, a ser felices en medio de la lucha, es decir, a amar.

A Valentina le gustaba leer y escuchar mis cuentos y juntos con todos mis “guaguas”³ leíamos, inventábamos historias soñando en finales felices de niños, también jugábamos y juntos íbamos a trabajar mientras recorríamos de norte a sur nuestra la ciudad quiteña⁴. Nos dirigíamos al Conservatorio Nacional de Música mientras cantaban ellos a distintas tonalidades de voces, convirtiéndose en un magnífico concierto. Felices entonaban melodías de nuestra música nacional y latinoamericana hasta el “Vois sur ton chemin” o Gloria in excelsis Deo.

Hoy, solo queda un sordo recuerdo que me abofetea cuando voy en los buses, recorro las calles vacías y grises que traen a mi memoria aquellos recuerdos que se han roto, que se destruyeron debido a la violencia y a aquella mano perversa, asesina que se oculta y cobardemente se

niega a mostrarse, y se mueve cual marioneta, moviendo los hilos del poder para de esta manera miserable sepultar la realidad de un absurdo feminicidio. Hoy, luego de tantos años, soy capaz de escribir y recordar aquel sonido de la dulce flauta que entona los cuentos infantiles desde mi alma de padre.

Yo, Vladimir Cosíos, el papá de Sofía Valentina, soy muchos yos, soy muchas voces que se elevan, pero no soy la voz enmudecida que se oculta muerto en vida como el feminicida que jamás podrá sonreír ni acariciar el cabello de una niña, de una hija, de una hermana, de una nieta.

La maldad, y el odio que mató a mi niña no la silenció, fue al revés, porque mi dulce hija está más viva que nunca. Ella está en todas partes y pasea en un caballo impaciente con una armadura de guerrera que empuja y arenga para que sus hermanas y hermanos jamás se detengan, para que madres y padres no desfallezcan con la tristeza, sino para que se armen de valor y griten ¡justicia! Exijan la verdad y la justicia, denuncien la impasividad, la desidia, la lentitud del sistema judicial para que la realidad cambie, y así no tengamos más mujeres muertas, violentadas, manoseadas, drogadas, secuestradas y asesinadas. No más mujeres desaparecidas por las redes de trata de blancas, obligadas a prostituirse. No más esposas que tengan que soportar insultos, golpes y burlas para mantener el hogar y a sus hijos bajo un techo. No más mujeres pisoteadas en su trabajo, las cuales callan para no ser despedidas. Nunca más mujeres muertas porque se les niega el derecho a decidir sobre su cuerpo y a la posibilidad de interrumpir un embarazo impuesto.

Ella, mi Sofía Valentina, está presente en otros planos de la existencia. Ella es bálsamo que

1. A nuestra Valentina le encantaba el deporte, una vez en su bicicleta, fue como un bólido, sin frenos, solo gritando “me estrello, me estrello” ...y se dio de frente con un árbol. Se levantó, se rio y continuó en su tarea de diversión, en medio de la aceleración del corazón al ver que no podías evitar tal situación.

2. Hay muchas “amistades” que consideran que mis ideas son muy radicales, muy abiertas, muy feministas y he recibido rechazos por ese motivo. La realidad es otra, lamento reproducir, día a día tanta construcción patriarcal, como buen hijo de mi tiempo. Aun así, me gusta pensar como pienso.

3. Los Hijitos, las hermanas y hermanos de Valentina.

4. Unos 18 km de ida y 18 km de vuelta

limpia el espíritu, es una de nuestras ancestras, hija de la Gran Madre, de la Diosa de la Vida, del Espíritu Santo de Dios transformada en esperanza. Valentina es la fuerza, es el coraje y las ganas absolutas de empezar una y mil veces.

Valentina es junto con Juliana, Michelle, Geovanna, Emilia, Majhito, Vanessa y tantas miles, las manos que se levantan en alto, el puño que se estrella contra los dueños del poder y de las falsas leyes, contra los operadores de justicia que poco hacen por los pobres, pero que sí allanan el camino de los que todo lo pueden comprar.

“Valentina quién te mató, tu voz no se apagó”, dice una de las canciones más puras y fuertes dedicadas a ti, y con ella se suman las voces, las danzas, los cuadros y la poesía de quienes te amaron y hoy te admiran.

De esta manera, en el 2016 se realizó la primera marcha convocada por el movimiento “Vivas nos queremos” durante las marchas por el 25N, la cual apoyó con fuerza el caso de “Justicia para Vanessa y el de mi Valentina”. Mi niña de 11 años que fue asesinada en su propia escuela, meses antes. Estos dos feminicidios, aglutinaron la rabia, el coraje, la impotencia y las rebeldías de aquellas mujeres agredidas durante toda su vida. Así, se realizó la primera marcha gigante de mujeres realizada en Quito. La marcha del 2017 fue aún más grande, más imponente.

Con el tiempo, y por razones importantes de posturas e identidades políticas, las marchas se realizaron de manera paralela, tanto para el 8M, como para el 25N, fueron básicamente, lideradas en sus propios espacios por “Vivas Nos queremos”, “Mujeres por el Cambio” y un tercer

espacio por “Luna Roja” Todas estas de distintas orientaciones ideológicas, pero firmes en alzar su voz y luchar porque todos estos asesinatos acaben de una vez. Mientras esto ocurría en Quito, cada vez más, se unían en la lucha otras ciudades de Ecuador, las mismas que hacían eco en las marchas para exigir el respeto a los derechos humanos de nuestras mujeres. Todo este caminar ha tenido la base sólida de organizaciones que llevan años en la lucha y en caravanas y festivales se escuchan los gritos para concientizar, exigir y generar una opinión pública que consiga de una vez por todas, la aplicación de leyes en favor a la NO VIOLENCIA CONTRA LAS MUJERES. Dentro de esta lucha están Asfadec y Covidefem, además de la movilización de la Plataforma internacional contra los feminicidios y desapariciones y La Marx internacional, entre otras.

Llega un aliciente al constatar que muchas situaciones han cambiado, aunque falta mucho por hacer y el miedo, a veces, nos paraliza, sin embargo, siempre habrá alguna compañera que nos aliente, nos anime y nos guíe por un mejor camino.

El presente espacio, de amantes a las letras, es un puente de expresión literaria, propicio para expresar desde la voz lírica la triste realidad acaecida en Sofía Valentina, de esta necesidad de hallar mediante la palabra, pinceladas de rebeldía. Son los gritos de rabia contenidas, sudor, lágrimas y esperanza, lo que en mi caso ha sido la resurrección de mi pequeña Valentina que como polvo de estrellas ilumina y respira en cada voz que clama por justicia.

El Feminismo como movimiento social y político

Fragmento

María José Pizarro

Senadora por la Coalición del Pacto Histórico
(2022-2026)

“Necesitamos materializar una sociedad que se ajuste a lo que como generación estamos exigiendo, y es que existe una revolución cultural en el mundo que determina que las cosas deben cambiar, conceptuar nuevos paradigmas sin olvidar las luchas de nuestros padres, heredar esas luchas a nuestros hijos, una suerte de tránsito de luchas históricas, para que quienes vienen detrás generacionalmente, recojan la sabiduría y el sacrificio del pasado y, gracias a sus propias vivencias y experiencias, eleven ese discurso y ese combate por la igualdad, lo que supone superar los ciclos de violencia crónica. Como nunca antes en la historia tenemos la posibilidad real de contar con un gobierno alternativo que alinee a Colombia en el progresismo latinoamericano, ese camino que hoy recorren México y Argentina.

Celebramos, por supuesto, los éxitos recientes, aprendemos y valoramos las enseñanzas que nos ha dado el pueblo ecuatoriano, el pueblo boliviano, y debemos decir con frontalidad que Colombia no es solamente un territorio de resistencia o lugar de supervivencia, sino que podemos ofrecer al continente la fortaleza y resiliencia. Eso significa para nosotros la tarea de invocar y reconstruir la memoria, la reivindicación de nuestra gente y, en medio del que quizá sea el conflicto más largo y degradado de la historia latinoamericana, ofrendar a América Latina un nuevo sentido y naturaleza de la democracia.

Debemos agradecer a la generación que ha sido capaz de alzar la voz, de representar a todos y todas en lo que hemos llamado este estallido social. Esas voces de protesta y dignidad deben encontrar su expresión política en las próximas 59 elecciones, porque sabemos que es la única forma de transformación, es la única manera de terminar con los clanes de la corrupción, de acabar con los círculos clientelares, desterrar las alianzas entre la política y la violencia. Es hora de una nueva sociedad, de la reconciliación de colombianos y colombianas, porque nuestros hijos se merecen un futuro de igualdad y paz”.

Publicado por IDEAL, *Mujeres poder y política en América Latina*,
Compilación de los artículos, ensayos y ponencias del curso impartido por el Instituto
para la Democracia Eloy Alfaro, páginas 58 y 59. ISBN: 978-9942-42-164-7.

Las mujeres escritoras: una lucha por la palabra

Fragmento

Rosario de Fátima A'Lmea

Sin embargo, en las colonias americanas, el conocimiento y las letras fueron un campo anhelado y conquistado por algunas mujeres, que dieron su vida en esa lucha. Muchas de ellas fueron vencidas y silenciadas con el olvido y la destrucción de sus obras. Ese es el caso de Sor Juana Inés de la Cruz, que desde la escritura revisó su tiempo y espacio, señaló el doble sentido de los discursos existentes y buscó por su cuenta el diálogo con Dios, un viaje personal hacia la inmanencia que estaba vedado para las mujeres, pero que ella defendió como un accionar donde el género era irrelevante, pues se trataba de una revelación que partía del amor al conocimiento y con este, el acercamiento al uno. Igualmente sucedió con Sor Catalina de Jesús María Herrera, quien a través de las confesiones logró filtrar sus percepciones sobre la labor eclesiástica y de los guías espirituales, donde el doble discurso no dejó de ser parte de su crítica. De esta época, producciones cortas e, incluso, con el mismo tono tenemos a las de Marianita de Jesús, Manuela Sáenz, Josefa Betancur y González, María Felipa Cayetana Carondelet y Castaños.

Para el modernismo, los intelectuales de la época trabajaron por conseguir una voz propia, desarraigada de los aprendizajes europeos, ya que, luego de los procesos independentistas, se buscaba un nacimiento de las Naciones con su propia historia. Si se consiguió o no este divorcio es un punto en discusión que traen las relecturas de la producción de la época en los estudios que ven el siglo XIX, ya con una mirada más crítica.

En esta labor, las mujeres también deseaban plasmar deseos de liberación y fue un campo asediado, pues no solo se requería de la consolidación del ethos latinoamericano desde una propuesta emprendida por los hombres y su interés nacionalista, vertida en sus proyectos de Nación, sino que, como los intelectuales de la época, ellas se pusieron a la batuta para lograr una creación literaria oriunda americana. Fueron las posmodernistas que dejaron de sentirse objetos líricos, vistos como cuerpos pasivos, donde las metonimias sensuales avivaban el deseo masculino y las circunscribían en la niñez o en un carácter doloroso, o la divinizaban para inmovilizarla o la asesinaban para hacerla un recuerdo necrofílico de una voz poética que gustaba de esos pasajes lúgubres o fingía que esa musa vaporosa, era la conquista de Sofía, es decir, de la sabiduría, en una alegoría del viaje a las esencias.

Enamórate del violeta

Mónica Maydez

*Cada mujer se hace feminista
con su propia historia.*

El mes de marzo llega y con él los preparativos para las marchas en favor de los derechos de las mujeres no se hacen esperar. Desde mediados de febrero las mujeres comenzamos a organizarnos, llamamos a otras mujeres, niñas y adolescentes para que se unan a la causa. Por fortuna, las generaciones de ahora son conscientes de esta lucha que lleva muchísimos años, tantos como estigmas sobre sus espaldas.

El sistema patriarcal dice sobre nosotras: “calladitas se ven más bonitas” y muchas generaciones de magníficas mujeres lo creyeron, mas hoy sabemos que el sistema nos prefiere calladas porque si alzamos la voz somos fuego.

Somos un fuego abrazador que incendia todas las injusticias, nuestras voces juntas queman a los machistas, a los misóginos, incomodan a los opresores que, desde hace años, ponen sus pies sobre nuestros cuellos, para impedirnos hablar, gritar, pedir ayuda y avanzar.

La iglesia, por ejemplo, que tanto nos ha oprimido, hoy nos teme. Sabe que las mujeres ya no estamos dispuestas a ser sometidas bajo la interpretación de algunos versículos. Interpretación, que ellos mismos hacen de las Sagradas Escrituras, plagada de machismo y de odio hacia nosotras.

El gobierno, que tantos años nos negó el derecho al voto, a la educación, al empleo, hoy sabe que nuestra luz violeta seguirá reclamándole: salarios igualitarios, una legislación digna para nosotras, servicios médicos especiales para nosotras; le seguirá exigiendo un alto al acoso, a la violencia intrafamiliar, a la violencia sexual y a la impunidad de los feminicidios. Ya no volverán a gozar, jamás, de la comodidad de nuestro silencio. Exigimos equidad como nuestro derecho humano.

Han intentado apagar nuestra luz violeta. Han soplado para mitigar nuestro fuego. Han surgido, incluso, grupos de oposición como los llamados “pro vida” con tal de que nosotras regresemos a creer esa frase “calladitas se ven más bonitas”. Ya hemos caminado bastante y no pensamos volver atrás.

A las mujeres que aun apoyan a los grupos de oposición les diré que es cuestión de tiempo para que vuelvan a sí mismas, para que dejen de sustentar al patriarcado, para que dejen de esperar amor de un hombre porque ellas mismas pueden amarse y consentirse. Si dejan de lado esa ilusión, podrán volver a ustedes, se darán cuenta que el amor que se ofrecen es tan inmenso que nada las hará retroceder.

Sin nosotras como plataforma, el patriarcado se caerá y de paso, el capitalismo que nos ha mantenido, siempre, por debajo de ellos.

Cada mujer enciende en su pecho la luz violeta cuando reconoce su historia. Se vuelve a su manada cuando acepta que aquello que vivió, y que quizá a nadie le cuenta, no fue su culpa. La enciende cuando se deconstruye de la educación machista que recibió de niña y se construye con las enseñanzas feministas que la empoderan y la hacen verse, como es, grande.

Enamórate del violeta, déjate seducir por todas las mujeres que, antes de ti, lucharon para que hoy tengas los derechos de los que gozas, sí, siempre una mujer detrás de un derecho obtenido. Entrégate al amor que tienes por ti misma, vuelve a ti. Crea redes de apoyo con otras mujeres, experimenta el amor sororo: no hay mejor amiga para una mujer que otra mujer. ¡Exijamos juntas un alto a la violencia!

El violento oficio de escribir

Alfredo Griz

*En memoria,
a Marisela Escobedo y Rubi Freyre.*

*Soy ambidiestra como los locos.
Leonora Carrington.*

Eres la estrella que nos guía en esta batalla, la luz que nos da valor frente a la oscuridad de la violencia, el referente de lucha, de tenacidad y de amor y por eso hoy quiero escribir de ti, para llegar a ti y encontrarte de alguna forma.

Carlos Spector, amigo y abogado mío como de tus hijos, me hablo de ustedes, antes ya había visto y seguido de alguna forma tu lucha desde hace ya una década, desde entonces entendí que tú eras un referente del feminismo, no del nuevo, del que se dedican a romper equipamiento público, o desnudarse en las calles, o golpear mujeres policías, o asaltar negocios, o el de discursos vacíos y llanos, el de las que llaman a odiar a los hombres y un patriarcado que solo se generaliza y reproduce en su imaginación, de las que inventan historias para encarcelar a sus ex parejas, de las que matan y asesinan también, las que se coluden con el crimen organizado y desde su feminidad lo promueven y alientan, las que odian al género masculino o las que simplemente nos odian por no pensar igual que ellas, no, Marisela, yo apoyo y fomento la lucha de las mujeres que como tú, abordaron el tema en la justa medida, con la línea de lucha correcta, que han dejado todo para demostrar que en verdad les interesa un cambio, que buscan la justicia a pesar de todo y de todos, teniendo en contra todo y a todo el mundo, apoyo ese amor con el que le dijiste a todo un país que solo querías justicia.

Tu lucha es mi lucha y la de muchos hombres que nos hemos de—construido y hemos entendido que también somos culpables de muchos tipos de violencia y que desde nuestras trincheras tratamos de cambiar las cosas y la realidad de todos y para todos, la congruencia de tus actos de amor y de justicia, han dejado claro cuál era el camino correcto para poder emanciparse, nos diste la chispa que puede generar un gran incendio y que muchas aún no han podido dilucidar.

Podría hablar de estadísticas que son muy duras, de circunstancias, de cultura y

contracultura, de género y transgenero, de cosas que nos envolverían en polémicas y disertaciones que nos llevarían a más conflictos y distanciamientos, sociales, culturales, antropológicos, sociales y humanos.

Prefiero tu congruencia, lo que predicaste con el ejemplo y valor de una mujer convencida de que las cosas tienen que cambiar, de una mujer que salió de su comodidad y su confort psicológico, social, cultural y de género y se lanzó a una brutal batalla, por demostrar la verdad y exigir la justicia que aún esperamos les llegue a tantas otras y tantos otros en este pobre y desvencijado país, esta tragedia llamada México.

Me quedo con la lucha de la mujer que caminó casi todo el país, de la que se plantó con los arrojados más grandes que he visto en las Fiscalías y confrontó en persona a Gobernadores, la que se enfrentó al narcotráfico y la que no dudo un instante nada de lo que hacía.

Me quedo con eso, con esa lucha, ese ejemplo de ti Marisela, me quedo con tu amor, de madre, de hija de hermana, de mexicana, con lo que le inculcaste a tus hijos, me quedo con tu grito de libertad y de amor, con la resistencia y el tesón que nos mostraste, sobre todo con la humildad y la dignidad que a toda prueba siempre mantuviste intacta.

No sabes cómo deseo que tu lucha la hubieran seguido las nuevas generaciones, que mostrasen el mismo valor que tú lanzaste a la sociedad para que pudiéramos entender tu dolor, quisiera tener la misma esperanza y la misma fe por tener un México mejor.

Por eso hoy quise retomar tu legado Marisela, incluso en este otro país de extraños en el que estoy ahora, la violencia es brutal, más que en el nuestro, pero debemos seguir adelante, debemos entender tanto hombres como mujeres que la única salida es librar esta batalla juntos, de la mano, con acuerdos, con empatía, con congruencia, con coraje, con valor, desde la

legalidad y generar cambios desde la legalidad, con dignidad y con amor, pienso que esa es la única forma en la que podamos acabar con todo esto.

Desde aquí, desde este exilio forzado, desde esta humilde trinchera, con el mar azul de mi tinta y lo honroso de mi pluma, les abrazo y les mando todo mi amor a ti y a Rubí, sé que están juntas y sé que ella como millones de mexicanos, se siente orgullosa de ti, que sepas también que tu lucha no ha sido en vano, somos muchos que, si la entendimos, que en algún momento esa chispa que lanzaste brotara el gran incendio que todos esperamos.

Hoy desde esta palestra, te mando todo mi amor fraterno, mi sororidad, mi solidaridad a ti y a todas las mujeres que, como tú, buscan, generan y promueven desde la congruencia y legalidad un cambio para abatir la violencia y el feminicidio.

Te pienso y te siento libre, me reflejo en ti, me identifico con tu sed de justicia y tu hambre de paz y reconciliación, te agradezco infinitamente la enseñanza, la tarea realizada, somos libres porque ya no le tenemos miedo a nada, la libertad es eso, la ausencia del miedo.

Seamos libres entonces, aunque muchos y muchas piensen que no tenemos derecho ni permiso.



¿Waifu? No, gracias

Manuel Takahashi

Makeinu. En español: perra perdedora. Explicito calificativo usado para etiquetar a aquellas mujeres que permanecen solteras después de cierta edad. A pesar de dar la impresión de ser muy cívicos, ordenados, mesurados y respetuosos de las formas y de las leyes, los japoneses pueden ser (y lo han sido, cómo no) despiadados y terriblemente crueles.

La situación de la mujer en el mundo ha venido mostrando considerables progresos, especialmente en los países desarrollados y aún en muchos que no lo son tanto. Japón, sin embargo, se mantiene al margen de esta tendencia. Mientras en los países nórdicos se ha alcanzado y superado la paridad en sectores claves como el político, aquí se está muy lejos de siquiera comenzar a realizar los cambios estructurales necesarios para tales fines. Lo único que hay son declaraciones para la tribuna. Decisiones improvisadas y acciones cosméticas que sirven de paliativo en el mejor de los casos pero que nada tienen que ver con las raíces del problema.

En su esperado papel de ama de casa, la mujer supuestamente "se realiza", cumpliendo así su rol de soporte del marido y administradora del hogar, además de contribuir con la crianza de los nuevos miembros de la sociedad. Este ideal se vió reforzado durante el vertiginoso crecimiento económico de la posguerra y hasta un poco antes del estallido de la famosa burbuja de finales de los 80. Los salarios de los hombres, en buena medida, eran suficientes para proveer a la familia y no era imprescindible que la esposa contribuyera económicamente.

Tras el estallido de la burbuja económica el salario dejó de aumentar y en muchos casos se redujo. En las últimas tres décadas, mientras el aumento del costo de vida ha sido considerable, el ingreso aumentó apenas un 4%. Un notorio contraste con el 40% del promedio de países de la OECD y del más de 60% de los EEUU. Entre las muchas razones que se esgrimen para explicar los magros salarios se mencionan la deflación, el tipo de cambio, los desastres naturales, la fortaleza en la competitividad de los rivales comerciales y un sinfín de argumentos entre los que no está el principal: la avaricia y falta de visión de la clase política y empresarial.

El clásico ejemplo (real) donde el trabajador no hace casi uso de los días de vacaciones a los que tiene derecho porque le insinúan que, si lo hace, todo el trabajo se vería seriamente afectado debido a su ausencia. Si le preguntan por qué la empresa no

contrata a otra persona para que todos puedan tomar sus vacaciones por turnos, contesta que la empresa le ha deslizado unos comentarios acerca de números rojos y viabilidad del negocio. Todo esto mientras el dueño llega muy angustiado en su Lexus y se ve obligado a viajar a Hawai cuando hace mucho frío en Tokyo. Eso sí, siempre que su apretada agenda en el club de golf se lo permita.

El gobierno, en sintonía con el empresariado, se ha empeñado en aumentar el porcentaje de mujeres trabajadoras, lo que se ha logrado en cierta medida. Lo que no se menciona es que ese porcentaje es en gran parte, empleo precario con bajos sueldos. Con el paulatino descenso de la capacidad adquisitiva se ha visto un aumento en el porcentaje de mujeres que trabajan para complementar los insuficientes salarios de los hombres. Y aunque los gobiernos hacen notar este aumento de la participación femenina en el mercado laboral como algo positivo, lo cierto es que éste promueve la discriminación por género de manera sistemática. Las empresas contratan a los empleados permanentes bajo dos modalidades: una que se dedica a los aspectos centrales del negocio, donde van la mayoría de los hombres y otra, que se enfoca en los aspectos rutinarios y de soporte, donde van casi todas las mujeres. Esto se hace así porque los empleados "de carrera" tienen como prioridad la empresa. Los traslados, jornadas interminables y demás sacrificios son necesarios para ser considerados buenos trabajadores y optar a los ascensos. De manera natural, y más aún presionada por los rígidos roles establecidos, una mujer dedica más tiempo al hogar y la crianza en detrimento de su carrera. En peor situación se encuentra el gran porcentaje de aquellas que trabajan a tiempo parcial o con contratos de plazo definido.

La desigualdad económica creciente contribuye al debilitamiento de las bases mismas de la sociedad. Disminuidos, los machos nipones son incapaces de ofrecer la seguridad económica que de ellos se espera, añadiendo otra dificultad al emparejamiento en las ya de por sí complicadísimas relaciones personales en el archipiélago. Como a las japonesas modernas no les interesa ser las sacrificadas en este juego, donde para formar una familia es preciso que se ocupen de ella y además trabajen, con poca o nula ayuda del marido, por otra parte; sucede entonces lo más lógico y de sentido común: no se casan ni tienen hijos.

Llegamos así a la foto actual. Mujeres que se encuentran en un momento histórico muy particular, donde muchas de ellas han descubierto que pueden decidir por sí mismas y se rebelan ante lo culturalmente establecido. Tener un empleo y dedicar su tiempo y sus ingresos para ellas mismas les ha permitido conocer las bondades del neoliberalismo. A pesar de la brecha salarial, con menos vicios y más orden, han logrado una libertad y un sentimiento de individualidad inusual por estos lares. Son clientas y consumidoras eclécticas con una gran variedad de intereses. Por lo general tienen más apertura que los

varones y prueban comidas, experimentan culturas, presencian espectáculos y disfrutan del arte. El mercado les responde atento y al igual que hace con los jubilados boomers, pone a su disposición numerosas y tentadoras ofertas. Los políticos desesperados por el descenso de la natalidad patean y las acusan de egoístas e irresponsables (sí, los políticos).

Antes del día de shopping y la reunión con las amigas por la noche; en el salón, la manicura ya pasó la manicura y mientras se relaja en su sesión de masaje facial, se pregunta: ¿Quién es la perdedora ahora? ¿Eh?

Visión de un viajero árabe en el siglo VXII sobre la expulsión: el visir Muḥammad Ibn ‘Abd al-Wahhāb al-Ġassānī y los moriscos

Fragmento

Mohamed Aly Abdelrazeq Zalalo

Texto del relato de al-Ġassānī, traducido del árabe al castellano

En el reinado de Felipe II se rebeló la población de al-Andalus que había quedado en Granada y sus alrededores. Al mismo tiempo llegaron noticias de la arribada de barcos procedentes de Argel, con el corsario al-Ḥabīb Rāys¹, a la costa de Almería, para trasladar a los andalusíes de Almería y sus alrededores a su país de origen. En ese momento los revueltos ya no pudieron seguir resistiendo ante los cristianos, por lo que unos murieron en la lucha con espada, otros se hubieron de convertir al cristianismo forzosamente, y otros lograron huir.

Esta situación perduró durante cuarenta años de cristiandad y sometimiento, hasta el reinado de Felipe III, el hijo de Felipe II. Se dice que el rey de los turcos escribió una carta al ministro de Felipe III pidiendo la salida de su territorio de los andalusíes que quedaban, de esta manera se vería favorecido con una buena relación entre ambos países.

El ministro manipuló a su señor (el rey Felipe III) para que pudiera salir el resto de la población de al-Andalus, donde aún se mantenían ritos de su religión, y la mayoría de la población había participado en la rebelión de las Alpujarras, siendo más numerosos que la población cristiana. Además, desconfiaba de su lealtad y de que la población no fuera a rebelarse de nuevo: “Sea la apertura de esta tierra para que crucen el mar y vivan en los países Bereberes con la condición de que nunca regresen”. Finalmente, el tirano (el rey de España) acepta el consejo de su ministro y da la orden para que los cuenten y los expulsen cruzando el mar, quedándose aquellos que se convirtieron al cristianismo voluntariamente. Sin embargo, la población que fue obligada a convertirse vivía oculta a los ojos del resto o protegida por quien tenía el poder.

A pesar de todo, no fue fácil localizarlos y buscarlos para las autoridades españolas, porque además de ser numerosos, se integraban con los cristianos llegando a olvidar su religión islámica. En esta época la mayoría de los expulsados fueron los rebeldes de Granada y de pueblos de los alrededores, siendo numerosos. Por otro lado, los cristianos, debido al consejo del ministro a su señor de que expulsara fuera del país a muchos convertidos al cristianismo, sospechan que el origen del ministro fuera judío, porque no es leal a su religión, al expulsar a la Población considerada cristiana (al-Ġassānī Bustani, 51; al-Ġassānī al-Ġarrāḥ 77-78).

Publicada en el eHumanista/IVITRA 19 (2021): 532-540, ISSN 1540 5877

1. Se refiere a Ḥayr al-Dīn Ibn Ḥidr Ibn Ya‘qub Rā‘is, conocido en el mundo occidental como “Barbarroja” (nacido en Lesbos en 1475 y fallecido en Estambul en 1546). Fue un almirante otomano, así como un corsario turco que sirvió bajo las órdenes del sultán otomano Süleyman I (el Magnífico). Ḥayr al-Dīn fue uno de los más importantes corsarios del siglo XVI, y junto a su predecesor y hermano Aruḥ (Oruç Rā‘is) fundó una organización pirática que llevó a los magrebíes a alcanzar gran poder sobre el comercio del Mediterráneo. Muy pronto demostró una capacidad tal que llegó a suceder mercedamente a su hermano, e incluso logró superar ampliamente las hazañas de este, convirtiéndose en una verdadera pesadilla para el Imperio español de la época y buena parte de la Europa cristiana (Önalp, 393-423).

La arquitectura es una de las profesiones más antiguas de la humanidad, se cuenta con los primeros registros en el antiguo Egipto —2600 a.c.— con la figura de Imoteph, quien además de arquitecto era astrónomo, médico e ingeniero, el arquetipo de la polimatía, un sabio que abarca el conocimiento de las ciencias y las artes. Muchos años más tarde, aparece el Hombre Renacentista y su modelo en Leonardo da Vinci, el “todólogo” por excelencia, el hombre que resolvió los problemas de toda índole más prolífico de la historia.

A lo largo de la historia, la arquitectura ha sido una de las profesiones en la que los hombres han tenido el mayor protagonismo. Con el auge de la arquitectura moderna en todo el mundo, alrededor de la década de 1920, van apareciendo poco a poco, más bien tímidamente, arquitectas que empezaban a ejercer la profesión, la mayoría de veces junto o dependiente de un arquitecto.

En la Bauhaus, la escuela de diseño, arte y arquitectura que generó e influyó en todo el diseño del siglo XX, hubo una considerable participación de mujeres, que poco a poco fueron imprimiendo su huella en las distintas disciplinas que llevaba la escuela alemana: diseño textil, diseño industrial, diseño de vestuario, arte, arquitectura, etc. El resultado de este método de enseñanza y de que mujeres y hombres participaron en igualdad de condiciones, se extienden y están presentes hasta la actualidad.

Ventajosamente, en este nuevo siglo las cosas han comenzado a cambiar paulatinamente. Varias iniciativas y proyectos se han enfocado en investigar, conocer y visibilizar la labor de destacadas mujeres arquitectas, su trabajo, su producción arquitectónica, de diseño, teóricas y académicas, la labor de estas profesionales que de manera silenciosa abrieron el camino para que el escenario se nivele y balancee.

En la actualidad las arquitectas tenemos mejores condiciones para ejercer nuestra profesión, pero de ninguna manera se puede decir que el problema está resuelto. La dificultad para que las arquitectas puedan tener un ejercicio libre y autónomo de la profesión todavía es latente; en una estadística elaborada en el Colegio de Arquitectos de Pichincha, solo el 14% de los arquitectos afiliados son mujeres, evidenciando que falta mucha tarea por hacer.

Así como este gran movimiento feminista está logrando poco a poco mejores condiciones de vida, de salud, de trabajo y de bienestar para las mujeres, en el

ámbito de la arquitectura y el urbanismo también se han incorporado conceptos de enfoque de género.

En la arquitectura, el diseño con enfoque de género permite a las y los arquitectos responder de una mejor manera a unas necesidades o problemas sociales que distan mucho de poder clasificarse o categorizarse como “para hombre o para mujer”. Es necesario, en primer lugar, diseñar espacios que respondan al derecho universal de una vivienda digna, diseñar espacios flexibles, capaces de ser adaptables para una diversidad social compleja y continuamente cambiante: personas o grupos tradicionales, familias no convencionales, grupos vulnerables, personas con capacidad reducida, etc. Es decir, la responsabilidad de los arquitectos y arquitectas se vuelca a la capacidad transformadora que un espacio diseñado de manera técnica, responsable y sensible puede causar, transformaciones positivas para un mejor desenvolvimiento de la sociedad.

De la misma manera, la ciudad y la política pública deben realizar un cambio trascendental en el diseño y planificación urbana en la que el centro de los objetivos sean las personas (no los vehículos y las vías), generando acciones para lograr ciudades sanas, con una movilidad activa sostenible, que integren a la memoria y a la identidad de los sitios, que brinden espacios de encuentro que incorporen a la naturaleza regenerando el paisaje urbano, construyendo aceras, espacios públicos, parques y plazas, seguros, bien iluminados, caminables, con comercio de proximidad.

Está comprobado que, en un gran porcentaje, somos las mujeres las que nos dedicamos a las actividades de cuidados, la ciudad debe responder a eso, a brindar las mejores condiciones para que esto suceda. Una arquitectura y planificación urbana realizada con enfoque de género, garantiza que va a brindar respuestas y soluciones integrales, equitativas, inclusivas, sostenibles y apropiadas, una mejor calidad de vida y una sociedad con igualdad de derechos y oportunidades, más justa y saludable.

Yo al igual que muchas personas persigo el sueño de mi Libertad Financiera, pero realmente ¿qué es lo que significa esa palabra para vos?

La libertad financiera es mucho más que tener dinero. Es la libertad de ser quien realmente eres y hacer lo que realmente quieres en la vida.

Se trata de seguir tu pasión, tomar decisiones que no estén influenciadas por tu cuenta bancaria y vivir la vida según tus términos. Muchos de nosotros perdemos de vista quiénes quisimos ser alguna vez. Esto es porque estamos muy ocupados poniendo a los demás primero. A medida que desempeñamos los diversos roles de padre, cónyuge, empleado, amigo y más, vemos cómo nuestros sueños se desvanecen. Por eso te pido que te detengas un momento y vuelva a dar prioridad a lo que realmente soñaste para una vida feliz y próspera.

Como consejo para una buena administración del dinero te aconsejo que lleves

un registro de tus ingresos y gastos ya sea a través de una aplicación, una planilla de Excel o en una libreta o agenda con lápices de colores. Esto último se denomina Método Kakebo (se pronuncia Kakibo) que permite tomar conciencia cada vez que efectuamos gastos que no sean de supervivencia, para lo cual nos hacemos unas preguntas para asegurarnos de realizar el gasto, como por ejemplo ver en qué estado emocional nos encontramos, si realmente es necesario, si tenemos lugar, etc.

El paso a paso:

1. Tener una libreta especialmente para hacer kakebo, ahí la persona debe guardar todos los tickets.

2. Detallar todo el ingreso que ingresa por mes.

3. Chequear todos los tickets para ver en detalle en qué gastamos cada peso de nuestros ingresos.

4. Anotar los gastos mensuales como alquiler, servicios, gimnasio, etc.

5. Ordenar todos los tickets y dividirlos en cuatro categorías esenciales: supervivencia (vivienda, transporte, comida y gastos médicos), cultura (libros, conciertos y películas), opcional (ropa, accesorios, tabaco, restaurantes, discotecas), extras (gastos inesperados).

6. Ponerle un color distinto a cada gasto que se realice.

7. Cada semana efectuar el registro de cada ingreso y gasto y al final de cada mes realizar un análisis para ver en que se puede mejorar para tener un mayor ahorro el próximo mes.

De esta manera sabemos exactamente en que gastamos cada peso que nos ingresa, independientemente del país en el que te encuentres.

Historia, Identidad y la Fundación de la Ciudad de Tulcán

Fragmento

Jorge Mora Varela

El inicio de la historia

El conquistador español, cronista e historiador Pedro Cieza de León (1.520—Sevilla, España, 1.554), dejó como testimonio escrito su particular manera de mirar y describir el mundo andino, en su obra “Crónica del Perú”.

Los conquistadores españoles, que de manera casual se encontraron con un continente desconocido, diferente a su cultura, valores y principios, por lo tanto la lectura que ellos hicieron del “continente americano”, fue desde una estructura mental marcada por el “Catolicismo” a ultranza, producto de la cultura del medioevo europeo y la política implementada por los Reyes Católicos “Isabel y Fernando”, con esto interrumpieron de manera abrupta el proceso histórico de los jóvenes pueblos originarios quienes NO pudieron llegar a la madurez y por lo tanto NO alcanzaron a consolidarse como una gran cultura.

Los españoles buscaban con obsesión “El Dorado”, metales preciosos y piedras preciosas, tener el control político y militar de los territorios que iban encontrando, con el imperativo cultural de “evangelizar” y solo lo podían hacer desde sus limitaciones culturales, políticas, religiosas e idiomáticas, el “español” de su tiempo, lo que a los conquistadores los volvía incapaces para entender y respetar a los habitantes primigenios de estas tierras.

El entorno geográfico

Pedro Cieza de León, describe a su manera el paisaje y la vida de los pueblos que va encontrando, en este caso particular desde la villa de Pasto, hasta el poblado de los Tuzas, en su camino que lo llevaría a Quito y luego hasta el Perú.

A Pasto y sus pueblos los denomina como parte de la Villa Viciosa, entendiendo como a los lugares verdes, hermosos, donde las poblaciones se dispersaban en todo el entorno.

Los Quillacingas y los Pastos

Él describe a sus pobladores, a los Quillacingas como gentes “desvergonzadas”, para describir a los pobladores que tenían una actitud atrevida, pobladores malhablados, maldicientes, insolentes, petulantes y los pobladores a los que les llamaban “pastos” como sucios y tenidos en poca estima por los pobladores de los pueblos vecinos.

En estos parajes, eran escasos los cultivos de maíz, casi ninguno, a causa de la tierra muy fría, y de la semilla del maíz muy delicada, sin embargo, eran abundantes las papas, la quinua y otras raíces que los naturales sembraban.

Los pobladores tendían a ubicarse cerca de los caminos, que estaban ahí desde siempre, desde el paso de los animales y los primeros cazadores que habían pasado desde tiempos inmemoriales.

En medio de los pueblos estaba el río con un puente natural, llamado “Lumichaca”, hasta dónde hacía poco tiempo habían llegado los Incas, en una avanzada para preparar la conquista del grueso del Pueblo Pasto.

Los pobladores de estas tierras, los miraban de soslayo, sin retirarse ni tampoco ofrecer resistencia, porque no se sentían dueños ni originarios de estas tierras dónde era difícil vivir por lo frío y duro del trabajo en la tierra, pero que ofrecía vías para ir a cualquier parte.

En medio del frío, había vertientes de agua caliente, dónde iban los habitantes de estas tierras con gran gusto, para aliviar la dureza del trabajo y soportar con alegría el frío permanente de estos parajes.

A los españoles les llamaba la atención los frutos silvestres, las moras, mortiños, cerotes y una especie de uvilla negra, (la moridera), que cuando la comían en alguna cantidad se embriagan y les provocaban “arcadas” (sensación de malestar que se tiene en el estómago cuando se quiere vomitar), a veces creían que alguno de ellos podía morir.

Las armas que tenían los habitantes de estos pueblos eran piedras que las lanzaban con las

manos, ellos atacaban con palos a manera de cayados y algunos tenían unas cuantas lanzas mal hechas.

Para Pedro Cieza, los Pastos les parecían gente de poco ánimo, a diferencia de los jefes que se trataban mejor, para él, las demás gentes eran huraños, mal encarados, no miraban de frente, les parecían seres simples y de poca malicia.

Le llamaba tanto la atención que cuando ellos se espulgaban se comían los piojos como si fuesen piñones (almendra blanca y de sabor dulce).

Además, para Cieza los pobladores, no limpiaban de manera diligente los trastes dónde ellos comían y las ollas dónde preparaban sus comidas.

No tenían templos, por lo que era evidente que no tenían creencias religiosas, ni “dioses”, pero tenían la convicción, que después de muertos iban a tornar a la vida en otros lugares alegres y placenteros para ellos.

Las mujeres vestían con una manta angosta a manera de costal, con que se cubrían desde los pechos hasta la rodilla, y otra manta pequeña encima, que caía sobre la larga, la mayoría hechas de yerbas y de cortezas de árboles, y algunas de algodón.

Los indios se cubrían con una manta larga, de tres o cuatro varas, con la cual se daban una vuelta por la cintura y otra por la garganta, un ramal sobre la cabeza, que se unía a la altura de los genitales con un cinturón maure (una especie de

faja o ajustador que ceñía la túnica o el manto al cuerpo).

Los españoles querían pasar lo más rápido posible por estas tierras, porque conocían que los Quillacingas, cuando un hombre moría, hacían sepulturas grandes y hondas, dónde metían sus pocas pertenencias, a sus mujeres, otras indias y si podían embriagar a sus amigos, los metían con el difunto a las sepulturas para que tenga compañía el muerto.

En la mentalidad del español, no cabía esta forma de ser y actuar de los pobladores de estas tierras altas y frías, entonces la relacionaban sin razón a los “demonios” del imaginario “Judeo cristiano” y esto los aterraba, por esta razón los tildaron de salvajes y endemoniados.

Nunca los quisieron mirar con detenimiento, ni entender, ni conocer sus destrezas y conocimientos, tampoco pudieron admirar la manera que tenían para movilizarse con precisión y con toda su carga por todo el entorno, ni la manera ordenada e inequívoca de llevar sus cuentas.

Ellos conocieron el SOL DE 8 PUNTAS, herencia del extinto pueblo MAYA, que les daba un poder de orientación y pensamiento matemático abstracto, soporte que les hubiese permitido construir una gran civilización si no se hubiesen interrumpido sus procesos históricos naturales, con la llegada potente y definitiva de los europeos con sus intereses económicos, su religión impositiva y su cultura.

Las dudas a partir de las que arranca este texto están en los dos extremos de una cuerda: ¿Ecuador podrá ser mejor si los ecuatorianos leyéramos más? o, independientemente de que leamos más, ¿hay una salida posible?

¿Tragedia o fatalidad? Las dos, pero ese espíritu derrotista no les quita legitimidad a las preguntas, más aún si lo que se ve por todas las ventanas de este tren de la historia es un paisaje tormentoso.

Antes de buscar respuestas o de dejarse vencer por lo imposible, puede ser que haya una génesis, la pregunta anterior: la lectura, la literatura (el arte, en realidad, y la cultura) ¿tiene la fuerza para protagonizar cambios en los pueblos? Es decir, podemos aspirar a que un grupo de creadores libres tengan mejor puntería que los ejércitos revolucionarios para dar en el corazón del sistema. Y si deben hacerlo..., si es parte de las responsabilidades actuar como un golpe eléctrico al sistema central nervioso de las estructuras tradicionales.

Sí, son inquietudes inútiles, preguntadas a sociedades cuya autoridad máxima es el poder económico. Pero, debo decir en mi defensa que las utopías se alimentan de la esperanza que, para fines prácticos, también es inútil, sobre todo tener la expectativa de que el arte puede transformar, de que la cultura es el llamado natural a la acción, de que cientos de miles de caracteres impresos en una libra de papel lo pueden todo.

En la forma de vida moderna son esenciales los privilegios y nunca será cuestionada la manera como se los consigue. Parece que los personajes más sórdidos de la imaginación de los escritores hubieran saltado de las páginas de la ficción a las veredas de la realidad y anduvieran cazando oportunidades para ser aún más privilegiados. Pero nada más, ese es el aporte de la ficción, imaginar seres malos que no alcanzan a la perversidad de los de carne y hueso. Por eso también la literatura es un desperdicio, inútil: además de no poder imaginar nada peor que la realidad, alcanza a cuestionar la esencia humana, lo cual es, nada más, una fuente de incomodidades, un veneno ligero a la conciencia que le intranquiliza, pero no le cambia.

Es así que los escritores ocupan, en la cotidianidad, un lugar alejado, nadie quiere muy cerca a alguien con la sensibilidad de reflejar los detalles de una realidad áspera ni a quien tiene la poca vergüenza de retirar las caretas de los privilegios y, de una manera silenciosa, empujar a las sociedades a aprender

a no soportar a los privilegiados; ni, por último, a quien se dedica a un «hobby» tan inútil.

Ese es el campo de batalla, el ámbito del conflicto, el escenario de la disputa en la que usualmente no sucede el milagro, gana el contradictor de quienes arrancan máscaras. Es como sembrar en el desierto. Los ecuatorianos no tenemos la costumbre de tomar un libro —hasta por curiosidad— («No hace falta, hay Netflix»). Y de literatura menos aún, la relación entre escritores y lectores se sostiene de una tela de araña, casi invisible. Si las letras no ocupan los espacios del cerebro de las personas, los habitan cantos de sirena.

En estos tiempos muchos dicen con orgullo, hasta con arrogancia, que no leen, tratan de hundirse en el imaginario de que lo más cool es no estar en el arte, desconocer la cultura.

No lo toman porque tienen fija la idea que leer no les ayudará a conquistar una posición de destacado capitalismo, a menos que sea el manual de estar mejor que los otros a costa de los otros.

Otra vez, un voto a favor de lo utilitario. Las estadísticas lo dicen: se lee lo que sea verificable, lo que se puede entregar para revisión de pares, lo comprobado con metodologías complejas; eso sirve, lo otro son divagaciones de quién sabe qué tipo de persona.

Si alguien está desalentado, ¡recomponerse!, porque queda algo más de recorrido. La revolución de la comunicación digital ha llevado a todos al corral de la preeminencia de lo audiovisual. Ahora se ve y se oye, no se lee, los códigos de información deben ser rápidos, fáciles, coloridos y retumbantes. El resultado ha sido una tendencia general a ser mirones de lo burdo (esta puede ser la respuesta a la segunda inquietud: no hay salida).

Estamos condenados a seguir siendo pueblos que puján por emerger, pero pataleamos hacia la dirección equivocada, nuestras vías al desarrollo están dibujadas con tinta invisible hacia un infinito aversivo.

A pesar de todo lo que se ha hablado durante décadas, Ecuador sigue sin leer lo suficiente y no puede salir de su estado. ¿Es una coincidencia? Y, rebota la misma pregunta: si fuera diferente, si leeríamos más, ¿estaríamos en una mejor posición?

La cultura, el arte, la literatura nacieron, crecieron y han resistido todo tipo de asedio. Están ahí porque son esenciales, porque sin ellas no existe posibilidad de una vida en común. Miro dos

problemas: el inicial es que se requiere de un mínimo ejercicio mental para descubrirla, esfuerzo que pocos están dispuestos a asumir; y, final, se la percibe, a la cultura, como un adefesio de apéndice.

La necesidad de reconocer una identidad, por ejemplo, es un añadido prescindible para el grueso de la sociedad, porque su identificación está o bien en un sueño de migración al norte o en la necesidad de mudar de piel a la de la nueva moda o que nada reemplaza a tener privilegios o la percepción de que lo único posible está en un espacio virtual y en un tiempo real.

Sea cual sea el abanico de argumentos, no leemos y no tenemos intención de hacerlo. Si la identidad es un apéndice, los códigos son inútiles —como la cultura— y las formas de expresar, como el idioma, inservibles. La consecuencia son que la sociedad en general no tiene una relación de respeto con las letras, no del nivel que quisiéramos quienes escribimos. Tampoco se respeta las notas, los colores, los trazos del cuerpo en el espacio, las fotografías fijas y las que están en movimiento.

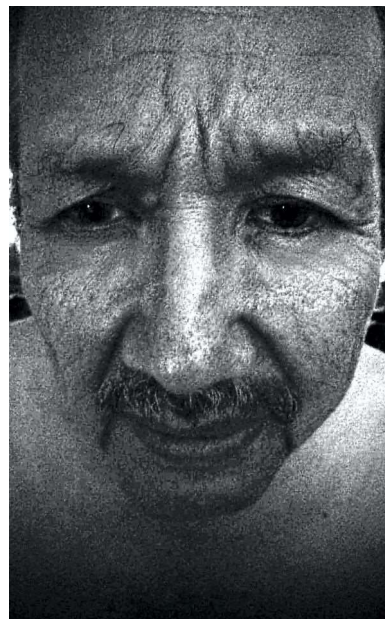
Bien; de nuevo: ¿ciudadanos que reconozcan su identidad, que perciban la cultura, que cultiven el arte harán el milagro de un cambio de país? Si es que eso fuera así los políticos harían fila para adherir violinistas, poetas y muralistas a sus huestes.

Creo que, en general, los artistas están menos dispuestos a ceder sus principios, además que tienen demasiados escrúpulos: hay un límite hasta el que pueden rebajar su condición humana en nombre de un proyecto político o, simplemente, de una intención de gobierno.

A pesar de este escenario, los artistas somos gente testaruda y enfrentamos de pie una realidad que nos es, por lo general, adversa.

Es evidente que estas palabras están llevando la realidad más allá de los límites, pero hoy hay un buen motivo para mirar a los ojos a la desazón y a la orfandad que suele envolver a los creadores.

La razón, y la conclusión de todo lo anterior, es que delatripa es una obligación moral para no sembrar en el desierto. Mejor dicho, para sembrar en el desierto con la seguridad de que florecerán unos prodigios.



¿Literatura basura?

Diana Laura
García Rodríguez

Según la Universidad Nacional Autónoma de México, la literatura es una de las bellas artes y una de las más antiguas formas de expresión artística, que emplea como medio de expresión el lenguaje oral y escrito. Por otro lado, la basura describe al material que pierde utilidad o que jamás la tuvo, entonces ¿Qué es literatura basura? Muchos creen que son esos libros que no aportan nada al lector, o que hablan sobre temas clichés una y otra vez, libros que se venden por vender que no tienen un trasfondo, o que son tan tontos como una telenovela ¿pero esto es real? Personalmente eh leído tantos de estos libros que consideran basura, que decían que realmente no estaba leyendo, curiosamente hoy por hoy estoy en la Licenciatura en Literatura Hispanoamericana en la Universidad Autónoma de Guerrero.

Todos tenemos un libro que nos está esperando en alguna estantería, y quizá sea un libro lleno de clichés y eso no está mal, porque cada persona tiene criterio propio, y no a todos nos va a gustar lo mismo, pero desgraciadamente juzgamos tanto la literatura que llegamos a creer que solo hay una correcta. No todos comenzamos leyendo las que son consideradas las obras maestras, me gustaría que pienses en tu primer libro, es mas ¿lo primero que te interesó fue un libro?

No está mal leer estos libros considerados basura ya que lograron su objetivo, llegar a las manos correctas, y no nos damos cuenta que cuando encontramos el libro perfecto nos es imposible salir del mundo de la lectura, estos libros actúan como un gancho ya que nos llevan a querer más y más, un ejemplo sería que podríamos iniciar con *After* de Anna Renee Todd, y seguir con *Bajo la misma estrella* (John Green), *Yo antes de ti* (Jojo Moyes), y llegar a libros como *Orgullo y Prejuicio* (Jane Austen), o *Como Agua para chocolate* (Laura Esquivel), entonces el término “literatura basura” está mal, y no debería existir ya que solo nos crea prejuicios y nos hace creer seres superiores por leer algo socialmente aceptado.

Elciana Goedert e seus *Amores em degradê*

Isabel Furini

“Amores em degradê”, o novo livro de Elciana Goedert, Editora Bem Cultural, poetiza as várias faces do amor. Poetiza a paixão, o erotismo, a sensualidade... também aborda o amor ao próximo, o amor à natureza, e não falta o romantismo, pois a autora confessa “A beira-mar, Ao redor de uma fogueira Com alguém especial que também me queria (...)”. Esse livro extravasa emoções e lembranças. É uma obra que se afasta do artifício e da construção sofisticada, mas nos chama pelo tom íntimo, quase confessional, no qual podemos perceber o perfil de um autorretrato amoroso da autora, e aquele velho desejo “de amar e de ser amado”, que talvez seja o único desejo autêntico que perdura durante toda a vida. Pois todas as conquistas podem ser transformadas em cinzas, o trabalho, o status, as honrarias, e até o ouro acumulado, mas o amor, o desejo de amar e de ser amado são sentimentos análogos à Ave Fênix que renasce das cinzas.

Ora é o amor calmo e transparente que se apresenta no livro, ora é o amor transformado em expressão instintiva, quase selvagem. Ora está retratado em momentos de alegria e de paixão, ora está presente como desilusão e tristeza.

A obra está dividida em dez partes: O amor e suas expectativas; O amor e a decepção; O amor e o desejo, O amor incondicional, O amor próprio; O Amor eterno: saudade; O desamor; O amor ao próximo; O amor à palavra; O amor à natureza. Diferentes maneiras de expressão desse ser imaterial chamado Amor, que às vezes se apresenta de maneira doce e gentil, e outras vezes de maneira insolente.

O novo livro de Elciana Goedert é lúdico e profundo ao mesmo tempo. Chama a atenção sobre o sentimento humano, sua força e sua beleza. Terminada a leitura da obra, podemos perceber uma pergunta tácita: ¿qual seria o valor da vida humana sem a magia do amor?

Isabel Furini: É poeta e escritora, autora de 35 obras, entre elas “Os Corvos de Van Gogh”. Seus poemas foram premiados no Brasil, Espanha, Portugal e Argentina.

Desvaríos de la freaky neurosis

por Gema E. Cerón Bracamonte

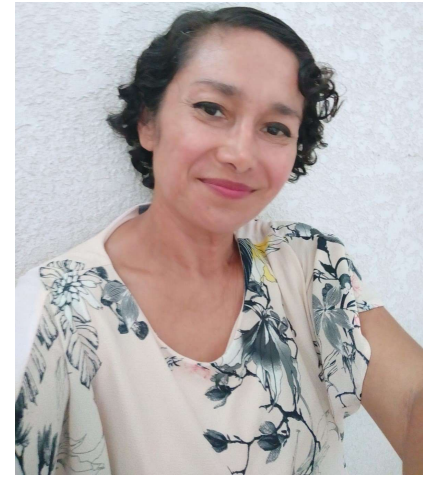
Límites profesionales

Renunciar a un trabajo implica replantear el sentido hacia el cual nos dirigimos. No es fácil tomar una decisión que nos afecta económicamente, sobre todo cuando existen personas dependientes de nosotros. Muchas veces, debemos poner en tela de juicio las razones por las cuales vale la pena seguir en un empleo que nos gusta, pero paga poco, ante la necesidad de buscar otro nuevo que nos ofrezca un salario digno para llevar una vida sin limitaciones.

¿Hasta dónde es saludable mental, y emocionalmente, soportar la presión de un jefe que espera siempre apoyes a la empresa, pero cuando lo necesitas, te da la espalda? En ese sentido, a los trabajadores se les exige ponerse la camiseta, incluso aún a costa de su tiempo de descanso, o aquel que deberían destinar a su familia y/o al cuidado de sus hijos.

Es verdad lo que dicen, trabaja en algo que te guste y no tendrás que trabajar nunca; es bonito amar tu trabajo; pero, ¿qué ocurre cuando ese trabajo no te ofrece la seguridad de un salario digno? Por más amor que le tengas, llegará un momento en el cual debas establecer límites, replantear tus prioridades y pensar con cuidado ¿De verdad necesito soportar esto? ¿Vale la pena un trabajo donde tus esfuerzos no son reconocidos y tampoco tengas oportunidad de crecimiento?, por supuesto que no. Cito a Marco Antonio Murillo: “El trabajo dignifica, sí, siempre y cuando exista dignidad en la paga”.

Ante la enorme falta de oportunidades, muchos se han visto en la necesidad de subemplearse ganando el mínimo. Tan es así, que se ha vuelto furor la noticia de que la empresa Tesla abrirá una fábrica en nuestro país, y ofrecerá salarios más altos que el promedio. Falta ver si efectivamente los salarios serán acordes a la información circulante; y por supuesto, entender



que entrar a laborar a una empresa con excelente salario y prestaciones, jamás es fácil. Huelga decir que por más capacidades que un candidato posea, nunca sabremos lo que un reclutador está buscando. La competencia es mucha, y los salarios dignos, pocos.

No, no le debemos gratitud a una empresa, que no se preocupa por el bienestar de sus empleados; para quienes solamente somos un número más, totalmente desechable y reemplazable. Hay razones de sobra para que un trabajador renuncie: debido a un pésimo ambiente laboral, debido a jefes que usan su posición para pasar por encima de los empleados; cuando el empleado no es tomado en cuenta, no puede desplegar su potencial y sólo parece un instrumento sin propósito. No menos importante es, porque el sueldo no alcanza para satisfacer sus necesidades básicas.

Renunciar a un empleo, cualquiera que fuese la razón, implica un acto de amor propio donde establecemos límites profesionales sanos. Es decir, saber exactamente cuál es nuestra valía como persona y como profesionista; y en base a eso, comenzar a buscar nuevos horizontes donde podamos encontrar aquello que tanto merecemos.

Las incógnitas del cuerpo

por Mar Palacios



Equivalente al cuerpo

El cuerpo como una recopilación de detalles y cosas que no tienen sentido. Sólo sé que me mantiene en una parte, sujeta en algo a lo que llamamos tiempo y espacio. El cuerpo comienza cuando otro lo menciona, y a partir de palabras se construye el cuerpo. Las primeras palabras, en muchos casos, como el mío, pueden estar llenas de amor:

Qué lindos ojos
¡Mira esas pestañas!
Tu piel es del color de la miel

La primera vez que supe que mi cuerpo no era bien recibido en el espacio y tiempo fue cuando un taxista me dijo “pinche indio”. Tenía nueve años. Antes hacían referencia a que mi piel era sucia pero nunca entendía el por qué si todos los días me bañaba. Fue hasta ese día, a los nueve años, donde supe que mi cuerpo no era querido.

¿Qué es un cuerpo no deseado? Una casa inhabitable. Un terreno baldío del color de la tierra.

Comencé a odiar mi cuerpo cuando me di cuenta que mi color de piel por más que lo lavaba no se me quitaba el color. Me decían que el cuerpo idóneo era el cuerpo blanco, pues el blanco es sinónimo de no estar sucio. Me hicieron creer que estaba sucio: me bañaba y me bañaba. Mi color cambio al color de las heridas, y mi piel se tornó del color de la sangre, más nunca blanco. Pasado el tiempo llegaron cosas peores, como darse cuenta que el cuerpo cambia.

Siempre se ha visto al cuerpo como una casa, como un templo, tu cuerpo es un templo, ¿qué significa eso?

Cuerpo. Del latín *corpus*.

1. m. Aquello que tiene extensión limitada, perceptible por los sentidos.

Me limito a mis bordes y mis sentidos, apenas los que comprendo.

2. m. Conjunto de los sistemas orgánicos que constituyen un ser vivo.

Soy un conjunto de sistemas, ¿habrá un sistema solar en mis adentros?

Casa. Del latín *casa*.

1. f. Edificio para habitar.

Templo. Del latín *templum*.

1. m. Edificio o lugar destinado pública y exclusivamente a un culto.

No me siento edificio ni de concreto ni me siento algún lugar destinado a un culto. Odio todo lo que tiene carácter sectario. Por lo tanto, descarto ambas palabras para definir al cuerpo.

El cuerpo es una vivienda:

Vivienda. Del latín vulgar *vivenda* 'cosas con que o en que se ha de vivir', y este del latín *vivendus* 'que ha de vivirse', gerundio de *vivere* 'vivir'.

1. f. Lugar cerrado y cubierto construido para ser habitado por personas.

A pesar del cuerpo construirse como una vivienda no tiende a saberse de tal forma, el cuerpo es como la concha de un caracol: cargamos con nuestra única casa hacia todos lados y sin poder adentrarnos en ella como los cangrejos o los caracoles. Vivimos constantemente en una casa que nos expone, como si fuera de un material transparente y nada resistente. Ahí comprendí que el cuerpo no es escudo. A lo mucho es una especie de plástico que sirve para que las bacterias no nos pudran.

No todas las viviendas se adecúan a nuestras necesidades, las viviendas las hacemos habitables, pero eso no las vuelve cómodas en primera instancia. El cuerpo como una vivienda que se

debe volver habitable. El cuerpo como algo que podemos aspirar a habitar y coexistir, más allá de las palabras y de las descripciones. Más allá de lo que sentimos cuando nos mencionan que no somos habitables, que no somos vivienda.

El cuerpo, para este momento, es un nido de historias que jamás te contaron, sólo heredaste, y una constante de preguntas sin responder, como el sonido de fondo que ignoramos.

La piel y el oído son partes del cuerpo. Ambos sentidos no podemos controlarlos: todo el tiempo sentimos, aunque lo olvidemos, de la misma manera en la que escuchamos. El cuerpo es el lugar común para sentir.

Mi corazón busca con la boca, según Dolores Dorantes. Mi corazón lo llevo en la boca, pero también al caminar. Recuerdo —siento con el corazón— que de pequeño me bamboleaba al caminar. *Camina como hombre* decía mi padre. Yo no sabía qué era un hombre, seguro algo externo al cuerpo, pero sabía que quería caminar así. Mi bocacorazón hablaba en tonos muy agudos, era requerido para ser parte del coro hasta la secundaria. Mi hermano se sorprendía cuando podía imitar las voces de los personajes femeninos de los animes en japonés. Mi voz nunca fue de hombre. Mi boca nunca lo fue, mi corazón tampoco. Igual que la piel, la voz no era vivienda, el tono no era hogar. Habla como hombre, ¿qué es ser hombre? ¿Por qué ser hombre es tan molesto y no me permite ser? Ahí comencé a darme cuenta que mi cuerpo no era el lugar correcto para existir, simplemente era lo que construían al rededor de mí y tenía que acatar las leyes como un soldado raso sin raciocinio alguno.

¿Qué tanto se puede habitar en lo que te dijeron que era inhabitable?

Pasa el tiempo, llegan más cuerpos: te comparan, y te juzgan como si sus palabras fueran las únicas que existen, y te califican. Adjetivo, adjetivo, adjetivo: el cuerpo como albergue de los adjetivos. Y así te forman, sabiendo si eres vivienda o no, recordándotelo con ciertos adjetivos que se incrustan en tu cuerpo, como si las palabras tuvieran forma y peso, como si fueran manos que te moldean. y fueran como espinas que se quedan en la ropa, en el pelo, en la piel. El cuerpo como aquello que se amolda a la palabra.

Tras ser un albergue de adjetivos te valoran, y deciden si tu cuerpo importa. Cuerpos que importan, como los cuerpos que menciona Butler. A su vez, y de esta forma, ves a tu cuerpo como un objeto dado a ser borrado entre las caravanas si no cumples con ciertos requerimientos. Esta lista de exigencias depende de cada persona, cultura, rama filosófica, posición ante el gobierno, posición de poder, medidas adecuadas, rasgos adquiridos y una lista de nunca acabar. El cuerpo, ahora, como un objeto olvidado lleno de adjetivos que te hieren y que con cada mirada te lesionan más. El cuerpo como una vivienda de heridas, el cuerpo como andamios repletos de fisuras.

Yolanda Segura dice *que un cuerpo ocupa un espacio. En cambio, una persona hace un lugar, algo que se pausa.*

¿Y si el problema siempre fue que me vi como un cuerpo y no como una persona? Así hago un lugar mi cuerpo, algo que puedo poner en pausa. Pauso el dolor y los adjetivos, y borro las heridas y me adorno de constelaciones. Me nombro con el nombre que siempre se adecuó a mi vida y a mis recuerdos más amados.

*Decir persona
como quien dice
Madame Bovary soy yo*

Dice Yolanda Segura, y me siento Madame Bovary, pero no me siento enteramente ella, no me siento él, no sé qué soy, sólo me habito deformemente a lo que la sociedad me dice, el cuerpo como un lugar incompleto, el cuerpo como no saber cómo habitar, pero saber cómo quieres habitar. Y a partir de ese lugar comienzo a narrarme, desde el querer habitar más allá de lo que puedo o no puedo hacer. El cuerpo como un milagro habitar a la manera que tu quieras y no la que te exigen:

Volverse a armar, así lo expresó Dolores Dorantes

Te das cuenta que tu cuerpo fue juzgado por un montón de estereotipos que no tienen sentido: tu nariz nunca fue del pasado de los indios, fueron de los Atanasio. Hombres blancos. Hombres que eran representados en los biombos japoneses con narices inmensas.



Name of Object:

detalle de Biombo Namban (南蛮屏風)

Lugar donde se localiza: Lisboa, Portugal

Museo que lo posee:

Museo Nacional de Arte Antigo (Museu Nacional de Arte Antiga)

Fecha: 1593–1600

Y te das cuenta por la familia que lo porta, y te das cuenta al ver a tu bisabuelo hermano de tu abuela: la nariz tenía una connotación errónea, así como todo tu cuerpo.

Y te das cuenta que la piel tiene más propiedades que sólo los comestibles. Eres algo más allá de la miel y de la noche que son los adjetivos que reinaron tu vivienda. Y no le das un adjetivo, sólo es.

Y no la hieres, sólo es. Porque tu cuerpo es algo más allá que un albergue de palabras, el cuerpo no debe ser un chaleco antibalas. El cuerpo nunca fue un escudo, ya lo sabías, pero hasta ahora lo reflexionas con calma, hasta ahora puedes calmarte porque ya no hay balas en el camino que te angustian.

Y así descubres y te reconstruyes la vivienda dándote cuenta de lo que eres.

Uno construye el tiempo uno construye su cuerpo. Y lo adecúa a lo que siempre fue para volverlo su propia vivienda y no la vivienda de otros. Una persona construye su cuerpo para construir su tiempo, y que estos se vuelvan vivienda.

Renombrarse hasta poder habitar nuestra propia vivienda.

Renombrarse las veces que sea necesario.

Dolores Dorantes lo resumiría:

Uno construye el tiempo. En esta etapa se buscan soluciones. Un atributo de tus circunstancias. Agotar. Perder. Cambiar. Resignificar. Repetir. Uno construye el tiempo. Odiarse como un Dios. Uno construye las circunstancias. Di que eres una nube.

Poeta en Japón

por Yaxkin Melchy

La escarcha 霜 (Shimo)

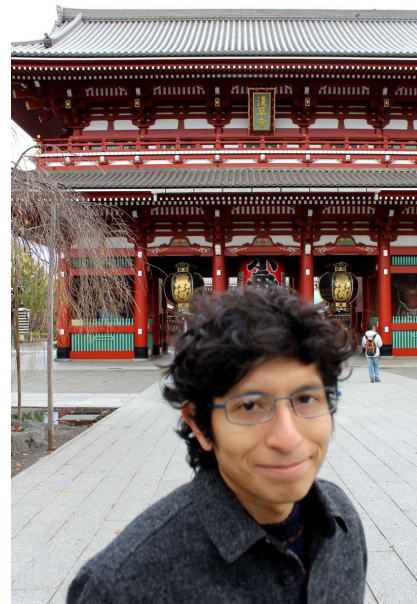
Ya se siente aquella luz tibia de la primavera japonesa que despierta la vida vegetal. Sin embargo, aún por las mañanas amanece el suelo con escarcha.

Salgo al parque, miro esta hoja y le tomo una fotografía, la comparto con un amigo y me dice “maquillaje de escarcha” o escrito en japonés 霜化粧 (shimo keshou). Entonces pienso en la curiosa belleza de decir esa metáfora “maquillaje de escarcha” con tan sólo tres caracteres kanjis. Le digo a mi amigo que en lo que respecta a la traducción de poesía, mientras más lejanas sean las lenguas ésta se vuelve más interesante.

Una breve guía para traducir poéticamente una lengua tan distante como el japonés sería primero comprender con los sentidos y el corazón y luego comprender con la cabeza y el diccionario el poema. En todo caso, he dicho que mientras más lejanas las lenguas la traducción se vuelve más interesante, y esto es también porque al ser más lejanas las lenguas nuestra limitación se hace evidente y necesitamos un diálogo con nuestro par, el otro traductor o traductora que nos ayude a aterrizar la traducción del poema. Mientras más lejanas las lenguas, la traducción nos orilla al trabajo en equipo y a compartir formas de experimentar la vida.

El año pasado, por esta misma época del invierno, estaba en Kioto y allí otro amigo me presentó la llamada “flor de nieve” o 雪の花 (yuki no hana) que es cuando un copo de nieve queda prendido de la rama de algún arbusto de manera que parece que tuviera una flor. Pienso que ciertamente el invierno japonés es poético y nos enseña sus propias metáforas del agua cuando se congela. Como se sabe la observación de las estaciones tiene una larga historia en la sensibilidad japonesa y de esta manera “cíclica” la poesía se encuentra viva en el sentimiento popular.

Sigo explorando el camino poético que transcurre entre la observación y la imaginación, el camino que llamo el de la “poética de la flor



escarlata”. Nosotros también somos agua, agua que circula y se mueve junto a nosotros. ¿Cuáles serían las metáforas japonesas, mexicanas o ecuatorianas del agua que somos?

Soñé que al derretirse la nieve encontraba el vecindario enverdecido. Pienso en el siguiente tanka:

Hana wo nomi
Matsuran hito ni
Yamazato no
Yukima no kusa mo
Haru wo misebaya

A quienes sólo acostumbran
esperar por las flores de cerezo
déjales ver la primavera
de las hierbas que se asoman
en la nieve de una villa en la montaña.

Lectores somos

por Estrella Gracia González

La historia de una fascinación



Poco antes del 31 de octubre de 1632 en Delft, Países Bajos, nació Johannes Vermeer, uno de los pintores neerlandeses más reconocidos del estilo barroco. Entre sus obras destacan: “La lechera” (1658-1660), Alegoría de la fe (1670), Vista de Delft (1660-1661), entre otras. Vermeer pintó pocos cuadros para el mercado libre de las artes, pues la mayoría de sus obras fueron pintadas para sus benefactores, ya que la vida del pintor estuvo marcada por constantes problemas económicos. Las obras del magnífico pintor fueron olvidadas por casi dos siglos, hasta que, a mediados del siglo XIX, el periodista y crítico francés Théophile Thoré, redescubrió el arte de Vermeer y fue así, que el mundo conoció una de las obras maestras más reconocidas del pintor “La joven de la perla” (1665-1667) conocida también como la “Mona Lisa holandesa”

Al ver una pintura, una escultura o cualquier otra obra de arte, quién no se ha preguntado alguna vez: ¿Qué inspiró al artista? ¿Qué acontecía en su entorno? ¿Cómo era su vida? Y en este caso: ¿Quién fue Johannes Vermeer? ¿Quién era la joven de la pintura? ¿Cómo logró el pintor tal realismo, ese excelente manejo de la iluminación, la sutileza en los colores y todos esos pequeños detalles tan pero tan significantes? Nos podemos hacer un sinfín de preguntas al tener una joya como esta frente a nosotros, lamentablemente, no existen muchos datos acerca del autor ni de la musa, pero, esa mirada triste en la joven de la pintura y 36 obras más creadas por Vermeer, crearon drama y conflicto en la mente de la escritora, Tracy Chevalier, nacida el 19 de octubre de 1962 en Estados Unidos. Fue ella, quien imaginó de manera tan minuciosa y con escasos datos biográficos, la historia en torno a este cuadro y nos sumerge en el tiempo, llevándonos directamente al siglo XVII, donde conocemos la precaria vida del genio pintor, quien tiene deuda con el carnicero, el panadero y

otros proveedores más, ya que su numerosa familia conformada por más de diez hijos, lo tienen en la ruina, incluso, su familia no vive en casa propia, si no bajo el techo de la suegra quien en todo momento tiene la visión para apoyar a su yerno siendo caso contrario la esposa, una mujer celosa que solo se ha llenado de hijos.

Pero esto es solo la vida del pintor ¿Qué hay de la enigmática joven? Bien, la escritora Tracy Chevalier, publicó en 1999 su segunda novela: “La joven de la perla” basado en la pintura de Vermeer, sin embargo, no solo nos cuenta la historia del pintor y sus problemas, si no, que también nos habla de la vida de la musa de Vermeer y no solo eso porque, además, le da un nombre a la musa: Griet siendo ella, la joven de mirada triste y labios sensuales, quien en primera persona nos platica su historia en esta novela de género histórico con tema romántico y biográfico. Griet, es una joven de 16 años de edad, que tiene que apoyar en la economía de la familia, ya que su padre (de oficio pintor) ha perdido la vista, es entonces que en 1664 llega a casa de Johannes Vermeer para trabajar como sirvienta y es ahí donde todo inicia. Griet, nos platica sus días dentro de la casa Vermeer, la áspera relación que lleva con la esposa del patrón, de los chantajes del benefactor de Johannes y de cómo nació la idea de la pintura. Es interesante conocer el proceso que se seguía para encontrar los colores adecuados y las mezclas que se debían realizar para lograr la luz perfecta en la pintura. Griet, fue una pieza fundamental en todos los aspectos, su opinión fue importante.

El libro es asombroso y la narrativa de la escritora es excepcional, porque no solo nos lleva

a conocer ese siglo de oro neerlandés, también nos lleva por las calles de Delft. Conocemos el interior de la casa Vermeer y acompañamos a Griet en su trabajo diario, como cuando prepara la colada o va al mercado; incluso conocemos el dolor que sintió al separarse de su familia y al perder a su única hermana a causa de la peste y por supuesto, conocemos cómo es que la sirvienta llegó a ser la musa del pintor y la historia del origen de la perla que portó para el cuadro, que la metió en un sinfín de problemas.

No obstante, lo maravilloso de este libro recae en como la escritora contemporánea nos atrapa para hacernos creer que es una novela histórica real y que es la misma joven de la pintura quien nos cuenta su historia, ya que una vez que se lee la novela es imposible separarla del óleo.

Y como los grandes libros siempre suelen ser llevados a la pantalla grande, en el 2003 la novela fue encarnada por Scarlett Johansson como Griet y por Colin Firth como Vermeer. La película fue dirigida por el director británico Peter Webber, siendo nominada a tres premios de la academia como: Mejor dirección de arte, mejor fotografía y mejor diseño de vestuario, pero no pudo lograr ninguna estatuilla. También fue nominada a un premio Goya como mejor película europea, a los premios BAFTA y dos Globos de oro. Y por supuesto, como suele suceder con la mayoría de las adaptaciones, la película no sigue la historia original al pie de la letra. El giro que le dan al personaje de Griet en la película, es distorsionado.

“La joven de la perla” escrita por Tracy Chevalier y publicada en 1999, ganó el Barnes and noble discover award en el año 2000, como mejor novela. La incógnita siempre seguirá: ¿Quién era la joven de la perla? Pero este libro lleva la historia de una fascinación que nos hace viajar en el tiempo y nos absorbe desde la primera página para no soltarnos hasta llegar al final.

*Una fórmula para alcanzar la celebridad
puede ser ésta: expresar ideas sencillas
con claridad, ingenio y cortesía..*

André Maurois



Celebrar que nuestra revista *delatripa*: *narrativa y algo más* esté festejando un décimo aniversario, es una gran oportunidad para escribir sobre ello, lo creo así porque este proyecto independiente siempre está en contracorriente a las cotidianidades académicas; creo que me entienden, los que aquí estamos no lo hacemos por una remuneración económica y mucho menos por un documento o estampita para llenar nuestro currículo, estamos porque amamos escribir y compartirnos.

Y es que reunir a seres humanos de diversas latitudes, ya es un acontecimiento que merece ser celebrado. Entiendo que muchas veces nos encontramos en múltiples acciones y se nos va de las manos una que otra actividad, pero la revista es el mejor ejemplo de tenacidad y esfuerzo de Adán Echeverría y el equipo editorial; a ellas y ellos, gracias, porque en ciclos como éste de nuestro décimo aniversario, festejar se torna en un espacio de reflexión y de ahínco, nos valoramos y reconsideramos nuestro caminar en este campo de letras, espacios en blanco e idiosincrasias que visibilizan a mujeres y hombres que de una u otra manera estamos haciendo historia en las publicaciones de nuestro país.

La voz *celebración* proviene del latín *celebratio* que significa acción y efecto de organizar o participar en un acto solemne o una fiesta, sus componentes léxicos son *celebrare* (concurrir, visitar en gran número algo, frecuentar en gran turba), más el sufijo *-ción* (acción y efecto) y creo que esto es nuestra revista, tiene miradas equidistantes que

observan diferentes hechos o acontecimientos de la vida cotidiana, ésa que cada uno de nosotros tratamos de vivir aunque muchas veces nos cueste digerir atrocidades o barrabasadas de unos u otros, pero siempre conscientes de hacerlo de tal manera que nuestro lector no se aleje, por el contrario llegue a *delatripa* como a un remanso en donde poder abreviar.

Los ensayos académicos son famosos por las sensaciones tan intensas que provocan en primer lugar, de aburrimiento y en segundo de desinterés. Un discurso político provoca más interés que cualquier ensayo académico. Un discurso narrativo real o de ficción provoca más interés que cualquier ensayo académico. Algunos discursos políticos también dejan mucho que desear.¹

Celebremos, pero también sigamos accionando, invitemos a más personas que nos quieran compartir la palabra, porque sin duda esta revista a abierto espacios para jóvenes que aún están en las aulas, pero también lo han hecho con personas que tienen larga trayectoria en su entidad o país, sigamos construyendo un espacio de encuentro, vivenciamos cómo es estar planeando cada mes nuestra columna o nuestra texto narrativo; porque narrar la vida en asumirla, sentirnos adentro de ella y mirarla con múltiples miradas.

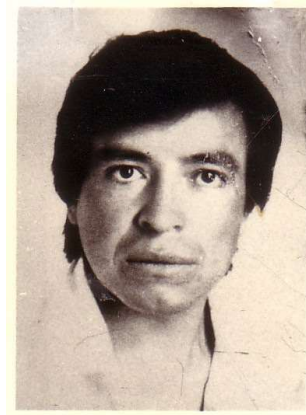
1. Fragmento de Principales influencias de la literatura contemporánea de la escritora cubana Legna Rodríguez Iglesias.

<https://hypermediamagazine.com/literatura/poesia/volar-los-techos/legna-rodriguez-iglesias-poesia-cuba-estados-unidos/>

Brutal como el rasgar de un fósforo

por Gustavo Garzón

Hércules ante las Gorgonas



A veces se cree que levantarse temprano, desperezarse a gusto, tomar una ducha, servirse desayuno abundante y nutritivo es suficiente para que el día se vaya desarrollando como lo esperamos, como era de esperarse cuando abandonó la cama descansado, realmente descansado.

A eso de las nueve y treinta ya estaba listo a enfrentar el día como Hércules habrá estado para enfrentarse a las Gorgonas y un vendedor toca a la puerta. María abre, intercambian unas palabras; pasan a la sala de recibo. El baja, como casi todos los días, de sport; encuentra a María al pie de las escaleras y es informado de que el vendedor desea una entrevista. El vendedor es el tipo de hombre hecho a medida de su terno; saluda cortésmente, toman asiento. María, que se ha quedado respetuosa unos pasos atrás, pregunta si los señores tomarían una taza de café.

- ¿El caballero desea?
- Muy amable, gracias.

María desaparece y él adquiere la posición: usted dirá.

- He venido a hacerle un gran servicio.



Se previene porque es la típica introducción del alumno aprovechado de Carnegie.

- Quisiera presentarle, si me lo permite, una muestra de nuestro producto-. Hace además de abrir el maletín que yace junto a su sillón.

- Adelante – le anima pensando que va a perder el tiempo.

Saca un cubito de cristal conectado mediante alambres a un aparato similar a un radio de bolsillo, en cuya parte superior titila un foquito. Coloca todo sobre la mesa del centro y aparta el florero para que no haya obstáculos en el campo de visión. Dentro del cubo hay una mesa que apenas insinúa alguna forma. El se acerca, observa con detenimiento; es cierto, la mesa late rítmicamente.

María entra, deja el servicio sobre la mesa y vuelve a desaparecer como solo ella sabe hacerlo.

- Esto, mi querido señor, revolucionará su vida.

No muy adepto a los organismos inferiores, menos aún si parecen puré de hígado sometido a choques eléctricos; sirve el café y bebe el suyo para evitar probables reacciones del estómago.

- Por favor, vayamos al punto – dice señalando el cubito.

- Hermoso ¿verdad? – cierra el maletín, toma su taza y agrega: este embrión no requiere mayor de mayor cuidado, se desarrolla en un período, digamos, relativamente corto y, por su puesto, su costo es fácilmente accesible para personas de su posición.

- Todo eso está muy bien, siempre y cuando uno sepa qué llega a ser esta maravilla de embrión.

- Un dragón, caballero, un hermoso y auténtico dragón.
Sonríe, vuelve a acercarse al cubo, pero no distingue fauces, escamas, cola, alas o cualquier otro indicio de la calidad dragoniana de la masa de cartílagos.

- No es que desconfíe de su palabra, pero cómo, si se puede saber, ¿puedo estar seguro de que se trata de un verdadero dragón?

- Hay una manera muy fácil de comprobarlo – responde orgulloso -; comparto su inquietud, permítame invitarle a esa ventana.

Se ponen de pie, el vendedor le toma ligeramente de un brazo para conducirlo hasta la ventana que da al jardín en donde, apacible, un dragón no más grande que un asno devora un rosal.

- ¡¡María, María!?

Aparece María.

- María, ¿qué hace ese animal en el jardín?

- El señor me pidió que le diera un poco de agua.

- Sepa usted – dice dirigiéndose al vendedor – que tendrá que pagar los daños que esa bestia cause en mi jardín.

- Por favor, no lo tome a mal, es que a veces se pone muy travieso.

- Travesura o no, ¡sáquelo de mi rosal y salga usted de mi casa!, ya mis abogados se encargarán de la demanda que inmediatamente ejecutaré contra usted y su compañía.

No le quedó más que guardar sus cosas; María lo acompañó hasta la puerta.



Gustavo Garzón, “Tavo” para sus familiares y amigos, nació en Quito, Ecuador, el 8 de junio de 1958. Estudió en la escuela fiscal “Simón Bolívar”, el Colegio Nacional “Montúfar” y la Universidad Central del Ecuador. Se licenció en estadística y banca, profesión que nunca ejerció pues se especializó en Aviónica, electrónica de los aviones, vinculado a la empresa ecuatoriana de aviación.

Toda su vida la dedicó a la literatura; sus escritos más antiguos datan de su época colegial hasta su egreso del ciclo doctoral en literatura en la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, en 1990, cuando fue desaparecido por el estado ecuatoriano con presunción de participación de sus fuerzas represivas.

Noveno Piso

por Sandra Galarza Chacón

Pekados

—Mija, ¡qué bonita! —comentó el Comandante.

Salomé lo abrazó.

—Usted es mi flor. Mi bella flor.

—Taita no me haga sonrojar —respondió Salomé.

—¿A dónde va, hija?

—A la iglesia papá, donde el cura.

—¿Con qué cuento?

—A confesarme Taita... a confesarme.

—Vaya, mamita. Dios la bendiga.

La fina figura salió al portón, dio la vuelta y levantó la mano en señal de despedida. Los hombres en la calle no dejaban de mirarla, el aroma a jazmines la convertían en un ser angelical. Salomé había usado unas gotas del frasco de perfume de su madre.

Leonor sintió el aroma de jazmines, encontró el frasco de perfume sin tapa. Comentó para sí: “Esta muchacha ya se puso mi perfume”. Tomó entre sus manos la tapa y cerró el frasco. Luego lo guardó con cuidado en un baúl de madera.

Quien hubiese conocido a los querubines, hubiese visto a Salomé con sus tiernas alas. Al llegar a la iglesia se encontró con la puerta cerrada. Desilusionada decidió volver a casa. Pero antes caminó hacia la casa parroquial. Ahí vio un tumulto. Se acercó. El padre Delio estaba organizando con las beatas un acto de purificación. De pronto sintió el olor de jazmines en el aire. Su necesidad fue imperante. Miró a los lados buscando a Leonor, pero la musa no aparecía.

Concluyó los oficios y el olor persistía. Inquieto despidió a los asistentes.

La cuidadora se acercó: —Padre Delio, una criatura quiere confesarse.

El respondió: —no es el horario.

—Bueno Padre. Ya le digo a la niña.



El aroma se intensificó y los jazmines inundaron el entorno, el clérigo se sintió desnudo. Su lengua bífida reconoció de dónde provenía el olor.

—Antonia: Llame a la niña.

La cuidadora se mostró extrañada con la decisión. Fue en su búsqueda.

—Niña...niña el padre sí va a confesarla.

Salomé se acercó al confesionario. Delio la esperaba nervioso. No fue necesaria una caricia o un beso. Su presencia lo enloqueció. Debajo de la sotana empezó a darse un remolino de sexualidad y caos. En ella estaba personificada la diosa de la oscuridad, era Lilith.

Delio tuvo que contenerse para no destruir el confesionario y devorar a ese ser. Sus ojillos inquietos miraban a través de la rejilla del confesionario los dos pechos juveniles saltar debajo de una blusa con escote.

Escuchó el pecado y respondió: —Debes rezar cinco rosarios.

—Cinco rosarios —repitió Salomé.

—Sí, cinco. ¿Acaso es mucho?

—No, es poco. Pensé que la penitencia sería mayor.

—No. Ha sido un pequeño beso. Tu primer beso.

Salomé se ruborizó y añadió: —Gracias, Padre.

La muchacha había escogido el tono y la melodía de sus palabras con sumo cuidado.

Sin más comentario se dejó deslumbrar por la amabilidad y ternura del sacerdote. Cuando salió del confesionario miró aquellos ojos profundos, de color verde. En su pensamiento añoró ser poseída por el cura. Fue tal el impacto

que se sintió sofocada. Pidió ayuda. Delio la levantó y la depositó en un sillón de piedra. Al hacerlo sintió el aroma de jazmines y se embelesó.

A los pocos minutos Salomé se repuso, pidió disculpas. Se arrodilló y exclamó:

—¡Padre he pecado! ¡Purifícame!

Delio se contuvo, la miro extrañado.

—Ya estás en paz. Vete con Dios.

—¿Usted cree que Dios me puede ayudar?

—Claro. Dios cuida de las criaturas indefensas.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó el sacerdote.

—Me llamo Salomé.

—¿Cuántos años tienes?

—Padrecito estoy cerca de la mayoría de edad, me falta un año.

—Mira, para purificarte debes llegar a la mayoría de edad. Entonces, iré hasta tu casa y serás salva.

—¿Cuándo será eso?

—En la siguiente luna de año nuevo —dijo la sierpe.

—¿De este año? —preguntó Salomé.

—No. En el siguiente año.

Gracias. Usted ¿Cómo se llama?

—preguntó la muchacha.

—Delio. Pero puedes decirme Chachita—.

—¿Chachita? ...bueno Padre.

La chica se acercó a su oído: <<gracias Chachita>>. Se levantó y se alejó por la calle.

Delio se consumió en la locura.

Convencido de que nadie miraba fue dando saltos hasta la ventana de la habitación. Quería ver a ese espíritu celeste cruzar las calles.

No se había percatado que Antonia -la cuidadora-, seguía sus pasos en secreto. Una sombra gris estaba escondida en el jardín central. Molesta comentó: —“¡Cura hijueputa! ...Ya está mirando a quién comer”.

La cuidadora se arrimó a una imagen y exclamó: —Señor. En qué estabas pensando cuando enviaste a este diablo a nuestro pueblo. Con este comején estamos perdidos en Santa Rita de Babahoyo.

Se santiguó y cerró la puerta de la casa parroquial con doble candado.

Salomé llegó a la casa libre de los malos pensamientos y con una paz diferente. Su madre se acercó.

—Muchacha ¿por qué tomaste mi perfume sin permiso?

—¡Ay, mamá no hice nada de malo!

—¿A dónde te fuiste?

—A confesarme a la iglesia.

Leonor se quedó quieta como una columna de piedra. Pensó: “¿Acaso Delio habrá sentido el aroma de jazmines?”.

—¿Qué te pasa, mamá?

—Nada. Son tus ideas —comentó Leonor.

—¿Qué más hiciste muchacha?

—¿Cómo qué más hice? Ya le dije que me confesé. Quería que el Padre me purificara.

Al escuchar la palabra purificación dio un salto.

—¡Cómo purificarte!

Salomé siguió: —el Padre Chachita me dijo que no tengo edad.

Al escuchar otro nombre volvió la calma. Leonor se sintió como una serpiente hembra a punto de asfixiar a esa presa, en este caso a su hija. Soltando los puños comentó: “Uff, es otro cura, no mi Delio. ¿Quién será el padre Chachita?”. Trataría de averiguar al siguiente sábado a primera hora.

Salomé se acercó y abrazó a su madre. Se despidió para ir a su habitación. Al recostarse en la cama volvió a la escena del confesionario. Ella también sintió una necesidad. Sin entender por qué regresó húmeda. Se sintió como un conejillo que habría recorrido un buen tramo y caído en una cueva. El sueño la venció.



Clarquesword corneado por unicornio decapitado

Hace un mes miré algo inusual al abrir mi feis, parecía que todo el mundo se estaba volviendo loco. Sí, ¡más bien locos de la emoción! Muchos de mis contactos, durante los siguientes días, no había publicación que compartieran o anunciaran que iban a enviar su cuento a la convocatoria de *Clarquesword*.

¡Perdón! ¿Pero qué es essho? Mi interrogante no era por el desconocimiento de quién era Neil Clarke o de su revista; sino más bien debido a que sé perfectamente que es norteamericana, y que mis contactos, colegas en letras, son hispanoparlantes. En un instante llegué a pensar que todos eran bilingües, que conozco algunos; y dije: pues para emocionarse así, es porque van a escribir en la lengua de Shakespeare y van a mandar al diablo a Cervantes durante la siguiente temporada primaveral.

Así es que a la velocidad del rayo McQueen, me di a la tarea de investigar por qué andaban de cabeza mis cuates por las redes como si hubieran recibido un boleto en avión en primera clase, directo a Disneyland, para ser recibidos por el mismísimo Mickey Mouse.

Investigué y ¡OPA, era en español!

Así es mis lectores, el cuento a concursar era aceptado en total Spanish... a pues que chingón dije, es una gran oportunidad para los escritores amantes de la ciencia ficción que quieran darse a conocer en Estados Unidos.

Siendo seleccionado el cuento, que compite en español con sus iguales, va a aparecer en la revista traducido al inglés. Bueno, dije que wow, aunque a mí no me movió el tapete ya que no escribo ciencia ficción, aunque me gusta mucho y sobre todo verla en el cine, pero no hago clic con el género para escribirlo.

Y sigo, *Clarquesword* tiene un excelente objetivo: solucionar la barrera idiomática para que sus lectores tengan acceso a literatura en otras lenguas provenientes de otras latitudes. Ya lo

habían hecho y con éxito con cuentos de escritores chinos, y debido a esto, el proyecto de traducir cuentos en español, vino de una idea planteada desde 2011, ¡híjole!; la cual se concretó doce años después, ¡se habían tardado, canijos!

Una cosa que caracteriza mucho a los gringos, son que las traducciones no son su especialidad, y lo pueden comprobar si buscan en las listas de los bestsellers, ya sea en el *New York Times* o en Amazon, son estadounidenses o ingleses los dominantes absolutos; alguna vez figuró en ella Silvia Moreno García, orgullosamente mexicana, quien se fue a vivir a Canadá hace muchos años, donde escribió sus novelas en inglés, más nunca las traduce, pero si supervisa su traducción, ¡que loco!

Recuerdo cuando era niño, me encantaba entrar a las librerías de Yuma, Arizona. Miraba títulos y títulos, y muy, pero muy a la larga y rara vez, me llegué a topar con uno de García Márquez en inglés. Sin embargo, en las librerías de mi pueblito y de Mexicali, los anglosajones dominaban las mesas de novedades bajo el sello de Grijalbo, Martínez Roca, entre otras.

De una cosa me he fijado, y lo he sabido por parientes y amigos que viven en USA que son lectores, y hasta en voz del propio Stephen King, quien en una entrevista dijo: “no me gusta leer a autores extranjeros, porque son traducciones, y en realidad no estoy leyendo verdaderamente al autor, sino la versión del traductor” algo así.

Y lo que me informaron los parientes y amigos es que el gringo es muy nacionalista, orgulloso de su cine, literatura y arte en general, el cual consume.

Si fuéramos así los mexicanos, y consumiéramos con voracidad la producción de nuestros artistas, ya sean libros, películas, series, fuera otra cosa. Ya sé, van a decir algunos que nuestro cine es chafa, pero, si no apoyas ir al cine a ver una peli de terror, con el prejuicio que no tiene comparación con una gringa, pues así no.

A lo que voy, la convocatoria de Clarkesworld se me hace una idea bien mamalona, donde algunos de nuestros autores quizá puedan dar el batazo de home run y gustarles a los güeros. Primero, en palabras del propio Neil, van a tener visibilidad en la revista, la cual tiene un grueso de 15,000 fieles lectores que la leen como apóstoles, y otra, la más atractiva: en ocasiones, Hollywood les pide datos de contactos, o sea: autores.

Otra cosa que también hace atractiva la convocatoria, es su prestigio y la marca; tanto su director como la revista se han alzado varios galardones internacionales, tales como: el Bram Stoker, el Nébulas, el Hugo y el British Fantasy Award... cómo les quedó el ojo, espero que bien cuadrado. Y aparte, ¡LES VAN A PAGAR! Así como lo leyeron. La tarifa de 12 centavos por palabra; así es que si envían uno de 8,000 palabras (creo es el límite) les van a depositar a su cuenta 960 dolarucos, que ya lo quisieran como ingreso mensual muchas familias mexicanas, algo que no caería nada mal, ya que he escuchado a muchos de mis colegas quejándose económicamente por los rincones como ánimas en pena. Algo más que me llamó mucho la atención, en una entrevista que vi de Neil Clarke, respecto al tema, fue la cara de sorpresa –cejas arqueadas hasta mitad de la frente y ojos saltones– cuando se enteró que a los autores de América Latina no recibían ni un centavo por cuento publicado en las revistas.

A si es que todo pinta de maravilla, pero, ¡pero pe pero!... aquí vienen los lineamientos que anuncia tal cartel del averno: si tu cuento tiene alguno de ellos, perdeos toda esperanza...

Zombis o sucedáneos (de verdad, no bromeamos). Vampiros sexys, licántropos lascivos, brujas malvadas o niños demoniacos. Relatos sobre violadores, asesinos, pederastas o caníbales. Relatos donde el clímax dependa de vísceras esparcidas por doquier. Relatos en los que se representa un gobierno mediocre como el único obstáculo para atrapar algún criminal depravado o

para una victoria militar sin complicaciones. Relatos en los que republicanos, demócratas, liberales, o (cualquier partido político o religión) se apoderan del mundo y lo salvan o lo arruinan. Relatos cuyo estilo parezca sacado del siglo XIX. Gatos o espadas que hablan. Relatos donde los viajes a la velocidad de la luz o a través del tiempo sean tan fáciles como se muestra en la televisión o las películas. Relatos en los que unos niños jugando en el campo descubran COSAS (un cuerpo, una nave extraterrestre, Excalibur, cualquier cosa). Relatos sobre algún descubrimiento científico divulgado hace tres meses en publicaciones científicas. Relatos de las aventuras de tu personaje de rol. Relatos cómicos que incluyan o dependan de juegos de palabras. Relatos con protagonistas que sean despreciados o admirados por su gran inteligencia o por ser muy extravagantes. Relatos que tenías guardados en el último cajón. Relatos que intenten incluir todo lo anterior.

O sea, al buen entendedor, muchos lineamientos. En resumen: no queremos réplicas de pelis de Netflix, HBO, Marvel, o que te creas la reencarnación de Lovecraft o Allan Poe (todo esto, la paráfrasis ya es de mi cosecha XD). Pues la reacción no se hizo esperar, y el equipo de Neil recibió el primer bombardeo de críticas desde España, donde está el corazón de la industria editorial, y donde también los autores de subgénero (terror, fantasía y ciencia ficción) tienen mucha difusión, promoción y distribución, y sobre todo, lectores.

Ni se diga por este lado del charco, también hubo respuestas, tanto negativas, de indignación y también positivas. En lo personal, a mí me parecen bien los lineamientos, te obligan a crear algo nuevo y rifártela. No te exigen que sean inédito, salvo si ya fue publicado en inglés, pues ya no entra.

Sin embargo, allá hasta el sur del globo terráqueo, una editorial de nombre Solaris, comandada por Lord Víctor Grippoli y sus huestes literarias, quienes tienen su cuartel en la ciudad de Montevideo; no vieron con buen ojo el proyecto de los gringos que denostaron ciertos temas al excluirlos –que son bastantes– y poniéndolos en una lista como decálogo maldito.

Entonces, más rápido que tarde, Lord Grippoli, como buen metalero –ya que usa melena larga, barba cerrada, remeras negras con logos de grupo y chamarra de piel, rebelde y contestatario– postea en forma irónica que le dan ganas de lanzar una convocatoria, que a diferencia de los Clarkes, editorial Solaris iba a pedir todo lo que ellos no querían, y lo hace.

Y como todo un Steve Jobs en la icónica foto en blanco y negro donde aparece tirándole el dedo de en medio a IBM, Grippoli publica la convocatoria: “Unicornios decapitados”, ¡directo como una patada en los huevos!

La propuesta tiene muy buena recepción por parte de la comunidad de escritores, y muchos más en el gremio donde me muevo; los autores que escribimos por amor al arte, hobby, o por simplemente querer transmitir o decir algo que tenemos en la cabeza y que quiere salir como expresión escrita, ya sea en una revista digital de descarga gratuita, en una antología de papel de corto tiraje y local, o en el muro de nuestro feis, página o blog donde estampamos nuestras diarreas literarias.

Como pólvora se corrió la voz haciendo circular la nueva y singular convocatoria, hasta uno que otro artista reconocido la compartió con sus amigos como una rareza tan obvia que era una reacción rebelde hacia una concurso lleno de restricciones.

Para muchos, y lo leí en sus muros, fue como una luz de esperanza y acto de justicia.

“unicornios decapitados” irrumpe en la escena siendo la antítesis de Clarkesworld, quien permitirá todo lo que ellos rechazaran por automático. Es como si del hocico del unicornio decapitado susurrara vomitando borbotones de sangre: brujas, zombies, licántropos, asesinos seriales, gore al por mayor, sean bienvenidos. Ah, escribes como literato del siglo XIX porque eres un gótico depresivo y tenebroso, mientras el gato con botas descuartiza a sus enemigos con una motosierra, que bien, no hay pedo, también eres bienvenido.

Como dato curioso, la revista Clarkesworld está especializada en la ciencia ficción, en todas sus variantes. NO acepta terror, y dice su director que quizá en un futuro comiencen a aceptar

fantasía. Caso contrario a editorial Solaris. Si exploran su catálogo en la plataforma Lektu.com podrán encontrar novelas y antologías de terror, fantasía, Pulp y ciencia ficción, teniendo una gran variedad de autores hispanoamericanos.

Algo hermoso que tiene esta editorial, es que no pone ninguna restricción o censura. Así es que, autores, si se animan a enviar sus creaciones abominables, denle rienda suelta a la imaginación, que ésta es su antología. Lo único que piden, es que el cuento esté bien escrito. No exigen algo perfecto, pero como mínimo que se note que lo hayan trabajado en su corrección tanto ortográfica y estilo. Que no sea algo recién sacado del horno, crudo y enviado de ya, que eso se nota.

Como comentario final, tal parece que Clarkesworld sonó la campana de emergencia porque detectaron cuentos hechos por chatGPT y los están revisando para eliminarlos.

La ciencia ficción discriminando a los robots XD. Solaris no tiene problema alguno, que la usen como herramienta, pero, también métanle corazón e imaginación brothers, que puede que el unicornio decapitado se moleste, o simplemente por pasarla chévere, eleve su cabeza y los atraviese con su largo cuerno por el orto hasta la boca por insensatos.

Amigos y colegas, mucha suerte a todos, a los que envíen a Clarkesworld y a Solaris, de todo corazón. Que en este mundo hay de todo y para todos... y les deseo que esta noche sueñen con un unicornio, decapitado...

Ojo

Si te sientes el nuevo Isaac Asimov latinoamericano, Clarkesworld es tu oportunidad ↓
<https://clarkesworldmagazine.com/submissions-spanish/>

Si lo tuyo es también la ciencia ficción, pero te gusta meterle sexo, terror y horror, y estás más enfermo que la mente ochentera de Clive Barker, Solaris es para ti ↓

<https://www.facebook.com/photo/?fbid=657426423055842&set=a.228573989274423>

Proyecciones de la mente por Astrid G. Reséndiz

La carga del estereotipo femenino

La palabra **mujer** proviene del latín “mulier” o “eris” y es el ser humano considerado del sexo femenino, el cual tiene características biológicas que los distinguen el uno del otro. Pero, ¿qué significa ser mujer? Hablando de nuestra cultura latinoamericana, simboliza mucho más que solo diferencias físicas.

Lo es también un rol en la sociedad, que implica cierto tipo de comportamiento específico. En ese sentido, también existe una expectativa. Según Simone de Beauvoir “No se nace siendo mujer, se llega a serlo”. Bajo la luz de esta idea, podemos entender que ser mujer va mucho más allá, incluso de la expectativa social y familiar, es más que un rol y una función. Es un constructo que surge desde adentro y por consecuencia se refleja en el exterior.

Por tanto, la feminidad es una consecuencia del auto concepto que una persona, nacida o no de manera biológica mujer expresa. Puesto que, según la ciencia, existe más de un género; por lo tanto, suena absurdo encasillar en el ámbito social lo que es considerado femenino o no.

Dichas prácticas las explica Roy Ellen; profesora de Eliot College de la Universidad de Kent, como el hecho de que “Clasificar es la actividad mediante la cual objetos, conceptos y relaciones son asignadas a categorías; clasificar se refiere a los mecanismos culturales y cognitivos mediante los cuales esto es obtenido; y las clasificaciones resultantes son las representaciones lingüísticas, mentales y culturales que resultan en ello”.

Por lo tanto, la forma en que buscamos entender todas las cosas, repercute de manera directa en la forma que percibimos el mundo y por ende en la construcción de este mismo. De ahí la importancia, de empezar por comprender lo que decía Simone de Beauvoir cuando expresó que “El cuerpo no es una cosa, es una situación: es nuestra comprensión del mundo y el esbozo de nuestro



proyecto”. De tal modo, que absolutamente todos nuestros pensamientos repercuten de manera directa en nosotros mismos y por ende en nuestro entorno y en la forma que interactuamos con otros seres vivos, incluyendo humanos.

Todo el tema de lo que significa ser mujer, la feminidad, incluso más allá de eso; hablando también de otras identidades de género, y géneros tal como lo es el hermafroditismo y el pseudohermafroditismo. Forma parte fundamental de la conocida “profecía auto cumplida” que fue acuñada por el sociólogo Robert K. Merton.

Ésta se refiere a que la “expectativa” o forma de ver una situación o persona que provoca que una “percepción” de cualquier cosa, en este caso el concepto de lo femenino y/o masculino, se vuelva una realidad tangible, tiene su comienzo en el auto concepto ¿Quién soy? ¿Qué soy?

Contestar dicha pregunta, repercute de manera directa en el concepto colectivo, en la forma que otros perciben a dicha persona, lo cual se traduce en acciones y conductas, en la forma de hablarle y tratarle. Puesto que, si lo consideran importante o poco relevante, actuarán en consecuencia. Dichas acciones repercuten en el auto concepto del individuo y por ende se genera un refuerzo positivo o negativo en la autopercepción.

Tanto hombres, como mujeres se ven altamente perjudicados por los estereotipos y roles de género. Puesto que les roban la libertad de ser y expresarse desde su naturaleza personal, les quitan desde la infancia la capacidad de construir su propia identidad sin el tabú tan típico de que un color o juguete terminará por definir su orientación

sexual; lo cual está altamente relacionado con la carga genética, hormonas y aspectos psicológicos y culturales, que varían de persona en persona y nada tienen que ver con la elección de un juguete o color, por hablar de algún ejemplo.

La feminidad es más que jugar con muñecas, maquillarse y vestir con faldas rosas. Es una consecuencia natural del ser mujer, nacida o no por biología.

Los estereotipos, son incluso tan dañinos que repercuten también en la comunidad LGBTQ+ puesto que encasillan a homosexuales a ser de una u otra manera. Siendo que existen lesbianas súper “femeninas” y, por otro lado, también mujeres completamente heterosexuales que no expresan feminidad según los conceptos sociales. Una mujer puede ser fuerte y decidida, sin dejar de ser femenina.

El hecho de usar un día un pants no la hace menos mujer, incluso el tener un gusto por otras mujeres o simplemente no tener un gusto por nadie no cambiará el hecho de la forma en que así misma se conciba.

Renunciemos a los roles de género que tiene a muchas personas cargando con “niños” en cuerpos adultos. Y “madres sustitutas” que cargan con el peso de sacar a flote un hogar por completo. Nos provoca tener a una generación de chicas que piensan que no pueden ser señoritas sin usar maquillaje, vestir de alguna forma, y sobre todo que no pueden aspirar a más allá de su belleza.

Por otra parte, a muchas otras confundidas por el dedicar quizá mayor tiempo al estudio antes que al aspecto, dudando de si son lo suficientemente mujeres para la sociedad, incluso hasta repudiando a sus contrapartes que decidieron un día lucir bellas para sí mismas. Puede una mujer definir por sus acciones y esencia personal el ser o no, de una u otra forma, sin que esto merme su propia identidad. Porque todo ser humano es mucho más que un género.

Y por supuesto, demos la libertad a los que se conciben a sí mismos como hombres, de no tener que pagar por tener a una figura femenina a su lado, como si el dinero fuera lo único que pudieran aportar. Al liberarnos de toda esta carga, permitimos la deconstrucción social de roles de género. Nos liberamos de la expectativa de ser la que luce bonita y después cuida la casa e hijos, y el que provee y carga con la responsabilidad monetaria, de conquista y detalles. Ser varón y cortar el cabello no te hace gay, aunque serlo ni siquiera es un insulto. Ser mujer y reparar un lavabo, mover tu propia silla y cambiar una llanta, no te hará menos femenina. Porque todas esas cosas son habilidades y actividades que cualquier ser humano puede desarrollar, sin que esto deba repercutir en el auto concepto por lo menos de género.

Adoptemos la libertad social de permitir que otros individuos se perciban del modo en que ellos deseen, sin cargar con el peso y responsabilidad de ser nosotros quienes vivamos para definirlos; suficiente tenemos con nuestra propia vida como para atender la de otros. “Que nada nos limite. Que nada nos defina. Que nada nos sujete. Que la libertad sea nuestra propia sustancia” Simone de Beauvoir.

Matriarcadia: Separatismo

por Norma Leticia Vázquez González



Manifestación por los derechos de personas con discapacidad y 8 M en Chihuahua

¿Estamos seguras y seguros de que el mundo siempre nos ha incluido a todas y todos? No sé qué pelean o qué les incomoda a los hombres cuando decimos que el mundo está hecho por ellos y para ellos. Y te dicen: mira, Hellen Keller fue una gran mujer; mira, Braille fue a la escuela y ni se quejaba. Sí, claro, sé de sus historias, pero ¿dónde estaba la gente apoyando, o mágicamente lograron sus metas? Invisibilizan la labor de cuidados y la lucha de cada persona que llegó a tener una discapacidad.

En la ciudad de Chihuahua el jueves 9 de marzo personas discapacitadas y sus familiares o simpatizantes se manifestaron en la Cruz de clavos, en frente de Palacio Nacional, (en donde asesinaron a Marisela Escobedo), para exigir pensión universal a personas con discapacidad. El jueves 16 de marzo hubo otra manifestación afuera del Congreso. De acuerdo con INEGI, existen 247 mil discapacitados en el estado de Chihuahua.

Investigando sobre el tema de la discapacidad, me encontré con que las cifras son ambiguas, así que desde ahí ya hay una laguna inmensa. Además, no es lo mismo tener discapacidad visual, que auditiva o motriz, más la característica de que no toda discapacidad es visible.

Urge que por medio de la participación ciudadana* se consigan logros como el que buscan: apoyos y pensión universal para las personas con discapacidad. Y que exista una regulación para canalizar adecuadamente a las personas con incapacidad laboral, que es un tema aparte. Revisemos la legislación al respecto y que se suba a cabildo, que un partido político tome esa bandera, porque, aunque las manifestaciones nos ayudan a visibilizar, el Estado de Derecho nos permite conseguir por vía legal logros materializados. Sigamos enfocando las luchas con perspectiva de derechos humanos en todos los sectores invisibilizados.

Caso Mya Naomi Villalobos Saldaña

El miércoles 22 de febrero una jueza federal concedió la suspensión definitiva del amparo que había solicitado el quejoso Erick. B.C., agresor de la joven Mya Naomi en octubre del año pasado. Erick continúa en libertad condicional con un localizador GPS, debido a que la ley así lo permite en los delitos de lesiones calificadas y violencia familiar en la Ley Nacional del Sistema Integral de Justicia Penal para Adolescentes.

*El concepto de “participación ciudadana” incluye cualquier forma de acción colectiva, de reivindicación o de respuesta a las convocatorias formuladas desde el gobierno para incidir en las decisiones de política pública. Es decir, la participación ciudadana implica voluntad de incidencia (Parés, 2009, 17; en Díaz Aldret).

Caso Jabil

El año pasado en una maquiladora de nombre Jabil, ubicada en la ciudad de Chihuahua, un grupo de mujeres denunciaron acoso laboral y sexual. Ya no seguí el caso sobre si prosiguieron las demandas, pero en acoso laboral, los abusos siguen: supervisores groseros, despidos, abuso de la disponibilidad de la mano de obra barata, por medio de horarios e incentivos por puntualidad, asistencia, producción, alimentación y transporte, y con ese pretexto crean una explotación legitimizada. Ahora, ¿ya tomaron las feministas la lucha obrera que es la raíz del 8M? Visibilicemos a las mujeres de la industria manufacturera. Urge masificar y llevar la formación feminista a esas empresas y que también los empresarios tomen agenda de género y laboral, no explotar ni a mujeres ni a hombres.

8M en Chihuahua

Después del 8M, el 16 de marzo encontraron cinco cuerpos de mujeres víctimas de feminicidio. Yo solo pienso en las palabras que Octavio Paz le dijo a una feminista en el marco de la Primera Conferencia Mundial de la Mujer en México: “¿Están preparadas para la contrarrevolución? La feminista no entendió la pregunta, después supo que la contrarrevolución es el feminicidio. Yo estoy convencida de eso. Pero la población: empresarios, políticos, buena parte de la población, cuida mejor los edificios. Los hombres no rayan monumentos, solo matan mujeres. Separatismo, ya.

Epílogo

Ximena, joven víctima de trata, y que había denunciado trata de mujeres en el centro de Chihuahua, falleció el 9 de marzo; después de estar por meses expuesta a violaciones, golpes y drogas, sus pulmones cedieron a la intoxicación por heroína y cristal. Me pregunto si en la Fiscalía también están investigando sobre esa red de trata o si siguen perdiendo el tiempo viendo los vídeos del 8M, claro, es más fácil ir por mujeres inocentes y sentirse machos al estar interrogándolas a ellas, que ir por toda una mafia sostenida por hombres, drogas, complicidad de las autoridades e impunidad: la trata de niñas y mujeres.

FUENTE:
Díaz Aldret A. (2017)
*Participación ciudadana en la
gestión y en las políticas públicas.*

Interés superior

por Larissa Calderón

Infancias sin fronteras

Cuando mi hijo nació, al tenerlo en mis brazos, lo observaba y me impresionaba esa sensación de reconocerlo y conocerlo, como si no lo hubiera visto por primera vez apenas hace unos días, sino que era alguien sumamente conocido. Si no tendiera a racionalizarlo todo hubiera pensado, como algunas personas, que tal vez ya fuimos madre e hijo en otras vidas, o por lo menos somos viejos parientes de reencarnación en reencarnación, que nuestro vínculo ha traspasado las fronteras de la muerte y estamos nuevamente unidos. Entendí cuando alguien dice, me pareces conocido de antes, tu cara me es muy familiar, siento que te conozco de toda la vida. Pero claro, ahí estaba esa criaturita pequeña y bellísima sintetizando todo mi mundo conocido y lo más amado. Ahí entre mis brazos estaba junto un poco de todo mi universo, mi amor por su padre, mi sobrino Rodrigo, mi padre, algo de mis hermanas y hermano y de sus otros hermanos. Y, sobre todo, yo misma, mi identidad, reconociéndome en él.

Ese vínculo del que hablo con mi hijo de reconocimiento va más allá de lo genético. Por eso las madres y padres adoptivos experimentan ese momento al que le llaman conexión, algo en el o la menor los lleva a ese momento de vinculación instantáneo. Como lo que llamamos amor a primera vista. Aunque parezca espontáneo no podemos dejar de pensar se deba a algunas características en las que ambos coinciden o el reflejo de uno misma en ese ser, y en otros casos se da a través del proceso de adaptación. En cualquier caso,



biológicos o adoptados; los hijos e hijas son parte de ese núcleo familiar, de la familia extendida, parte del círculo social y de la comunidad.

Entonces ya no sólo yo como madre reconozco a mi hijo, lo reconoce toda una sociedad como miembro, así se espera de él ser parte del colectivo, respondiendo a sus preceptos, que tenga los mismos valores, respete esta identidad, incluso que tenga los mismos miedos, o sea, temer a lo que no es como nosotros. Carl Gustave Jung (1875-1961), psiquiatra suizo, menciona que somos “representantes y víctimas del espíritu colectivo”.

Jung entendió que lo inconsciente dentro de nosotros es una colección de experiencias y aspectos individuales y colectivas. El contexto social en el que nos desarrollamos nos influye en lo más íntimo de nuestro ser. Entendemos, reaccionamos y nos emocionamos de igual manera a los mismos patrones, símbolos y mitos que son recurrentes y aparecen de distintas formas en cada cultura. A la vez universales y que forman “el inconsciente colectivo” de la humanidad.

Los niños y niñas de este tiempo crecen en una cultura que parece ir desvaneciendo sus fronteras, el internet con información del mundo a la mano, pero sobre todo las redes sociales con el contacto de ciudadanos de todo

el mundo en voz e imagen. Ya no necesitan que Disney les explique el mundo y otras culturas. Ni esperar a que le televisión decida lo que tienen que ver. Los dispositivos electrónicos ahora les brindan la facilidad de ser manipulados; y youtube y tiktok una basta oferta de la que pueden elegir relativamente a libertad. De pronto los acentos y palabras de youtubers como Dany y Evan de España o Raptor Gamer de Ecuador, ya no son extraños o diferentes para mi hijo mexicano. Lo mismo sucede para los y las chicas que ven Dinos para niños de México, cada video tiene comentarios de toda habla hispana con un lenguaje común su gusto por los juguetes de dinosaurio.

Pero no se detiene al mismo idioma, de pronto lo he encontrado mirando videos en otros idiomas, inglés, coreano, ruso, italiano y alemán, principalmente. He descubierto a mi pequeño cantando un estribillo de la canción rusa Moskau o diciendo el nombre de los dinosaurios en coreano, no se admiren, no es tan difícil, solo le aumentas un “seu” y cambias las “r” por “l”, si quieres decir Tiranosaurus, dices: Tilanosauluseu y así con cualquier especie.

Y aunque sigamos aferrados a una identidad nacional, son los más jóvenes que poco a poco van acercándose y volviendo ese “inconsciente colectivo” de Jung en una verdadera aldea global, sin fronteras y donde los contenidos sean más importantes que la geografía o el idioma.

F es de Fantástico

por J. R. Spinoza

De diez en diez



delatripa narrativa y algo más cumple 10 años. En aquel lejano 2013 cuando Adán Echeverría fundó la revista, yo ignoraba la existencia de toda revista literaria.

Ya tenía en mente la idea de ser escritor pero era sólo eso, una idea, un sueño difuso, un deseo vago.

La verdad la estaba pasando muy mal, enfermo de la vesícula, trabajando en un colegio a \$2000 pesos a la quincena (donde también hacía labores de conserje y laborando 10 horas al día). La chica que era entonces mi novia me dejó (por no tener carro ni dinero) y me habían anunciado que a finales de año el concurso de oposición (donde se otorgan las plazas) sólo daría 40, para más de ochocientos aspirantes.

A mitad de año, mi padre tuvo un infarto, que lo obligó a someterse a una operación en la que le instalaron un marcapasos. Un dispositivo que alargó su vida nueve años más.

Escribiría que sólo faltaba que me orinase un perro, pero sucedió varias veces, palomas también. Tenía veintidós años y estaba muy frustrado, las ilusiones que me había hecho como universitario se desmoronaban. Estaba recibiendo una dosis de realidad y era lo que necesitaba.

Recuerdo que ese fue el año que comencé a escribir, todos los días llegaba del trabajo y confeccionaba una historia donde los dioses regresan a reconquistar el mundo. Escribía mínimo una hora en una libreta Scribe. Mi capital no me permitía salir a menudo con amigos. Así que me centraba en seguir adelante. Sobrevivir.

A veces es lo único que uno puede hacer cuando está en un lugar oscuro. La experiencia y la edad nos dan perspectiva, ahora que recuerdo esos problemas me parecen muy pequeños sin embargo sé que la pasé muy mal.

Adán Echeverría, en cambio, ya había ganado varios premios nacionales, una beca del FONCA y un tanto de libros publicados. Un escritor a toda regla que figuraba en las enciclopedias de escritores nacionales.

Algo que mucha gente no conoce de él, personas que lo ven de lejos, es que como ser humano es muy cálido. Siempre se preocupa por las personas a su alrededor, por compartir y transmitir el conocimiento que resguarda su mente. Y siempre hace cara de pocos amigos cuando alguien lo enaltece en público, tal vez le incomoda, tal vez quiere que sea la providencia quien le retribuya su bondad.

El caso es que hace falta mucho corazón para fundar una revista literaria (de las que no reciben erario público, por supuesto). Es trabajar gratis, para los demás, para sus alumnos y escritores que comienzan, para difundir la buena literatura, la literatura gratuita, sin pedir inéditos ni exclusividad. Sin cobrar cuotas, sin buscar hacerle la barba a las vacas sagradas.

delatripa abre sus puertas a todos los escritores, desde los estudiantes, los amateurs, los que publican en wattpad hasta los que ya tienen un nombre como: Federico Corral Vallejo, Carlos Martín Briceño, Marco Fonz, Odette Alonso, Roger Vilar, José Juan Cervera, Ulises Paniagua y Adriana Azucena Rodríguez. Quienes ha publicado en la revista.

Quiero hacer mención de Roberto Cardozo y Mario Pineda Quintal quienes han trabajado en la revista desde el número uno hasta la actualidad.

Estoy muy feliz y agradecido de ser parte de este gran proyecto, desde el número 41 como coeditor y colaborador y desde hace más de quince números como columnista con *F es de Fantástico*.

Adán Echeverría ha marcado mi vida, me ha transmitido su amor por las letras y la revista *delatripa* ha dado oportunidad a mis letras, las de mis colegas y alumnos.

Uno no puede garantizar la permanencia de los proyectos, pero deseo de corazón: ¡Larga vida a revista *delatripa*!

Bajo el barandal

por Rocío Prieto Valdivia



Festejar la literatura

*No soy yo quien escribe
estas palabras huérfanas*
Oliverio Girondo

Conocí la revista en 2016 mediante la escritora Paty Rubio quién junto con Anel Mora y Mirna Rocío Carmona Cruz me hablaron de su creador; a mí en ese tiempo no me importaba la narrativa y veía lejano el día en que yo pudiera aparecer en una revista en la cuál solo se publicaban cosas que para mí estaban muy lejanas, inalcanzables.

Tenía la vaga noción de que mis textos fueran una narración.

Con el paso de los meses me hice amiga de Adán Echeverría y de Larissa Calderón; recuerdo la noche que llegué al extinto foro Coincidir, ahí los vi reunidos, y si mal no recuerdo fue a finales del año 2016.

Estaban en un taller literario, pero fue hasta principios del 2017 cuando le pedí Adán Echeverría un taller personalizado, el cuál abandoné a la quinta sesión; después de eso volví a coincidir con Adán Echeverría y los demás compañeros en un festival llamado Maja, y no supe cómo fue que llegué a tener cierta complicidad con ese grupo hasta obtener un premio en narrativa, se trató de un libro.

Con el paso de los meses mi empeño fue más y más hasta conseguir una publicación en la revista *La huella del coyote*, después vinieron publicaciones en diferentes portales de internet. Fue Adán Echeverría quién me brindó la oportunidad de tener una columna en la revista *delatripa*, y ser parte del consejo editorial. Cuando tuve más confianza fui jalando a los amigos escritores, celebrando cada número de la revista.

En algunas ocasiones me ha costado mucho escribir mis columnas, y he estado a punto de renunciar, lo admito porque también soy humana, pero siempre hay algo que me mueve a no hacerlo, a seguir adelante.

En los recesos que hemos tenido, me he mantenido firme, diez años no se dicen fácil de esos diez años puedo contar 4 desde que mi columna apareció por vez primera hablando sobre la vida cultural de Ensenada.

Vi pasar al actual director de Cearte sin gloria alguna por la dirección del Instituto de Cultura de la ciudad, así cómo lo veo en la actualidad, también vi apagarse la luz de algunos compañeros en sus columnas como lo fue Dunas Arte Son de la talentosa Beda Domínguez, o la de Sofía Garduño.

También estoy feliz de que Sopa de Letras de David Sarabia siga dando de que hablar; con dicho escritor la hice de intermediario es decir lo jalé al ver que era un estupendo reseñista.

He visto nacer nuevos cuentistas, tuve la dicha de ver plasmado el trabajo fotográfico de mi hermano Juan Guzmán, quién ilustró la revista en una ocasión con fotografías de los paisajes de Baja California Sur donde ahora radica.

Hace un año mi cuento *La puesta de sol* me hizo sentir tanta emoción, algunas veces pienso que cada uno de los que ahí escribimos, lo hacemos de formas tan diferentes pero a la vez somos parte del todo en penumbras.

Del mismo sistema incorrecto, visceral, corrosivo, que nos vuelve otros al plasmar sobre

la celulosa nuestra crítica sobre la vida, sobre los libros, sobre las películas y tantas cosas que ven nuestros ojos.

Me hubiera gustado ser parte de la revista en sus inicios, hace 10 años yo empezaba con la promoción literaria, y a escribir poemas.

La verdad no me veía escribiendo una columna aunque siempre quise ser periodista porque de abogada solo mi abuelito me veía y ni fui abogada, ni periodista ni la doctora corazón que por muchos años mi abuelo me hizo creer que era.

Hace diez años ya tenía un libro publicado, varios poemas traducidos al catalán, al griego, al hebreo, que solo conservó en la memoria por la dicha de ser publicada en una antología donde sé me menciona cómo coordinadora del Festival Internacional Grito de Mujer en mi ciudad; pero serían seis años más tarde cuando encontraría mi verdadera voz.

Una manera de poder contar mis historias a mi manera; recuerdo con cariño la primera publicación que me hizo la revista *Histeria*, esa misma historia me la publicaron en diversos portales, se llamó La mascota de mi hijo, después vinieron otras historias a hacerle compañía. Y así empezó esta aventura de la narración.

Hace diez años si alguien me hubiera dicho que estaría aquí escribiendo esta columna no lo hubiera creído, hace diez años mi nieta -hija a esta misma hora dormía a mi lado, y yo me recuperaba de una cirugía que por poco me cuesta la vida.

Hace diez años, en marzo del 2013 nació *delatripa* como un espacio dedicado a los narradores, ensayistas. Y desde entonces a la fecha la columna “Nos vemos en el slam” sigue vigente.

delatripa ha dado cabida a escritores radicados en Baja California como Jesús Fuentes, Mario De la Cruz Arreola, Sofía Garduño, Paty Rubio, Pablo Gómez, Rosy Murillo, la bella Alfa Tao, compañera de taller, Josefina Crespo Oviedo, entre otros.

También a compañeros como David Sarabia, Alfonso Díaz de la Cruz, Beda Domínguez, Mario López Araiza, Jim O de León entre otros muchos.

Diez años se dicen fácil; hemos pasado tiempos difíciles, trabajando día con día por promover la literatura amando cada número que se logra tener en los distintos portales.

Ventilando cada número en nuestras redes sociales, algunos les tomamos captura a nuestras colaboraciones y las subimos a la red; recuerdo alguna que vez durante una clase Adán Echeverría me mencionó el nacimiento de la *Catarsis Literaria* y de la revista *delatripa*.

Me hizo en un papel un hilo conductor de las personas que habían pasado por el proyecto. Lo recuerdo tan bien, porque a veces me suele ganar el ego, la soberbia, de crearme una chingonería cuando solo soy un aprendiz; creo que la vida nos puso en este proyecto para celebrar cada marzo la plenitud de formar parte de lo visceral que puede ser una revista que no pública a poetas aunque lo seamos.

Y que contar la vida en palabras es muchísimo mejor que poetizarla.

Larga vida a la revista, dijera el recién egresado de la escuela de padres primerizos, el compañero José Rodolfo Espinoza.

Es así como yo celebró este décimo aniversario. Leyendo, pintando, recordando mis cuentos, escribiendo nuevas narraciones para la revista *delatripa*.

Lean mucho, escriban. Pero sobretodo sean muy felices, amen la literatura, busquen obras, únense a los círculos de lectura, tomen diplomados, armen sus salas de lectura.

Porque leer los puede salvar de vivir en este mundo tan convulso.

Mi punto de risa

por Roberto Cardozo



Diez

Hay ocasiones en los que uno se concentra tanto en disfrutar los caminos, los momentos y los paisajes, que no se da cuenta de todo lo que ha avanzado en algún recorrido. Entre estas veces, también podemos encontrar trazos de viajes en el tiempo.

Entonces volteamos la mirada y han pasado diez años de la revista *delatripa*. Narrativa y algo más, la misma que está frente a tus ojos. En este lugar todo pareciera tan fácil, como si este proyecto estuviera desde siempre.

Recuerdo la invitación de Adán, quien nos presentó sus ideas, con las que coincidimos desde el primer día. Revistas de poesía ya hay muchas, fue una de las premisas, se necesita una revista distinta.

Uno de los mayores retos de cada mes, ha sido llenar las casi cien páginas, mismas que abrigan a un artista visual distinto cada vez.

Siguiendo la idea de la revista, cuando empecé la columna, quería que fuera algo diferente también, por lo que opté cerrar cada colaboración con una especie de giro que rompiera con las formalidades. De ahí el título de esta columna y el interés por terminar con una frivolidad. Esto es porque la vida misma, por más formal que parezca, siempre termina de alguna manera irónica.

En retrospectiva, colaborar durante todo este tiempo ha significado para mí, avanzar reflexionando a través de distintos temas que relacionan la literatura con la cotidianidad, de una manera visceral honrando el nombre de nuestra revista.

Porque desde la tripa salen las emociones, porque desde ahí nacen las ideas. Incluso en ese lejano número veintiséis, en el que tuve la oportunidad de compartir parte de mi trabajo fotográfico, reconocí que las muchas imágenes que había capturado, surgieron de un llamado instintivo, de una mirada que movía la tripa y desde ahí se articulaban los movimientos para eternizar momentos con capturas iconográficas.

Han pasado diez años desde el primer número y así como todo, desde la tripa, mi mayor deseo es que pasen diez más en los que ojalá este proyecto digital llegue al papel, porque nunca sobra una revista en el baño, con todas las opciones que una impresión pueda sumar a la experiencia íntima de leer *delatripa*, mientras la otra hace su trabajo. Solamente te pido, querido lector, que mientras llega la edición impresa, no te confundas e intentes usarla con otro propósito, no debe ser cómodo pasarse un teléfono o tableta.

Nos vemos en el slam

por Mario E. Pineda Quintal



Diez años en la última página de una revista

delatripa: narrativa y algo más cumple diez años de existencia en el mundo de la literatura y esta columna lleva el mismo tiempo siendo la última página del proyecto. En esta década he hablado de diversas cosas, pero destaca el tema de un Centro Histórico de Mérida que llegó a tener un espíritu, alternativo, disidente y de inamovibles sueños.

Mi espacio se ha convertido en una máquina del tiempo con camino directo a una capital yucateca cuando un sábado por la noche, su centro histórico, tenía al mismo tiempo tocadas de reggae, metal, ska y rock, entre otros ritmos.

Casi, casi, he convertido la columna en un diario de mi pasado universitario en el que disfrutaba toda expresión disruptiva en una ciudad, aparentemente, eternizada en un conservadurismo que exige en sus muestras artísticas jarana y una mestiza sentada al borde de un pozo.

A través de *delatripa* he tratado de construir un documento para que no se olviden que algunas tuvimos La Quilla, donde decenas de bandas musicales se presentaron para ser parte de la historia de este foro alternativo. En sus paredes generalmente había pinturas y fotografías de artistas locales a la vista de los asistentes que disfrutábamos del lugar con cerveza en mano.

En los diversos texto de esta columna podrán encontrar escritos de eventos en La Quilla cuando estuvo en los barrios de Santa Ana, Santiago, Mejorada y San Cristóbal.

Mientras el arte desbordaba en La Quilla hasta con poesía, en la calle 64 con 59 un lugar

mantenía el puño izquierdo levantado sin miedo, La Casa de Todos. De este espacio he hablado sobre intérpretes locales de la trova nueva como el difunto Tony, partidas de ajedrez y un fuerte slam del punk que se formaba en el patio.

Lorenzo, un hombre de izquierda hasta el corazón, siempre atendía con amabilidad y, no sé si era por amor a la fiesta, ofrecía cerveza a bajo costo, además de los tacos libertarios que estaban exquisitos. Era un lugar entre los gritos de ¡Tierra y Libertad! y ¡Patria o Muerte!

Mis textos también han recordado eventos en La Periferia, un espacio que dedicó sus salones y enorme patio a diferentes expresiones artísticas. Una de las más interesantes fue la presentación de performances y también exposiciones temáticas que no he vuelto a ver la Mérida actual.

Los diferentes contenidos de la columna también han recordado eventos en los sedes los sindicatos, como Henequeneros y Molineros, foros improvisados y espacios para ver películas como La 68.

Mientras *delatripa* continúe editándose seguiré hablando de la Mérida alternativa que teníamos y los espacios alternativos que hoy intentan sobrevivir, mientras la autoridades conservadoras dan prioridad a restaurantes gourmet, bares de música comercial y muestras artísticas para “rescatar nuestras costumbres”.



donativos

delatripa
Narrativa y algo más

Este es un proyecto cultural autofinanciable. Si quieres apoyar nuestra labor de promover y difundir la narrativa, la dramaturgia, el cuento, el ensayo y la minificción, puedes donar a esta cuenta:

nombre: Adán Waldemar Echeverría García / banco: Banamex / sucursal: 710
no. de cuenta: 3387106 / CLABE: 002910701033871062 / no. de tarjeta: 5204 1657 7589 0597